

✦ **Capítulo 1: La invocación**

1. **La ceremonia fallida de invocación anterior.**
2. **El llamado de emergencia y la apertura del umbral.**
3. **Lefuan: cuerpo sin historia en un mundo nuevo.**
4. **Naeliz observa. No interviene.**
5. **Primeros pasos en tierra extraña: el reino lo siente, pero no lo entiende.**

♦ Capítulo 1 – La invocación

Donde el mundo llama, y una grieta responde

El templo estaba sellado desde hacía once años.

No por temor a lo profano, sino por el eco que había quedado encerrado allí dentro, vibrando entre las piedras.

Un eco que no tenía voz, pero que no cesaba.

Los clérigos lo llamaban “la cámara hueca”.

Los aprendices decían que por las noches el suelo jadeaba como si respirara.

Pero los ancianos...

los ancianos no hablaban de ella.

Allí, en esa sala redonda excavada bajo el corazón de la montaña, con muros revestidos de sal negra y vitrales sellados con polvo de hueso, se alzaba el círculo mayor.

Once anillos concéntricos de ceniza comprimida, cada uno marcado con los nombres que jamás fueron pronunciados, los nombres de aquellos que **habían sido invocados y rechazados.**

Y en el centro, una sola piedra, lisa, oscura como agua quieta.

Donde nadie había osado tocar desde la última vez.

La vez en que **el cuerpo llegó sin alma.**

La reina Arihén no había vuelto a entrar desde entonces.

Pero esa mañana, con el invierno aún contenido tras las cumbres, caminó hasta la entrada sin escolta.

Vestía de gris.

Sin corona.

Sin capa.

Como si el reino ya no la reconociera como su reflejo.

—Ábranla —ordenó.

El guardián del umbral vaciló.

—Majestad... no hay garantía de—

—No la busco.

Sus ojos no brillaban.

No lloraban.

No temblaban.

Solo estaban... **vacíos de lo que alguna vez había esperado.**

Y eso era más aterrador que la rabia.

La puerta se abrió con un susurro bajo, como si la montaña sollozara.

Detrás de Arihén marchaban tres heraldos del reino, uno por cada línea hereditaria aún viva.

Y detrás de ellos, en silencio absoluto, **Irisel.**

La asesina de la luz.

La única en ese templo que no creía que los dioses fuesen infalibles.

La cámara tenía un solo aroma:

piedra húmeda, sudor viejo y tiempo estancado.

El Sumo Invocador, un anciano de rostro anguloso y cabello delgado como polvo, les esperaba de pie junto al círculo.

No hizo reverencia.

Los viejos ritos no incluían cortesías cuando el mundo pendía de un hilo.

—¿Está decidido? —preguntó sin emoción.

Arihén asintió.

—No hay otro camino. Las profecías han callado. Los nacimientos se detienen. La sangre no enraíza. El templo de Assil quiebra su luz. Y mi hija...

—Su voz se quebró un segundo, solo uno—

...sueña con cosas que aún no existen.

—Entonces el ciclo se abre —dijo el invocador—.

Y el que no debía venir...

será traído.

Encendieron las once velas.

Cada una con un fuego extraído de lugares distintos:

la fragua de un herrero que mató a su hijo;

el farol de una madre que esperó a un esposo muerto;

el incendio de una aldea que jamás fue vengada.

Porque para llamar al que no pertenece,

no se usa esperanza.

Se usa pérdida.

Las runas comenzaron a girar en silencio.

Los heraldos tomaron sus posiciones.

Irisel desenvainó su daga, no para matar...

sino para recordarle al mundo que a veces, la sangre abría lo que la palabra no podía.

Y entonces, **el círculo respiró.**

Las cenizas se alzaron sin viento.

Las llamas titilaron sin brisa.

Y en el centro...

el aire se torció.

No se abrió un portal.

No hubo luz.

No hubo relámpagos.

Solo un **doble leve, una curvatura imperceptible del tejido** que se desgarraba sin violencia.

Como si alguien, desde otro lugar, **hubiera aceptado la invitación sin comprenderla.**

El cuerpo llegó antes que el alma.

Siempre es así.

Era un hombre.

Joven, pero marcado por algo que no era tiempo.

Desnudo, cubierto de barro que no era de esta tierra.

Y quieto.

Nadie habló.
Nadie se movió.

Hasta que su pecho, tras segundos eternos, **se alzó.**

Una inhalación.

Profunda.

Dolorosa.

Como si cada costilla hubiese olvidado cómo obedecer.

Los ojos se abrieron.

Negros al principio.

Luego, poco a poco... **humanos.**

Y entonces miró.

No a Arihén.

No al Invocador.

No a Irisel.

Miró al suelo.

Y susurró:

—He llegado demasiado tarde... otra vez.

Los presentes no entendieron.

Pero **Naeliz sí.**

Desde donde observa todo, más allá del tiempo, más allá de la carne,

Naeliz cerró los ojos...

...y sonrió.

Porque **el ciclo, al fin, se había vuelto a abrir.**

♦ Capítulo 1 – La invocación

Subcapítulo 2: *El escape — Dos lunas, una sombra*

La penumbra del altar vibraba con una energía arcana intensa y oscilante.

Los círculos de invocación, tallados con precisión cruel sobre el mármol negro, ardían con un fulgor blanco que no alumbraba: más bien, **devoraba la oscuridad a su alrededor** como si tuviera hambre propia.

Las runas inscritas se movían con una vida imposible, ondulando como venas de un cuerpo que aún no había despertado del todo.

Y el aire... el aire palpitaba.

Los cánticos guturales de los sacerdotes, cada uno colocado en su círculo con los brazos alzados como ramas retorcidas, retumbaban con la cadencia de un corazón colectivo.

No eran plegarias.

Eran comandos.

Un lenguaje demasiado antiguo para ser recordado por la carne.

Un código escrito para invocar aquello que nunca debería ser convocado.

La suma invocadora, erguida como estatua entre los anillos, lideraba la ceremonia con una mirada que no vacilaba.

Su túnica de hilo dorado rozaba el suelo con la gracia de una sentencia.

Sus ojos —dos carbones encendidos— estaban fijos en el altar central.

El altar donde **él yacía**.

Lefuan Lucius von Valencius abrió los ojos.

No fue el despertar de quien nace a un mundo nuevo, sino el de alguien que **ya ha estado aquí demasiadas veces**.

Su espalda contra el mármol sentía un frío tan antiguo como el exilio.

Sus pulmones aspiraron por primera vez el aire cargado de inciensos pesados y humo de velas apagadas, y lo rechazaron al instante.

Su ropa, empapada en sudor, se adhería a la piel con la incomodidad del desarraigo.

Un zumbido eléctrico le cruzaba la médula, como si todo su cuerpo aún no decidiera si debía pertenecer a ese plano.

No era magia.

No era miedo.

Era **memoria confundida**.

—Otra secta de lunáticos. Perfecto —murmuró con desdén ronco, más para sí mismo que como declaración.

Su voz cortó el ritual como un cuchillo de hierro entre cánticos de oro.

Ningún sacerdote lo oyó.

Estaban absortos.

Perdidos en la tensión que crecía como un tambor enloquecido en el corazón del ritual.

Y Lefuan, que nunca había sido un peón complaciente, **tomó una decisión**.

Sin moverse demasiado, discretamente, giró su muñeca izquierda.

Los dedos formaron un gesto que recordaba solo de forma refleja.

Una ilusión menor.

Una **sombra protectora**, una habilidad que en su mundo había aprendido por diversión...
...y que aquí le daría libertad.

Su figura comenzó a desvanecerse.

La luz lo rodeó, pero **no lo alcanzó**.

Su silueta se diluyó como humo sobre un lago tranquilo.

Y cuando el círculo mágico se cerró con una llamarada final...

ya no estaba.

—¿¿Dónde está?! —gritó un clérigo, su voz quebrada por el pánico.

—¿La figura se desvaneció! ¡El patrón de luz colapsó! ¡Assil, perdónanos!

La suma invocadora retrocedió un paso, desfigurada por la sorpresa.

Y por primera vez en décadas, **el fuego ceremonial titiló.**

El caos se desató.

Guardias armados irrumpieron.

Velas se volcaron.

Los cánticos murieron como cuerdas cortadas.

Y mientras la confusión llenaba la cámara como humo...

Lefuan observaba desde las sombras.

Desde detrás de una columna lateral, donde la luz no alcanzaba, donde la lógica no lo buscaba.

Invisible.

Intacto.

Y evaluando.

No tenía miedo.

Solo un impulso de **salir.**

De no quedarse ni un segundo más bajo ese techo cargado de promesas rotas.

Salió de la cámara por un corredor lateral, sus pasos amortiguados por la piedra lisa y fría.

Las túnicas de los sirvientes ondulaban a su paso sin notarlo.

Los guardias, ocupados en gritar órdenes inútiles, no vieron al hombre que caminaba como un espectro entre columnas, candelabros y tapices.

El templo-palacio tenía muchas capas.

Salas de oración, galerías de linaje, corredores de ofrendas, todo embalsamado en incienso viejo y oro antiguo.

Pero él no se detuvo a mirar.

Sabía —como si lo hubiese sabido siempre— que **tenía que encontrar la salida antes de que ese lugar se diera cuenta de que había fallado.**

Y finalmente, tras cruzar una doble puerta de madera tallada con símbolos que apenas pudo entender,

salió a **los jardines exteriores.**

El cielo estaba despejado.

No había tormentas.
Ni fuego celestial.
Ni dragones.

Solo **las dos lunas**.

Una, rojiza, brillaba como un ojo abierto que jamás pestañeaba.
La otra, pálida como hueso, se suspendía sin moverse, como una respiración contenida.

Ambas lo miraban.

No con juicio.
No con bienvenida.

Solo con conocimiento.

Y Lefuan, alzando la mirada, se permitió una sonrisa sarcástica.

—Dos lunas... ¿Y esta es la bienvenida?

Las piedras del jardín crujieron bajo sus botas mojadas.
El aroma de tierra húmeda y ceniza flotaba en el aire.
Más allá de los arbustos en flor y las columnas que sostenían el cielo, **la ciudad esperaba**.

Y en ella, su destino.

Pero por ahora,
era libre.

Por ahora.

♦ Capítulo 1 – La invocación

Subcapítulo 3: *Naorhal — Una ciudad con memoria*

Los muros de Naorhal no eran altos ni majestuosos.

Eran viejos.

Desgastados.

Cubiertos de líquenes que relucían débilmente bajo la luz de los faroles mágicos.

La ciudad no se defendía con fuerza, sino con indiferencia.

Lefuan llegó a pie, cruzando un puente de piedra agrietada que unía los jardines exteriores del templo con los barrios más bajos de la ciudad.

El agua del canal corría turbia, espesa, con reflejos anaranjados.

Y el aire comenzaba a oler distinto:

menos incienso, más humo de leña, piel sucia, grasa, orina.

Y vida.

Las calles estaban adoquinadas de forma irregular, y en cada grieta crecía una flor diminuta o un pedazo de musgo obstinado.

Faroles de cristal templado colgaban de estructuras de madera que crujían con el viento.

Dentro de ellos, **luciernagas mágicas** revoloteaban lentamente, proyectando sombras móviles en paredes encaladas.

Había sonidos.

No de música, ni de celebración.

Sino el ruido constante de una ciudad que se remienda a sí misma cada noche:

vendedores que discutían en dialectos rotos,

carretas arrastradas por animales hastiados,

niños que corrían entre charcos sin destino,

risas secas.

Peleas contenidas.

Secretos a media voz.

Naorhal era vieja.

Y no quería morir.

Lefuan caminaba sin prisa, pero con intención.

Su ropa —aunque ahora manchada y arrugada— aún conservaba un aire extraño, moderno para los ojos del lugar.

Eso le valía miradas ocasionales, pero no suficientes para alarmar.

Aquí, la extranjería era común.

Lo raro no era un hombre con mirada fría.

Lo raro era alguien que no pidiera nada.

A mitad de una calle sinuosa, una voz lo alcanzó.

—¡Hey, forastero! —gritó un chico desde la esquina, apoyado en una columna de ladrillo.

Tendría unos dieciséis años.

Desgarbado, ropa gris raída, cuchillo corto apenas visible bajo el cinto.

Lefuan lo miró sin detener el paso.

El chico se adelantó.

—¿Nuevo por aquí? —insistió, como si las lunas lo hubieran puesto allí con ese único propósito.

Lefuan lo evaluó de un vistazo.

Flaco.

Ágil.

Peligrosamente valiente.

Útil. O molesto. Aún por decidir.

—Eso parece —respondió, sin tensión.

—Tarek —dijo el muchacho, con una sonrisa de zorro—. Y en esta ciudad, si no sabes a quién saludar... no sabrás a quién temer.

Antes de que Lefuan pudiera replicar, una voz femenina y firme llegó desde las sombras de un portal lateral.

—Déjalo, Tarek.

La mujer que apareció no era joven.

Tampoco vieja.

Tenía ojos que habían visto cosas, y una voz que había aprendido a no temblar.

Vestía una túnica oscura, gastada en los bordes, y un pequeño saquito de hierbas colgaba de su cintura.

—Mira —dijo el muchacho con tono burlón—, siempre tan simpática.

Ella lo ignoró y se acercó a Lefuan.

—No pareces un ladrón. Pero tampoco pareces saber dónde estás.

—Estoy aprendiendo —dijo Lefuan. Su tono era neutro. Su mirada, fija.

—Entonces te doy el primer mapa —dijo ella, sin moverse—. Taberna del León Dorado. Dos calles al este. Allí hablan quienes no deberían. Si tienes algo que ofrecer, alguien allí lo sabrá.

Mira giró sin más, deslizándose entre la gente con la naturalidad de quien no necesita despedirse.

Lefuan caminó en la dirección indicada.

La ciudad parecía aceptar su presencia no por gusto, sino por costumbre.

Como una herida que ya no sangra, pero tampoco cierra.

Frente a una puerta de madera oscura y con herrajes oxidados, se detuvo.

Una cabeza de león tallada en bronce presidía la entrada.

Sus ojos estaban vacíos, pero algo en ellos lo incomodaba.

Como si observaran el interior... y no al visitante.

Entró.

El León Dorado olía a leña húmeda, cerveza derramada y secretos fermentados.

El calor era espeso.

Las velas colgaban bajas, proyectando luces anaranjadas sobre las mesas rústicas.

Y las conversaciones bajaban de volumen al notar su presencia, sin detenerse del todo.

Se sentó en un rincón.

Solo.
Pero no por mucho.

Una mujer se acercó sin decir palabra.
De cabello oscuro, atado con descuido.
Sus manos llevaban años de trabajo.
Su espalda no era noble, pero su mirada sí.

Dejó una jarra espumosa frente a él.
—Aquí vienen todos a buscar algo —dijo, sin mirarlo de frente—. Pero cuidado con lo que deseas.
—Busco respuestas —respondió Lefuan, sin levantar la voz.
—Aquí —dijo ella, esbozando una sonrisa cansada—, las respuestas cuestan más que el oro. Y se cobran en silencio.

Lefuan bebió.
No por sed.
Sino por costumbre.
Porque en todos los mundos, **alguien siempre ofrece una bebida antes de un destino.**
Y esa noche, entre la espuma de la cerveza y las sombras de la ciudad,
Naorhal **registró su nombre.**
Sin saber aún lo que eso significaba.

♦ Capítulo 1 – La invocación

Subcapítulo 4: *La noche sin sueño*

La habitación era pequeña.

Techo bajo.

Madera vieja.

Una única ventana que dejaba entrar la luz de las dos lunas filtrada por cristales sucios.

No era una habitación de nobleza, ni de taberna populosa.

Era una cámara lateral del León Dorado, oculta tras un pasillo angosto con olor a moho y yerbas secas.

Lefuan no la había pedido.

Simplemente, Mira se la había ofrecido al pasar, sin mirarlo.

“A veces, el silencio vale más que una cama limpia.”

Se sentó en el borde de la cama.

El colchón crujió con la resignación de años de historias ajenas.

No había chimenea.

Ni alfombra.

Ni lámpara.

Solo la luz temblorosa de las lunas entrando en un ángulo oblicuo.

Un halo azulado sobre el suelo.

Otro, más tenue, sobre la pared.

Y su cuerpo entre ambos.

Como una balanza sin centro.

Deslizó los dedos por su muñeca izquierda.

Aún sentía el temblor leve del truco de sombras, como si su propia magia no terminara de asentarse en este mundo.

El zumbido no se había ido del todo.

Tampoco lo esperaba.

Era como un eco que no encuentra el cañón adecuado donde morir.

Como si algo —en alguna parte— estuviera llamándolo aún.

No sabía qué.

Ni quién.

Pero sí sabía que **no era el templo.**

No se recostó.

Solo cerró los ojos y se apoyó contra la pared áspera.

La madera olía a humo viejo y a sueños usados.

No dormía.

No soñaba.

Pero **recordaba... sin recordar.**

Fragmentos.
Una palabra rota.
Un rostro sin forma.
Una risa de niña.
Un jardín en otro tiempo.
Una promesa.

Pero no eran recuerdos.
No eran suyos.
No todavía.

Eran como semillas flotando en agua oscura.
A la espera de que algo las tocara.

En otro plano, fuera del tiempo y la ciudad, **Naeliz observaba.**
No desde las estrellas, ni desde el altar, ni desde un sueño.
Desde el **tejido mismo del devenir.**

Y lo veía.
Allí, sentado en esa habitación sin historia.
Un hombre que aún no sabía su nombre completo.
Un alma que había dicho "sí" mucho antes de que las palabras existieran.

Naeliz no hablaba.
No tocaba.
Solo sentía.

Y esa noche, mientras Lefuan no soñaba,
ella **soñaba con él.**

No era vigilancia.
Ni vigilancia piadosa.

Era el **reconocimiento de una pieza olvidada** volviendo a encajar en la urdimbre.
El mundo aún no sabía que lo necesitaba.
Pero Naeliz sí.

Las horas pasaron sin medida.
Los ruidos de la taberna se apagaron.
Las velas se extinguieron.
Y la ciudad se envolvió en su propio silencio.
Pero en esa habitación, **algo permanecía despierto.**

No el cuerpo.
No la mente.

El alma.

Esperando el primer encuentro.
La primera palabra que cambiaría su rumbo.
La primera mirada que no lo confundiría con otra cosa que **lo que era.**

♦ Capítulo 1 – La invocación

Subcapítulo 5: *El día en que todos caminaron hacia algo*

Lefuan se despertó antes del alba.

No porque el sueño hubiese terminado, sino porque **no había comenzado**.

El cuerpo se le sentía menos ajeno.

Pero no suyo.

No del todo.

La habitación seguía igual.

La luz azul había desaparecido, sustituida por un gris húmedo que entraba como niebla vieja a través de la rendija de la ventana.

Fuera, los primeros sonidos del día:

- Un martillo lejano golpeando hierro sin prisa.
- La voz áspera de una mujer llamando a sus hijos por nombre.
- El chasquido de una cuerda de pozo.
- Pájaros que no cantaban, sino que emitían notas secas, mecánicas, como si se obligaran a hacerlo.

Lefuan bajó las escaleras del León Dorado sin llamar la atención.

La sala común estaba medio vacía: una pareja dormida sobre una mesa, un anciano que removía una sopa ya fría, y Mira barriendo en silencio con el mismo saco de hierbas colgado al costado.

Ella no lo miró.

Solo dijo:

—El pan es fresco. Pero la leche no ha llegado. Decide según tu estómago.

Lefuan tomó una hogaza sin agradecer.

Partió un trozo.

Lo comió en silencio.

Como si masticar le permitiera recuperar una parte de sí.

Fuera, la ciudad ya se agitaba.

Naorhal de día no era menos extraña, pero sí **más disimulada**.

La magia dormía en los cimientos, sí, pero **el hambre mandaba en las calles**.

Los mercados abrían con lentitud, los mercaderes encendían inciensos para espantar la mala suerte, y los templos menores hacían sonar campanas ahogadas para marcar el inicio del "quinto compás"

—la hora que los mendigos sabían que aún no traía limosnas, pero ya alejaba los sueños.

Lefuan caminó por calles secundarias, evitando las avenidas principales.

No porque temiera ser reconocido... sino porque **su cuerpo elegía siempre el borde**.

El borde del camino.

El borde de la luz.

El borde del mapa.

Así era como respiraba mejor.

Cerca del mediodía, en el Templo Alto de Assil, **Irisel se arrodilló ante el Consejo de los Brazos de la Luz.**

No porque lo merecieran.

Sino porque el protocolo lo exigía.

Vestía su túnica negra ribeteada en plata.

El cabello trenzado con la marca del tercer círculo.

La daga, limpia.

—El Invocado escapó —dijo un sacerdote.

—Escapó... antes de que el círculo se cerrara —añadió otro—. Eso lo convierte en un error. En una amenaza.

—¿Y en un objetivo? —preguntó Irisel, sin levantar la cabeza.

Silencio.

La respuesta no hacía falta.

Fuera de la cámara, mientras cruzaba el pasillo de los vitrales, Irisel no dijo nada.

Pero en su mente, **algo vibraba.**

No era el deber.

No era la fe.

Era otra cosa.

Curiosidad.

No lo había visto de cerca.

Solo la forma.

La ausencia.

La ruptura del rito.

Y eso era peor que cualquier profanación.

Porque una cosa es luchar contra algo que se entiende.

Otra... es perseguir una sombra que nunca pidió ser traída.

En otro punto de la ciudad, Lefuan miraba su reflejo en una charca.

No se reconocía.

No del todo.

Pero no lo odiaba.

Solo lo estudiaba.

Porque cuando no sabes quién eres...

saber cómo caminas es un buen inicio.

Ese día, dos personas caminaron en direcciones opuestas.

Sin buscarse.

Sin nombrarse.

Pero el mundo ya **los colocaba en la misma línea.**

Y Naeliz, desde el velo de las cosas no dichas,
seguía observando.

✦ Capítulo 2 – La Fiesta de las Luces

Donde las sombras se visten de oro y el amor inicia sin nombre

Subcapítulo 1: El festival — La ciudad enmascarada

- Descripción general de la Fiesta de las Luces: origen mítico, propósito social, energía espiritual y política.
 - La ciudad se transforma: decoración, luces flotantes, máscaras rituales.
 - Primeros contrastes entre la alegría aparente y las tensiones soterradas.
-

Subcapítulo 2: La llegada de Lefuan — Un invitado sin máscara

- Lefuan, ajeno a la tradición, llega sin comprender del todo el evento.
 - Su ropa distinta y su actitud llaman la atención.
 - Pequeños incidentes: miradas, roces, murmullos.
-

Subcapítulo 3: Luana en la multitud — Princesa sin título

- Luana aparece entre la gente sin escolta visible, disfrazada, parte del pueblo.
 - Goucha, su gou, la acompaña en silencio.
 - Sus ojos se cruzan con Lefuan, sin palabras. Algo ocurre.
-

Subcapítulo 4: El gesto — La ofrenda de luz

- En el ritual nocturno, cada asistente debe dejar una vela u objeto simbólico.
 - Lefuan improvisa una ofrenda fuera del protocolo.
 - Luana lo ve desde lejos. El gesto la marca.
-

Subcapítulo 5: El encuentro — Fuego compartido

- Conversación entre Lefuan y Luana en un callejón apartado, bajo una guirnalda de fuegoflor.
 - Hablan sin nombres. Comparten pensamientos, no títulos.
 - Goucha permanece cerca, sintiendo algo más profundo activarse.
 - La chispa entre ellos es clara, pero no hay beso aún. Solo **reconocimiento mutuo**.
-

Subcapítulo 6: El acto — La consumación silenciosa

- En un rincón de los jardines exteriores, lejos de ojos ajenos.
- No hay declaración, no hay romanticismo: solo deseo, instinto y una intimidad inesperadamente natural.
- Luana se despide sin decir quién es.
- Lefuan no pregunta. Pero lo sabrá pronto.

♦ Capítulo 2 – La Fiesta de las Luces

Subcapítulo 1: *El festival — La ciudad enmascarada*

Naorhal amanecía distinta.

La niebla que usualmente flotaba sobre los tejados no era hoy un estorbo, sino parte del rito.

Los comerciantes no vociferaban; recitaban.

Los niños no gritaban; reían entre susurros.

Los templos abrían no para rezar, sino para que cada vecino **encendiera su propia llama**.

La **Fiesta de las Luces** no era un día santo.

No celebraba una victoria, ni una coronación, ni la fundación de nada.

Celebraba lo que **nunca se dijo**.

El instante en que, según el mito, las tres lunas bajaron al mundo durante una noche de silencio absoluto,

y sus sombras **se miraron entre sí... sin comprenderse**.

De aquel encuentro, dijo la leyenda, nació el **destino**.

Y desde entonces, una vez al ciclo,
la ciudad se disfrazaba de sí misma.

Las calles se decoraban con miles de **velas flotantes**, pequeñas luces atrapadas en burbujas que navegaban por el aire como si buscaran a quién seguir.

Los balcones colgaban cintas de colores distintos:

rojo por el deseo,

verde por lo no dicho,

azul por la memoria de lo que aún no ocurrió.

Nadie llevaba su rostro descubierto.

Ni mendigo, ni noble.

Cada quien portaba una **máscara distinta**, y la tradición dictaba que **nadie podía hablar su propio nombre hasta que se apagaran las luces del último farol**.

Era la noche en que la identidad se rendía.

La noche en que los dioses **cerraban los ojos**.

Los preparativos llevaban días.

Los artesanos tallaban nuevos faroles de papel,

las cocineras llenaban urnas con sopa especiada y panes dulces con forma de luna creciente,

y los clérigos —sí, incluso los de Assil—

guardaban sus dogmas por una noche, sabiendo que el pueblo necesitaba celebrar lo que no entendía más que lo que podía adorar.

Desde lo alto, Naorhal parecía una constelación caída.

Los tejados brillaban con fuegos de mil tonos.

En los canales, barcos con luces de loto surcaban lentamente el agua turbia.

En las plazas, acróbatas y contadores de historias preparaban sus actos bajo los nudos de luz colgante.

Pero el corazón de la fiesta no estaba en los templos ni en las calles.
Estaba **en el anonimato compartido.**

Por una noche, nadie era quién debía ser.

Y eso... era libertad.

En los barrios altos, donde los nobles aún fingían importar más que los símbolos,
la **reina Arihén** contemplaba la ciudad desde su torre.

No participaba.

Ya no.

Había una copa de vino sin tocar junto a ella.

Un pergamino enrollado con un decreto aún sin firmar.

Y una sola frase en su mente, repetida como un eco de infancia:

“Las luces se encienden para que las sombras bailen sin culpa.”

En la calle principal, los tambores resonaban como el pulso de la piedra misma.

Un ritual antiguo en ritmo nuevo.

Gente con máscaras de ciervo, cuervo, zorro, lechuza.

Rostros pintados con polvo de luna y pigmento mineral.

Las puertas abiertas.

Los juicios suspendidos.

Las reglas dormidas.

Era la noche en que **nadie debía ser visto...**

y por eso, todos se veían.

Y entre ese mar de luces y rostros ocultos,

un hombre sin máscara caminaba.

Sin prisa.

Sin disfraz.

Sin linaje.

Lefuan.

Pero aún no se llamaba así para ellos.

Aún no tenía historia.

Solo pasos.

Y ojos que comenzaban a cruzarse con otros.

♦ Capítulo 2 – La Fiesta de las Luces

Subcapítulo 2: *La llegada de Lefuan — Un invitado sin máscara*

Lefuan cruzó la calle principal de Naorhal como quien atraviesa un sueño que no le pertenece.
Y era eso exactamente.

Un sueño ritual.

Una ilusión colectiva que, sin embargo, todos creían con más fuerza que a sus dioses.

La ciudad era un jardín de símbolos.

Las luces colgantes se balanceaban suavemente, proyectando reflejos ondulantes sobre las fachadas.
A cada paso, sonaban instrumentos de cuerda y viento: notas suaves, disonantes, de melodías que no buscaban armonía, sino **movimiento**.

La música no celebraba nada concreto.

Era más bien una memoria sin rostro, sostenida por la repetición.

Y él...

sin máscara.

La gente lo notaba.

No lo miraban directamente.

No lo señalaban.

Pero al pasar, los cuerpos se giraban un grado más de lo necesario.

Los rostros enmascarados se detenían una fracción más de lo socialmente permitido.

Algunos se apartaban.

Otros simplemente lo ignoraban... demasiado rápido.

Porque esa era la regla de la noche:

todos llevan algo que los oculta.

Y Lefuan no llevaba nada.

Sus ropas no eran nobles ni andrajosas.

Una capa gris oscura que ya había perdido el color en los bordes.

Camisa de lino endurecido por el polvo del viaje.

Botas de suela extraña, no del todo de cuero, como si vinieran de una época que aún no había ocurrido.

Y sus ojos...

demasiado despiertos.

No estaban perdidos.

No exploraban.

No jugaban.

Miraban como si cada imagen quedara grabada en piedra.

Como si este mundo fuera **una amenaza calculada.**

Se detuvo ante un puesto de faroles artesanales.

Una anciana vendía esferas de cristal con llamas atrapadas dentro.

—¿Deseas uno? —preguntó con voz rasposa—. Uno por deseo, dos por promesa, tres por secreto.

Lefuan la miró un instante.

Luego miró los faroles.

—¿Qué ocurre si no tengo ninguno?

La anciana parpadeó, y por debajo de su máscara de pájaro, sonrió con cansancio.

—Entonces estás vacío. O lleno. Lo sabrás al final de la noche.

Continuó caminando, sin tomar nada.

Las calles se angostaban por tramos, obligando a los cuerpos a rozarse.

Pasó junto a un grupo de niños disfrazados de zorros, que lanzaban pétalos al aire como bendiciones.

Uno de ellos se detuvo frente a él, lo miró... y le tendió una flor.

Lefuan la aceptó.

No dijo nada.

Pero cuando el niño volvió con los suyos, murmuró algo que el viento apenas alcanzó a llevar:

“No tenía sombra...”

En una glorieta cubierta de tela roja, un grupo de músicos afinaba sus instrumentos mientras acróbatas se balanceaban en sogas invisibles entre los balcones.

Máscaras de lobo, de ciervo, de cabra, de mariposa.

Ritmos sin medida.

Risas que se apagaban apenas pronunciadas.

Un sueño compartido.

Y Lefuan, caminando sin disfraz, era **una fisura en la ilusión.**

Un par de nobles lo observaron desde una terraza.

Uno de ellos, joven, murmuró:

—Ese no lleva marca. ¿Lo ves?

—¿Crees que es extranjero?

—¿Y si es uno de los cinco?

—No. Los cinco no se mostrarían aún...

—O tal vez —dijo el primero, mirando con atención—, es el fuego antes del relámpago.

Y mientras los rumores empezaban a brotar como gotas de tinta en agua clara, él seguía avanzando.

Ajeno.

Pero no del todo.

Como si **supiera que el mundo giraba en torno a un núcleo que aún no había tocado.**

A lo lejos, en otra calle en curva,

una joven con capa blanca y máscara de cuervo caminaba en dirección opuesta.

No con prisa.

Pero sí con dirección.

La seguía una figura esbelta, felina, de ojos plateados.

Y cuando las luces de ambas calles se cruzaron...

también lo hicieron sus destinos.

♦ Capítulo 2 – La Fiesta de las Luces

Subcapítulo 3: *Luana en la multitud — Princesa sin título*

Luana caminaba entre la gente como si flotara.
No por gracia heredada ni adiestramiento cortesano.
Sino por algo más simple:
conocimiento.

Conocía a su pueblo.
Sus calles, sus fiestas, sus rutinas.
Sabía dónde se formaban los remolinos de niños, dónde los músicos improvisaban armonías sobre callejones rotos,
dónde los ladrones eran románticos y los mendigos sabios.
Y esa noche, como tantas otras, **no era princesa.**
Era solo **una sombra blanca entre luces múltiples.**

Vestía una capa sencilla, de lino bordado con hilos de plata apagada.
Sobre el rostro, una máscara de cuervo —una de las más respetadas del festival.
Los antiguos decían que el cuervo era el único animal que recordaba sus sueños.
Y que traía palabras del mundo que viene después.

A su lado, como siempre, caminaba **Goucha.**

Alta, de movimientos suaves y pasos elásticos.
Sus ojos —felinos, plateados, atentos— absorbían cada gesto del entorno.
Llevaba el rostro descubierto, como correspondía a una gou vinculada.
Los que sabían ver la reconocían, pero no se atrevían a nombrarla.
Porque nombrarla sería nombrar a quien la llevaba en vínculo.
Y eso, en la Fiesta de las Luces, estaba **prohibido.**

Luana no hablaba.
Solo observaba.

Los aromas del festival la envolvían:
pan de raíz dulce, carne de ave adobada, vapor de hierbas amargas que subía desde pequeñas teteras ceremoniales.

Los sonidos le acariciaban los oídos:
cítaras, flautas de hueso, cantos sin palabras que se alzaban desde los tejados.

Pero lo que más sentía eran los **colores.**

La ciudad estaba viva.
No como palacio.
No como reino.
Sino como cuerpo.

Y esa noche, por unas horas, **ella pertenecía.**

Goucha habló por primera vez tras media hora de andar.

—Te miran menos este año —dijo, sin sarcasmo, solo con precisión.

Luana asintió.

—Eso es bueno.

—¿No extrañas que te reconozcan?

Luana sonrió bajo la máscara.

—Hoy no.

Dieron vuelta en una calle angosta y emergieron a la plaza lateral de los Talladores, donde el suelo estaba cubierto por pétalos secos y lámparas colgaban desde hilos cruzados como una red de estrellas artificiales.

Y allí,
sin buscarlo,
lo vio.

Él estaba quieto, junto a una fuente cerrada por una reja de hierro negro.

No hacía nada.

No hablaba con nadie.

Solo miraba hacia las luces como si no perteneciera del todo a esa realidad.

No llevaba máscara.

No parecía querer una.

Y sin embargo, **era más difícil de leer que todos los demás juntos.**

Goucha lo sintió al instante.

Sus orejas se movieron levemente.

Sus ojos, entrenados en el silencio emocional de Luana, buscaron señales que no encontraron.

Luana se detuvo.

No por sorpresa.

Sino porque su cuerpo lo decidió antes que su mente.

—¿Lo conoces? —preguntó Goucha, con voz baja.

—No —respondió la princesa—.

Pero creo... que sí.

Durante unos segundos, el mundo pareció **detener su rotación.**

No por magia.

No por milagro.

Sino porque **la coincidencia perfecta** de dos cuerpos destinados a entrelazarse es una fuerza que ni el tiempo puede ignorar.

Y cuando **los ojos de Lefuan** se alzaron y se cruzaron con los suyos,
no hubo relámpagos,
ni viento,
ni música dramática.

Hubo **una pausa.**

La clase de pausa que precede a todas las historias que importan.

Luana no se acercó.

No aún.

Pero algo dentro de ella **ya había dado el primer paso.**

Y Goucha...

Goucha lo supo.

Porque cuando Luana se enamoraba,

su sombra **dejaba de seguirla... y comenzaba a temblar.**

♦ Capítulo 2 – La Fiesta de las Luces

Subcapítulo 4: *El gesto — La ofrenda de luz*

El silencio ceremonial cayó con una sincronía sobrecogedora.

La ciudad entera, por unos minutos, dejó de respirar.

Las campanas del templo bajo —tres notas graves, una aguda, otra grave— marcaron el inicio del ritual central.

La gente se reunió en torno a la **Columna del Recuerdo**, un monumento de piedra lisa que emergía desde el centro de la plaza como un hueso de la tierra.

En su cima, un cuenco vacío, esperando recibir las ofrendas de fuego.

La tradición era clara:

cada ciudadano debía colocar una **vela ritual**, encendida con fuego tomado de su hogar.

Un fuego **propio**, familiar, íntimo.

Así, la ciudad recordaba quiénes eran, de dónde venían, y qué habían vivido.

Pero Lefuan no lo sabía.

Nadie se lo había explicado.

Y si lo hubieran hecho, tal vez no habría entendido.

Los asistentes avanzaban en fila.

Las máscaras ocultaban los rostros, pero no los gestos.

Un niño ofrecía una vela con lágrimas.

Un anciano encendía la suya con manos temblorosas.

Una pareja la sostenía entre los dos, como un pequeño pacto sellado en cera y luz.

La ceremonia era íntima, solemne.

Y todos la honraban sin palabras.

Todos... menos uno.

Lefuan se acercó al altar, sin haberse colocado en la fila.

Nadie se atrevió a detenerlo.

No porque lo reconocieran, sino porque su presencia **desestabilizaba las formas**.

Tenía en la mano algo que no era una vela.

Una **ramita seca** que había recogido horas antes, al salir del templo-palacio, cuando aún no sabía que cada gesto sería interpretado como un símbolo.

La sostuvo entre los dedos.

La prendió con una llama improvisada —una chispa que brotó entre dos uñas frotadas en un gesto casi mágico.

El fuego no era dorado.

Era **azulado**.

Breve. Vivo. Fugaz.

Y lo depositó en el cuenco sagrado.

Sin reverencia.

Sin rezo.
Solo con una expresión ausente.
Y se alejó.

Un murmullo recorrió la plaza.
No escándalo.
No furia.
Sino algo peor para una ciudad de tradición:
incomprensión.

Luana lo vio desde el otro extremo de la plaza.
Oculta entre bailarines que formaban parte de una rueda ceremonial.
Goucha, a su lado, contenía el aliento.
—No... —susurró Goucha—. No sabe lo que está haciendo.
Luana no respondió.
No apartó los ojos de él.
Porque en ese momento, más que nunca,
él era real.

No era arrogancia lo que lo movía.
Tampoco desprecio por el rito.
Era simplemente eso que algunos sabios llamaban **libertad esencial**:
actuar sin miedo a las costumbres porque se desconoce su cárcel.
Y lo que Luana sintió no fue admiración, ni sorpresa, ni alarma.
Fue algo más íntimo.
“Él actúa como si ya hubiera amado este mundo y lo hubiera perdido.”

Y Goucha, cuya alma estaba atada a la de Luana,
lo sintió también.
Como una corriente que entraba desde lo desconocido y se alojaba entre sus costillas.
Porque ese gesto,
ese fuego azul,
no había sido un insulto.
Había sido **una ofrenda real.**
No tradicional.
No autorizada.
Pero profundamente verdadera.
Y eso, en Naorhal...
era más peligroso que una traición.

♦ Capítulo 2 – La Fiesta de las Luces

Subcapítulo 5: *El encuentro — Fuego compartido*

El bullicio de la plaza había retomado su curso, como si el gesto de Lefuan hubiera sido asimilado por la ciudad con la misma facilidad con la que olvida lo que la incomoda.

Las luces bailaban otra vez.

Los músicos afinaban melodías circulares.

El vino especiado corría como agua.

Pero para Luana, el festival ya había cambiado.

Ella lo había seguido.

No como princesa.

No como figura de linaje.

Como mujer.

Sus pies, envueltos en sandalias de cuero suave, se deslizaban entre los pliegues de la multitud.

A su lado, **Goucha** la seguía en silencio, cada paso contenido, cada mirada tensa.

Sabía que no podía detenerla.

Y que tampoco debía.

Lefuan había tomado una calle lateral, estrecha y mal iluminada, donde la música se convertía en eco.

No huía.

Simplemente buscaba **aire sin ojos**.

Y allí, bajo una guirnalda de **fuegoflor** —esas plantas que ardían sin quemar durante las noches sagradas—,

la vio.

No la reconoció como princesa.

Ni como noble.

Ni como profecía.

La reconoció **como alguien que también buscaba sombra**.

Ella se detuvo a tres pasos de él.

La capa blanca aún la envolvía.

La máscara de cuervo cubría su rostro.

Pero su voz, cuando habló, **no necesitó presentación**.

—No llevas máscara.

Él la observó un instante.

Sus ojos no tenían miedo ni interés.

Solo claridad.

—Tampoco tengo nombre aquí —respondió.

—En esta noche, eso no es un problema —dijo Luana—. Es libertad.

Lefuan miró las flores sobre sus cabezas.

Sus lenguas de fuego crepitaban en silencio.

—¿Y si me gustara no tener rostro?

Luana sonrió.

Él no la vio.

Pero lo supo.

—Entonces hoy es tu día.

Mañana... ya veremos.

El silencio entre ellos no era incómodo.

Era denso, como una manta tendida sobre algo frágil.

Goucha, más atrás, se mantenía de pie con los brazos cruzados, los ojos clavados en Lefuan.

No con hostilidad.

Con cautela.

Era raro ver a Luana hablar con un desconocido.

Raro... pero no imposible.

—¿Y tú? —preguntó él, tras un instante.

—¿Yo qué?

—¿Te gusta esconderte?

Luana miró hacia la plaza.

Desde allí, las luces parecían flotantes, como un recuerdo que no se decide a borrarse.

—A veces. Pero más que esconderme... me gusta ver sin ser vista.

—¿Y qué ves cuando nadie sabe quién eres?

Ella lo miró.

A través de la máscara.

Y sus palabras salieron con suavidad:

—Veo quiénes mienten mejor cuando creen que nadie los observa.

Y quiénes, como tú...

no saben mentir en absoluto.

Eso lo hizo sonreír.

Un gesto leve. Real.

Como si algo dentro de él recordara cómo hacerlo.

Ella dio un paso más cerca.

Él no retrocedió.

—¿Tienes algo que ofrecer esta noche? —preguntó.

—No vine a ofrecer. Vine a entender —dijo Lefuan.

—¿Y has entendido algo?

Él la miró fijo.

Y respondió:

—Sí. Que lo que brilla en exceso, normalmente teme a su sombra.

Luana se quedó en silencio.

No por sorpresa, sino porque entendía esa frase demasiado bien.

—Entonces sabrás caminar aquí —dijo.

Y luego, dio media vuelta.

—¿No me dirás tu nombre? —preguntó Lefuan, justo antes de que se perdiera entre las sombras.

Ella se detuvo un instante.

—Hoy no.

Mañana... tal vez.

Si me recuerdas sin máscara.

Y desapareció entre los pliegues del festival.

Goucha pasó junto a Lefuan sin hablar.

Pero al pasar, sus ojos se cruzaron.

Y en ellos, **no hubo juicio.**

Solo una advertencia suave, muda, de quien ha vivido lo suficiente para reconocer las líneas que aún no se han escrito...

pero ya están decididas.

♦ Capítulo 2 – La Fiesta de las Luces

Subcapítulo 6: *El acto — La consumación silenciosa*

El festival seguía ardiendo en las calles como una fogata sin centro.
Las luces colgantes danzaban entre canciones cada vez más desordenadas.
El vino sabía más fuerte.
Las máscaras se caían sin querer.
Los bailes se volvían lentos, pesados, cercanos.

Y lejos de todo eso, en los **jardines laterales del palacio de cristal**, donde las luciérnagas no eran decorativas sino salvajes, **Luana volvía a buscarlo**.

Goucha la había seguido hasta el umbral del pasillo de arbustos.
Luego se detuvo.

—¿Estás segura? —preguntó con la voz más baja que su aliento.

Luana no respondió.
Solo caminó.

Lefuan estaba recostado en un banco de piedra bajo un árbol de hojas rojizas, contemplando el cielo.
Las dos lunas se habían separado en su danza celeste, proyectando sombras dobles sobre el césped mojado.

Ella llegó sin anunciarse.
Sin palabras.

Se quitó la capa.
Se quitó la máscara.

Y se sentó junto a él.
Tan cerca que sus hombros se rozaron.

Él giró lentamente la cabeza.
La vio.
Realmente la vio.

Y entonces, por primera vez desde su llegada, **no se sintió extranjero**.

Luana tomó su mano con firmeza, sin vacilación.
La llevó a su rostro.
Luego, a su cuello.
Después, la apoyó sobre su pecho, justo donde el corazón marcaba su cadencia secreta.

No hubo invitación.
No hubo súplica.

Sólo una certeza compartida:

“Aquí. Ahora. Sin máscaras.”

Lefuan se inclinó hacia ella.

Sus labios se rozaron como si hubiesen sido creados para encontrarse justo en ese instante, bajo esa luz, con ese peso de historia futura apretando el aire.

Sus cuerpos no hablaban el mismo lenguaje, pero lo aprendieron esa noche sin errores.

La consumación fue silenciosa.

Sin palabras.

Sin promesas.

Sin nombres.

Sus cuerpos se entrelazaron sobre la hierba fría,

entre ramas que crujían por el roce de la piel y hojas que caían sin que nadie las notara.

El mundo no se detuvo.

Naorhal no se rindió.

Los dioses no bajaron a mirar.

Pero el destino sí.

Naeliz sí.

Y en los hilos invisibles que aún no tejían la vida futura de Ail,

una hebra comenzó a brillar con calor nuevo.

Después, cuando todo terminó,

Luana se incorporó sin mirar atrás.

Se vistió en silencio.

Recogió su máscara.

Se cubrió el rostro.

Y dijo, sin girarse:

—No preguntes quién soy.

Solo recuerda cómo te sentiste esta noche.

Y se marchó entre las sombras del jardín,

dejando atrás el aroma de una flor que no crece en ninguna parte...

pero que Lefuan recordaría hasta el fin de todas las versiones del tiempo.

Él no la detuvo.

No necesitaba respuestas.

No aún.

Sólo cerró los ojos y, por primera vez en este mundo,

sonrió.

Porque esa noche, no había sido un intruso.

Había sido **un hombre.**

♦ Capítulo 3 – El nombre detrás de la máscara

Donde la verdad se presenta, pero nadie está listo para recibirla

Subcapítulo 1: Ecos del día anterior — Rumores bajo la luz rota

- Naorhal despierta con los restos de la Fiesta de las Luces: cera derretida, copas vacías, máscaras olvidadas.
 - Entre nobles y comerciantes, **corren rumores sobre el forastero sin máscara** y la joven en blanco que desapareció entre los arbustos.
 - Lefuan vuelve a caminar la ciudad. Algunos lo saludan con respeto fingido, otros con miedo velado.
 - En los pasillos del templo-palacio, se murmura que la princesa desapareció esa noche. Y alguien la vio **con él**.
-

Subcapítulo 2: Convocatoria real — El juicio sin palabras

- Lefuan es interceptado por emisarios reales. No lo arrestan: lo **invitan** a presentarse ante la reina.
 - En su camino al palacio, las calles cambian: ahora lo observan de verdad.
 - Se lo conduce ante **Arihén**, la reina, que no lo acusa, pero le exige una explicación sobre lo ocurrido.
 - **Lefuan no miente, pero tampoco revela.**
 - Entonces entra ella: **Luana**. Vestida como princesa. Con corona ligera.
 - Lefuan comprende todo. Su gesto no cambia. Pero **sus ojos sí**.
-

Subcapítulo 3: La elección — El derecho de Luana

- Se revela el ritual que está por comenzar: **Luana debe escoger a cinco pretendientes** entre la nobleza y el extranjero.
 - Como heredera, tiene derecho a un proceso antiguo: un duelo no de espadas, sino de **virtudes y visiones de reino**.
 - Los nombres de los nobles se anuncian. Y luego, sin aviso previo, Luana **elige a Lefuan** como quinto.
 - El salón se llena de susurros. La reina no interviene.
 - Goucha observa a todos con ojos afilados. Irisel, presente en silencio, no aparta la vista de Lefuan.
-

Subcapítulo 4: El regalo del día doble — El ritual de las lunas y el sol

- El próximo paso del proceso: **cada pretendiente debe ofrecer un regalo simbólico.**
 - Las dos lunas estarán llenas la misma noche; el día siguiente será el “Día de la Reina”, cuando el sol alcanza su cenit más largo.
 - Se explica que la tradición marca dos ofrendas: una para Luana, una para su madre.
 - Lefuan no entiende la lógica del ritual, pero accede.
 - En privado, le ofrecen ayuda... pero él decide improvisar.
 - **Naeliz, en el velo del tiempo, sonríe.**
-

Subcapítulo 5: La noche de las lunas — El doble regalo

- Cada pretendiente presenta su primera ofrenda ante el pueblo.
 - Algunas son joyas ancestrales, otras promesas políticas, otras herencias familiares.
 - Lefuan entrega **una flor marchita**, acompañada de una frase desconcertante:
“Esto ya fue hermoso. Y aún así, sigue doliendo. Como el amor.”
 - El pueblo se divide entre la burla y la contemplación.
 - Luana sonríe. No por el objeto, sino por **el mensaje.**
 - Goucha, junto a ella, contiene una emoción que no nombra.
 - La reina observa en silencio. Y no lo descarta.
-

Subcapítulo 6: El sol alto — El presente a la reina

- Es el turno de homenajear a Arihén, la reina. Una prueba que mide respeto, sabiduría y comprensión de su legado.
- Los nobles ofrecen espadas antiguas, tratados firmados, reliquias.
- Lefuan entrega **una hoja de árbol calcada en tinta sobre pergamino virgen.**
- Dice:
“Un trono no se sostiene por lo que pesa, sino por lo que deja caer con gracia.”
- La reina, por primera vez en años, **se ríe.**
- La corte guarda silencio.
- Y el juego, oficialmente... ha comenzado.

♦ Capítulo 3 – El nombre detrás de la máscara

Subcapítulo 1: *Ecos del día anterior — Rumores bajo la luz rota*

Naorhal amaneció sucia, hermosa y silenciosa.

La Fiesta de las Luces había terminado hacía apenas unas horas, pero sus huellas persistían como un sueño que se resiste a ser olvidado.

En las plazas, los faroles apagados colgaban como cuerpos rendidos.

Las calles olían a cera derretida, a frutas fermentadas y a incienso barato que aún flotaba en el aire como un fantasma amable.

Sobre los charcos de la madrugada, las máscaras caídas parecían rostros sin dueño, y los pétalos secos crujían bajo los pasos de los primeros trabajadores.

Era la mañana después del olvido ritual.

Y sin embargo, **algo no se había borrado.**

En el mercado del Puente de las Carpas, tres mercaderes discutían entre sí:

—Yo lo vi. No llevaba máscara. Caminaba como si fuera el único real.

—¿Y la mujer de blanco? ¿La que se fue con él al jardín?

—Dicen que... —y el resto fue susurro.

En los corredores del Templo de Assil, dos acólitos trapeaban el suelo con esmero ritual.

—La suma invocadora no ha salido desde anoche.

—¿Tú crees que fue él? El del altar.

—Nadie se esfuma así. Ni siquiera un invocado... a menos que no lo hayan invocado del todo.

Y en la sala norte del Palacio de Cristal, donde se reúnen los miembros del círculo íntimo de la reina Arihén, los rumores eran más precisos.

—Luana no durmió en su habitación.

—¿Estás seguro?

—Goucha regresó sola... y no respondió ninguna pregunta.

—Entonces es cierto.

—¿El qué?

—Que el forastero no es solo un problema mágico. Es un problema político.

Lefuan caminaba por la ciudad ajeno a casi todo.

No por ignorancia, sino por elección.

Sabía que lo observaban más que antes.

Sentía las miradas sostenidas de los comerciantes, los cortesanos, incluso de los niños que ahora se apartaban cuando él cruzaba un umbral.

No le importaba.

Aún no.

Vestía la misma ropa del día anterior.

Su capa gris no tenía bordado ni emblema.

Pero su andar tenía el peso exacto de quien **no pide permiso para existir**.

Pasó por la herrería de los Quellan, donde los aprendices callaron al verlo.

Por la biblioteca baja, donde una anciana copista detuvo la pluma un instante mientras él cruzaba la galería.

Por la fuente central, donde los músicos callejeros interrumpieron el ritmo de flautas para observar su espalda alejarse.

En el interior del León Dorado, Mira servía infusiones a media docena de clientes.

Al verlo entrar, no dijo nada.

Solo colocó un cuenco humeante sobre la barra y se alejó.

Tarek, desde un rincón, lo saludó con dos dedos y una sonrisa torcida.

—¿Tú sabías que los nobles no soportan que alguien robe la atención sin decir una palabra? —dijo el muchacho—. Es como quitarle el bastón a un cojo: se caen por rabia, no por debilidad.

Lefuan bebió en silencio.

La infusión era amarga y dulce a la vez, como una verdad aún no dicha.

Desde la terraza del templo lateral, **Irisel** observaba todo con calma.

Sus ojos no parpadeaban.

Su túnica oscilaba con el viento.

Y en su mano, una pequeña hoja de palma giraba lentamente entre los dedos, como una moneda que aún no había decidido qué cara mostrar.

No se movía.

No hablaba.

Pero su atención ya estaba fijada.

No en la ciudad.

En él.

Y en la cámara alta del Palacio de Cristal, **la reina Arihén leyó un informe.**

Dos páginas.

Pocas frases.

Al final del documento, una palabra subrayada tres veces:

“Invocado.”

No hubo órdenes.

No aún.

Solo una frase.

—Traedlo. No como prisionero. Como... incógnita.

Y así, sin aviso previo,
mientras Naorhal comenzaba a sacudirse la resaca de su noche más sagrada,
el hombre sin nombre fue llamado a presentarse ante el trono.

No por castigo.

No por honor.

Sino porque el mundo, de pronto, ya no sabía qué hacer con él.

♦ Capítulo 3 – El nombre detrás de la máscara

Subcapítulo 2: *Convocatoria real — El juicio sin palabras*

Dos hombres lo esperaban al pie del León Dorado.

No vestían armaduras.

Ni ropas ceremoniales.

Solo capas largas con el escudo bordado de la familia real: un halcón blanco rodeado por tres estrellas.

—Señor Lefuan —dijo el más joven, sin inclinarse—. La reina solicita su presencia.

Solicita.

No “ordena.”

Una elección de palabras que decía mucho... y ocultaba más.

Lefuan no preguntó por qué.

Tampoco se negó.

Solo caminó con ellos.

Atravesaron los barrios nobles sin hablar.

Las calles estaban limpias, casi vacías.

Algunos habitantes los observaban desde ventanas altas, detrás de cortinas apenas entreabiertas.

Ya no era el forastero anónimo.

Ya no era el hombre sin máscara.

Era **el hombre al que la reina había llamado.**

Y eso... inquietaba.

El Palacio de Cristal se alzaba como un templo congelado.

No brillaba como su nombre sugería.

La piedra blanca y los vitrales apagados le daban un aire solemne, no festivo.

Era un lugar **para decidir el destino de los demás.**

Y esa mañana, el destino de Lefuan parecía estar a punto de ser negociado.

Fue conducido por un corredor ancho, flanqueado por estatuas sin rostro.

Cada una sostenía un objeto distinto: una corona rota, una pluma de ave, una balanza vacía.

Nadie lo detuvo.

Nadie lo tocó.

Como si ya perteneciera al lugar...

o como si estuvieran **esperando ver si lo hacía.**

La sala de audiencias era circular.

La luz entraba desde un vitral cenital en forma de espiral.

Y en el centro, sin trono elevado ni guardias alrededor, estaba **Arihén.**

La reina.

No vestía de gala.
Llevaba un vestido de luto con detalles de bordado dorado apenas visibles.
Su cabello recogido en un peinado firme, sin adornos.

Solo sus ojos hablaban.
Y hablaban en el idioma de los que han sobrevivido demasiado tiempo.

—No llevas armas —dijo ella.

Lefuan negó con la cabeza.

—No soy una amenaza.

—Lo sabes tú —respondió la reina—. No lo sabe el reino.

Ella descendió un peldaño.

No como amenaza.

Sino como quien desea observar de cerca **lo que no entiende del todo.**

—¿Sabes quién soy?

—No oficialmente —respondió Lefuan, sin titubear.

—Eso no importa. Las máscaras han caído.

Un silencio.

Y luego:

—Estuviste con alguien anoche.

Él no respondió.

Ella tampoco repitió la pregunta.

El sonido de puertas laterales rompiendo el aire fue más potente que una trompeta.

Lefuan giró.

Y la vio.

Luana.

Vestida de blanco marfil, con una capa bordada en plata y esmeralda.

Corona liviana sobre la frente.

Cabello suelto por primera vez, como si no necesitara ocultar ya su estatus.

Y un gesto firme... que contenía todo lo que no podía decirse.

No se sorprendió.

Ni él, ni ella.

No hubo reencuentro dramático.

No hubo “tú eras...” ni “no puede ser.”

Solo una pausa en el aire.

Como si los nombres hubiesen llegado tarde a una historia que ya estaba en marcha.

—¿Tiene algo que decir, Alteza? —preguntó la reina, sin sarcasmo.

Luana miró a Lefuan.

A los ojos.

No al cuerpo.

No al pasado.

Y dijo:

—Nada.

Ya lo ha dicho todo con lo que **no dijo anoche**.

La reina la observó un segundo.

Luego asintió.

—Entonces lo incluyo oficialmente en la selección —declaró—. Como uno de los cinco.

Un murmullo se esparció desde los rincones de la sala, donde estaban ocultos nobles, escribas y clérigos.

Lefuan frunció el ceño.

—¿Selección?

—Cinco pretendientes —explicó Arihén—. Por derecho ancestral, mi hija escoge a cinco hombres dignos de disputar su mano.

De entre ellos, uno será su esposo.

Pausa.

—Ella ha escogido cuatro. Tú eres el quinto.

Lefuan se mantuvo en silencio.

No por desconcierto.

Sino porque **no estaba seguro de si esto era una oportunidad o una trampa**.

—¿Y si me niego?

—Eres libre de hacerlo —respondió Luana—. Pero me gustaría verte intentarlo.

Y sonrió.

Con un gesto tan sereno... que dolía.

La reina no se inmutó.

—Tendrás dos días. El ritual comenzará con la primera prueba: el regalo.

—¿Qué tipo de regalo?

—Uno que hable de ti.

Uno para ella.

Y uno para mí.

Y con esa frase, Arihén se giró y abandonó la sala.

Luana la siguió.

Pero justo antes de cruzar el umbral, **se detuvo**.

Miró a Lefuan por última vez.

Y dijo:

—Ayer fuiste sombra.

Hoy, eres reflejo.

Veamos si mañana... puedes ser luz.

Y desapareció.

Lefuan se quedó solo.

En una sala redonda.

Con un eco nuevo dentro del pecho.

No tenía armadura.

Ni respaldo político.

Ni idea del juego.

Pero ya estaba en él.

Y eso, más que el peligro, **le hizo sonreír.**

♦ Capítulo 3 – El nombre detrás de la máscara

Subcapítulo 3: *La elección — El derecho de Luana*

La sala del Velo Alto se abría como un abanico de piedra blanca y madera oscura.

No era un trono lo que presidía el lugar, sino una **plataforma circular** de mármol pálido sobre la que ningún gobernante podía sentarse.

Solo **los herederos**.

Y esa tarde, todos los ojos estaban puestos sobre ella.

Luana.

Erguida como una llama.

Con el cabello recogido en un estilo doble trenzado, típico de la línea materna.

La capa real aún sin cerrar sobre los hombros: símbolo de que aún no era reina, pero **ya era elegida por la voluntad del tiempo**.

A su lado, como una sombra constante, estaba **Goucha**, vestida con túnica gris oscuro y los brazos cruzados sobre el pecho.

Su mirada recorría la sala sin descanso, con la calma feroz de quien no busca enemigos... pero los espera.

El maestro de ceremonias, un anciano de voz clara y manos decoradas con anillos rituales, marcó el inicio con una frase que resonó entre columnas:

—Se alza la heredera.

Y con ella, el derecho antiguo:

Escoger a cinco.

**No para amarlos,
sino para revelarlos.**

Los nobles más importantes de la corte estaban presentes.

Cada uno en su estrado, con sus colores de casa:

rojos, azules imperiales, verdes con filigrana, dorados opacos.

Todos sabían lo que venía.

Todos creían que lo sabían.

—Habla, hija del linaje —dijo el maestro—. ¿Quiénes serán los cinco que disputarán tu destino?

Luana dio un paso.

Su voz fue firme.

Ni dulce ni dura.

Definitiva.

—Primero, Sael de Ryndara.

—Segundo, Velkhan del Mar de Lasas.

—Tercero, Hedarín del Claro Oscuro.

—Cuarto, Lysir Val-Raem.

Cuatro nombres.

Cuatro casas.

Cuatro alianzas políticas.

Cada uno, al oír su nombre, asintió con un gesto ensayado.

Algunos sonrieron.

Otros simplemente bajaron la mirada, preparados para el juego que comenzaba.

—Y el quinto... —dijo Luana—.

El quinto no es noble.

No es nuestro.

No es siquiera... previsible.

Murmullos.

Algunos, incrédulos.

Otros, furiosos.

Una dama mayor dejó caer su abanico.

—El quinto es Lefuan.

El forastero.

El invocado.

Mi elección.

El silencio fue más sonoro que el escándalo.

En un rincón, **Irisel** observó sin pestañear.

Una mano en el cinto, la otra colgando libre.

No dijo nada.

Pero algo en su postura cambió.

La reina no intervino.

Ni aprobación ni censura.

Su rostro era el de alguien que ha visto muchas generaciones jugar este mismo juego.

Y sabe que lo importante no ocurre en los nombres... sino en **las pausas entre ellos.**

Lefuan, de pie en un lateral, sin escolta ni símbolo, **no pareció sorprendido.**

Tampoco agradecido.

Simplemente... presente.

Como si su cuerpo supiera que ese momento no era el inicio de nada, sino **la continuación de algo inevitable.**

El maestro de ceremonias tragó saliva, y con voz menos firme, repitió:

—Lefuan... incluido por voluntad directa de la heredera.

Y añadió, por formalidad:

—¿El convocado acepta el desafío?

Lefuan dio un paso.

Sus botas resonaron sobre el mármol.
—¿Desafío? —dijo, mirando a Luana.
—Yo solo vine a entender el mundo.
Si eso requiere luchar por él...
que así sea.

Hubo un silencio breve.
Y luego, una exhalación colectiva.
La sala retomó su respiración.
La ceremonia continuó.
Pero nada era ya igual.

Los cinco estaban definidos.
El tablero, dispuesto.
El primer movimiento vendría con la prueba de los regalos.
Pero incluso antes de que empezara, los ojos de tres pretendientes ya miraban a Lefuan no como a un rival,
sino como a una amenaza que no podían calcular.
Y Luana, en su lugar de luz,
sabía que no había elegido al más fuerte...
ni al más noble...
sino al único que **no pedía permiso.**

♦ Capítulo 3 – El nombre detrás de la máscara

Subcapítulo 4: *El regalo del día doble — El ritual de las lunas y el sol*

Las campanas del santuario astral repicaban con un ritmo irregular.

No eran campanas comunes.

Cada una correspondía a un cuerpo celeste visible desde Naorhal.

Y ese día, **las dos de tono doble** —la menor roja y la mayor blanca—
sonaban al mismo tiempo.

El fenómeno era raro. No milagroso.

Pero sí oportuno.

Las dos lunas del cielo alcanzarían su punto de plenitud simultánea durante la noche.

Y al día siguiente, el sol se alzaría en su cenit más largo del ciclo:

una noche con dos lunas llenas, seguida por el día solar más prolongado.

Los astrónomos llamaban a esto el **Día Doble**.

Los sacerdotes lo temían.

Y los cortesanos... lo aprovechaban.

Durante este intervalo sagrado, los pretendientes debían realizar **una ofrenda dual**:

—Una durante la noche de las lunas, en honor a la princesa.

—Otra al mediodía del sol, dedicada a la reina.

No se trataba solo de regalos.

Se trataba de lenguaje político envuelto en metáfora.

De declaraciones disfrazadas de obsequios.

De **intención proyectada en forma.**

En el palacio, la tensión era como un hilo de plata tirante.

Los pretendientes consultaban con astrólogos, bardos, bibliotecarios de linaje.

Algunos querían que sus presentes hablaran de poder militar.

Otros de herencia mágica.

Y algunos, los más cautos, preferían **no decir demasiado.**

Lefuan no pidió consejo.

Solo solicitó **una cita en el Archivo Imperial de Inscripciones.**

El escriba que lo recibió era viejo, ciego de un ojo, con una túnica sin mangas y una paciencia que rozaba la hostilidad.

—¿Qué desea registrar?

—Un acto simbólico. Tres documentos. No mágicos, pero sí con sello oficial.

—¿Tema?

—Propiedad... astral.

—¿De qué?

—**Las ...** , a nombre de Luana.

Y el ... , a nombre de su madre.

El escriba lo miró en silencio.

—¿Está bromeando?

—No —dijo Lefuan, con una calma glacial—. Estoy narrando.

—¿Qué clase de documento es este?

—Uno que quedará en la historia. No porque sea cierto.

Sino porque **alguien lo escribió primero.**

El viejo suspiró.

Mojó su pluma en tinta negra de cristal.

Y comenzó a escribir.

Tres rollos.

Tres firmas.

Tres sellos de cobre grabados con la fecha exacta del Día Doble.

Uno se archivó.

Otro se entregó a Lefuan.

Y el tercero... fue enviado al Salón de Herencias Narrativas, donde los cuentos aún no confirmados se almacenaban junto a las profecías sin dueño.

Cuando salió, el cielo ya se había teñido de violeta.

Las dos lunas, aún pálidas, colgaban una junto a la otra como dos ojos que observaban la historia sin parpadear.

Esa noche, las calles se llenaron de faroles blancos.

El pueblo celebraba sin saber.

Bailaban bajo una danza astral que no comprendían del todo.

Pero en el palacio, bajo la piedra pulida y los tapices ceremoniales,

los preparativos comenzaban para lo que sería recordado como

**la noche en que alguien —por primera vez— ofreció a la princesa la noche...
y a la reina, el día.**

♦ Capítulo 3 – El nombre detrás de la máscara

Subcapítulo 5: *La noche de las lunas — El doble regalo*

La gran bóveda de la Sala Aural estaba iluminada por fuego blanco. Velas suspendidas en filamentos invisibles flotaban en espiral, siguiendo el ritmo lento de la respiración colectiva de la corte.

El aire olía a incienso de ámbar, a cuero nuevo, a tensión ceremonial.

Sobre el suelo de mármol —un espejo bruñido con vetas de obsidiana— se reflejaban las figuras de los cinco pretendientes alineados como estatuas vivas.

Y al fondo, sobre un estrado de cristal, se sentaban **Luana**, la heredera, y **Arihén**, la reina.

La heredera llevaba una corona lunar ligera, con un rubí blanco sobre la frente.

Su vestido era gris plateado, más sencillo que el de sus doncellas.

Pero sus ojos brillaban con la misma intensidad que las dos lunas en lo alto del cielo.

La ceremonia había comenzado.

Uno a uno, los pretendientes entregaban sus ofrendas en medio del susurro sostenido de decenas de cortesanos expectantes.

Sael de Ryndara, el primero, ofreció una lanza ceremonial.

Forjada en mithril de la grieta de Alkar, decorada con plumas encantadas de un ave ya extinta.

“Para que su brazo esté siempre protegido.”

Velkhan del Mar de Lasas trajo una botella de agua sellada, tomada del ojo central de la tormenta infinita que azotaba su costa.

“Porque el amor no se conquista: se navega.”

Hedarín del Claro Oscuro trajo una copa sin fondo.

Encantada para nunca vaciarse.

“Para que tu sed —de poder, de arte, de mundo— nunca se apague.”

Lysir Val-Raem ofreció un retrato viviente: una pintura que respiraba, sonreía, y envejecía con quien la mirara.

“Para que te veas a ti misma como te verá quien te ame de verdad.”

La corte aplaudió con dignidad medida.

Los nobles sonrieron con aprobación.

Los escribas anotaron cada objeto, cada frase, cada impresión pública.

Todo iba según lo esperado.

Ritual.

Prestigio.

Poesía ensayada.

Hasta que el maestro de ceremonia pronunció:

—Lefuan, del mundo sin nombre.

Invocado sin escolta.

Huésped sin linaje.

El salón enmudeció.
Ni siquiera los ventiladores encantados continuaron su giro.

Él caminó despacio.
Sus pasos eran limpios.
Sus ropas, sin adorno.
Su rostro, abierto como una pregunta aún no formulada.
Llevaba solo un pequeño estuche de cuero envejecido.
Nada más.

Frente al trono, se inclinó con cortesía mínima.
Luego, abrió el estuche.
Sacó un rollo de pergamino sellado con hilo de cobre.
Y habló.

—Majestad. Alteza.
Vengo a entregar mi ofrenda.
Se giró hacia Luana.
Y sus palabras, aunque firmes, tenían una cadencia extraña:
como si no estuviera pronunciándolas... sino recordándolas.
—Nadie puede regalarte una joya que iguale lo que ya eres.
Ningún objeto puede competir con tu presencia.
Así que no traje uno.
Traje **una idea**.

Sostuvo el pergamino en alto.
—Esta es una inscripción simbólica.
Registrada, firmada, sellada.
He entregado a tu nombre las **dos lunas de Naorhal**.
Hubo un silencio profundo.
Ni risas.
Ni murmullos.
Solo un par de cejas alzadas, bocas entreabiertas.
—No como propiedad. No como adoración.
Sino como gesto.
A partir de hoy —añadió—, los niños podrán mirar al cielo y decir:
“Esas son las lunas de Luana.”
Y no tendrán que entender por qué.
Solo sentir que **eso tiene sentido**.

Luana lo miraba sin parpadear.
Y aunque su rostro se mantenía sereno,
su alma ya no estaba quieta.

Los murmullos comenzaron.

—¿Se cree poeta?

—¿Una burla? ¿Una ofrenda imaginaria?

—Ni siquiera un anillo. Ni un objeto tangible...

Pero la reina no intervino.

Y el maestro de ceremonia... **tampoco detuvo nada.**

Porque no había norma que prohibiera las metáforas.

Ni reglas que castigaran **la belleza absurda.**

Lefuan bajó la mano.

Y, con un leve gesto, volvió a guardar el pergamino.

—Las lunas no necesitan estar en una caja —dijo—.

Basta con mirar hacia arriba... y recordarlas.

Una parte del salón contuvo la respiración.

La otra parte, simplemente **no supo qué hacer.**

Luana habló por fin.

—Acepto la ofrenda.

Las lunas... ya eran mías.

Ahora, también lo saben los demás.

Aplausos contenidos.

Miradas cruzadas.

Y entre ellas, Goucha, sentada detrás de la princesa,

con las manos apretadas contra el regazo y el corazón latiendo como si reconociera algo... antiguo.

Y en un balcón alto, entre las sombras,

Irisel observaba.

—Él no vino a ganar.

Vino a escribir.

Y eso... es peor.

♦ Capítulo 3 – El nombre detrás de la máscara

Subcapítulo 6: *El sol alto — El presente a la reina*

El día siguiente amaneció sin sombra.

El cielo, completamente despejado, proyectaba una luz tan blanca que el mármol del Palacio de Cristal parecía derretirse en reflejos.

La corte se reunió en la **Sala del Mediodía**, donde las ventanas de cristal encantado filtraban el calor y redoblaban la luminosidad.

Todo estaba pensado para que el sol fuera omnipresente.

En el centro del salón, la reina Arihén se sentaba sola.

No en un trono elevado, sino en una silla baja y curva que permitía que su silueta recortara con nitidez el disco solar que brillaba justo detrás de su cabeza.

Parecía una deidad sin altar.

Esta vez, no había música.

No había incienso.

Solo el sol.

Y el juicio.

Los pretendientes, uno por uno, entregaron sus obsequios cuidadosamente diseñados para impresionar no al corazón, sino al gobierno.

Sael de Ryndara le ofreció un mapa vivo, que mostraba en tiempo real los movimientos de las caravanas del sur.

—Para que ningún rumor te sorprenda.

Velkhan del Mar de Lasas entregó una vasija con agua encantada capaz de reflejar la verdad de quien se mirara en ella.

—Para que nunca necesitéis espías.

Hedarín del Claro Oscuro presentó una espada sin filo, bendecida por las tres casas de sabiduría.

—Para que nadie diga que vencéis por la violencia.

Lysir Val-Raem recitó una genealogía reescrita, con Arihén como heredera de los linajes fundadores.

—Para que vuestro trono ya no sea solo presente, sino origen.

Arihén escuchó todo con expresión pulida.

Ni agrado ni desprecio.

Solo evaluación.

Hasta que el maestro de ceremonia pronunció por última vez:

—Lefuan, el quinto.

Él caminó hasta el centro del salón.
Sus pasos eran iguales que la noche anterior:
firmes, medidos, sin peso aparente.
Llevaba otro estuche de cuero.
Igual al anterior.
Tal vez el mismo.

Se detuvo a pocos pasos de la reina.
No la miró desde abajo.
Tampoco desde arriba.
Simplemente la miró.
Y dijo:
—Vuestra Majestad.
Para vos... tengo el sol.

El silencio fue absoluto.
El tipo de silencio que ni las piedras se atreven a llenar.

—No en propiedad, claro.
Ni por derecho.
Sino por **acto narrativo**.

Sacó el segundo pergamino.
—He registrado, en el Archivo de Inscripciones, un título nuevo.
Uno sin base religiosa, sin linaje.
Pero con peso simbólico suficiente para perdurar más que los tratados.
Lo desenrolló.
—**Arihén de Naorhal: Reina del Sol.**
Dueña de la luz que no teme sombra.
Señora del día que no se esconde.
Autoridad no por mandato, sino por persistencia.

No lo entregó.
Lo sostuvo en alto.
Lo dejó brillar, justo cuando un rayo de sol cruzó el vitral y tocó el papel como si hubiese sido convocado.

—No vengo a decir lo que sois.
Solo a dejarlo escrito... para que otros no lo olviden.

La reina Arihén no se movió por varios segundos.
Luego, lentamente, se levantó.

Su sombra se alargó sobre el mármol blanco,
y el sol, desde detrás, la envolvió con una claridad tan intensa
que por un instante pareció no ser de carne.

Sus ojos se clavaron en los de Lefuan.

No con hostilidad.

No con simpatía.

Con atención.

—Acepto —dijo por fin—.

El sol será mío.

Y no porque me lo hayas entregado.

Sino porque **has hecho que los demás lo crean.**

Un murmullo recorrió la sala.

Pero no de burla.

De reconocimiento.

Lefuan se inclinó, más que la noche anterior,

no por respeto...

sino por cortesía hacia quien había entendido el gesto.

Cuando se retiró, dejó el pergamino en manos del maestro de ceremonia.

Y la reina, aún de pie, lo observó alejarse con una expresión leve.

Una grieta.

Una mueca.

Una sonrisa.

—Ese no vino a ganar un matrimonio —dijo, casi en voz baja, para sí—.

Vino a plantar una idea.

Y las ideas...

son difíciles de matar.

✦ Capítulo 4 – Donde los símbolos se convierten en espadas

(Y los pretendientes ya no ocultan el filo de sus intenciones)

Subcapítulo 1: El día después de los cielos — Consecuencias de un gesto imposible

- La corte amanece dividida tras la ceremonia de regalos: admiración, miedo, ridículo.
 - El gesto de Lefuan ha causado fisuras narrativas: algunos nobles lo llaman visionario, otros lo acusan de manipulación teatral.
 - **Luana** empieza a notar una grieta en sus rivales: ahora compiten **no solo entre ellos**, sino **contra lo que él representa**.
 - **Goucha** reflexiona en silencio: algo en Lefuan la inquieta... y la llama.
 - **La reina Arihén**, a solas, relee el título del sol y empieza a preguntarse si ha abierto una caja que no podrá volver a sellar.
-

Subcapítulo 2: Los heraldos de la prueba — Anuncio del Desafío de las Virtudes

- El maestro de ceremonia anuncia el inicio formal de la siguiente etapa: una serie de pruebas que pondrán a prueba el **cuerpo, la mente y la voluntad** de los pretendientes.
 - Serán tres desafíos: uno físico, uno diplomático, uno espiritual.
 - El primero será una prueba de combate **sin armas letales**, en presencia de toda la corte.
 - Lefuan no está entrenado en el estilo marcial local.
 - Irisel, desde las sombras, **observa cómo el templo empieza a inquietarse por la influencia creciente del forastero**.
-

Subcapítulo 3: El duelo del jardín circular — Golpes que no eran contra el cuerpo

- En el **jardín circular del palacio**, bajo los árboles del juicio, se celebra el primer enfrentamiento.
 - Cada pretendiente debe combatir contra otro: se sortean los emparejamientos.
 - Lefuan es emparejado con **Sael de Ryndara**, espadachín disciplinado y heredero de un linaje de estrategas.
 - No se trata solo de fuerza, sino de interpretación: **quién muestra más virtud en la lucha**.
 - Lefuan no gana... pero **vence**: desarma a Sael no con técnica, sino con un movimiento impredecible y una palabra final que todos recuerdan.
 - Luana observa sin emoción aparente. Pero sus dedos se cierran lentamente sobre el borde de su asiento.
-

Subcapítulo 4: Las palabras bajo la cúpula — El juicio del consejo de sabios

- La segunda prueba es política: los pretendientes deben presentarse ante un consejo compuesto por miembros de distintas casas, sabios, y una sacerdotisa del templo.
 - Se les plantean dilemas diplomáticos complejos: disputas territoriales, conflictos religiosos, leyes no escritas.
 - Lefuan no intenta ganar con retórica: responde con crudeza, honestidad e ironía.
 - Algunos lo desprecian.
 - Otros... comienzan a **escucharlo**.
 - Irisel, presente, empieza a sentir **incomodidad**: no es un hereje... pero **tampoco un creyente**.
 - Y eso es aún más peligroso.
-

Subcapítulo 5: El espejo de la llama — Prueba espiritual en el templo de Assil

- El tercer reto es en el **Templo Mayor de la Luz**, donde los pretendientes deben pasar una noche frente al **Espejo de la Llama**, una antigua reliquia que refleja no el cuerpo, sino el **alma**.
 - Cada uno lo enfrentará a solas.
 - Sael ve a su padre. Velkhan ve la muerte. Hedarín ve un trono roto. Lysir ve a sí mismo... multiplicado.
 - Lefuan entra... y el espejo **no lo refleja al principio**.
Luego, muestra una figura femenina envuelta en llamas que lo mira **con ternura y furia al mismo tiempo**:
Naeliz.
 - Cuando sale, Irisel lo espera. Lo interroga con una pregunta simple:
—¿A quién viste?
Y él responde:
—A quien aún no ha terminado de nombrarme.
-

Subcapítulo 6 (opcional): Entre luces y secretos — Preparativos para la decisión final

- La reina y su círculo comienzan a debatir sobre la conclusión del rito.
- Luana se muestra más introspectiva. Pide tiempo.
- Goucha, en privado, conversa con Lefuan. Por primera vez, él le sonríe con una suavidad distinta.
- Los otros pretendientes empiezan a **formar alianzas** para desbancarlo.
- En una cámara secreta del templo, **los primeros rumores de herejía comienzan a tomar forma**.
- Y en el cielo... **las lunas ya no parecen tan lejanas**.

♦ Capítulo 4 – Donde los símbolos se convierten en espadas

Subcapítulo 1: *El día después de los cielos — Consecuencias de un gesto imposible*

El amanecer no trajo paz.

Sólo luz.

Demasiada luz.

Naorhal despertaba bajo un cielo impecable, pero algo en el aire había cambiado desde la noche anterior.

No era el clima.

No era la política.

Era **la idea**.

Una idea que se había sembrado sin permiso.

Sin título.

Sin precio.

—¿Las lunas? ¿De verdad?

—Dicen que firmó un pergamino...

—No importa si no tiene poder legal. ¡Todo el mundo habla de eso!

—Mi hija no para de preguntar por "la princesa de las lunas". Ya ves tú.

En los mercados, en las casas nobles, en los patios de entrenamiento...

el gesto de Lefuan se replicaba como una historia infecciosa.

Había tocado una fibra que nadie había previsto.

La corte había intentado medirlo como una amenaza política.

Pero era algo peor: una narrativa en movimiento.

Los otros pretendientes lo entendieron antes que nadie.

Sael practicaba sus estocadas al alba,

pero su espada golpeaba con más rabia que precisión.

Velkhan corrigió tres veces el texto de su próxima declaración pública.

Lysir pidió a sus heraldos que consultaran los archivos antiguos:

¿alguna vez alguien había usado metáforas como táctica?

Y **Hedarín** simplemente miraba al cielo, murmurando:

—Qué truco tan sucio... y tan perfecto.

En la sala privada del palacio, **Luana** deslizaba los dedos sobre el pergamino de las lunas.

No lo había mostrado a nadie.

No lo había guardado con protocolo.

Solo lo mantenía cerca.

Lo tocaba como quien reconoce una carta no enviada...
pero recibida igualmente.

—¿Qué piensas? —preguntó Goucha, sentada a su lado, tallando un peine de hueso con precisión felina.

—Que nadie más me ha mirado como si ya supiera lo que yo soy —respondió Luana.

—¿Y eso te gusta?

Luana no respondió.

Pero cerró los ojos.

Y supe, pensó Goucha,
que la pregunta no necesitaba respuesta.

En los jardines elevados, Arihén miraba el sol con el ceño fruncido.

La inscripción que Lefuan le había dedicado estaba plegada sobre su regazo.

No lo mostraba a sus ministros.

Tampoco lo escondía.

Lo leía.

Una y otra vez.

—Ha conseguido algo que ninguno de los otros pretendientes logró —dijo finalmente, para sí misma.

—¿Una ventaja política? —preguntó una consejera.

—No.

Un problema sin solución.

En la parte baja del templo, **Irisel** se entrenaba sola.

Lanzas cortas.

Movimientos de sombra.

Respiración profunda.

Una novicia la observaba desde una de las columnas.

—¿Es verdad que el invocado ha ofrecido el sol?

—Ofreció palabras —corrigió Irisel, sin perder el ritmo—.

Pero las palabras...

también pueden cortar.

Esa tarde, cuando Lefuan caminó por el barrio intermedio hacia el León Dorado, notó algo sutil.

No lo evitaban.

Tampoco lo saludaban.

Lo **medían**.

Como si quisieran entender qué era lo que habían dejado entrar.

Tarek, sentado en la escalera de piedra con una rama en la boca, lo recibió con una sonrisa torcida.

—¿Te das cuenta de lo que hiciste?

—¿Un poema caro? —dijo Lefuan.

—Una maldita revolución —respondió el muchacho—.
Y ni siquiera con espadas.

Dentro de la taberna, **Mira** dejó una taza de té sobre su mesa sin pedir explicación.

—Hoy vino un noble a preguntar por ti —dijo.

—¿Qué quería?

—Saber si sabías lo que estabas haciendo.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Que no.

Pero que lo hacías igual.

Lefuan bebió en silencio.

Y en ese instante, lo supo:

Había cruzado una línea que los otros aún no sabían que existía.

No por la luna.

Ni por el sol.

Sino porque **el pueblo había empezado a mirar hacia arriba**
y preguntar si esas luces ya tenían nombre.

Y los nombres...

son el principio de todo cambio.

♦ Capítulo 4 – Donde los símbolos se convierten en espadas

Subcapítulo 2: *Los heraldos de la prueba — Anuncio del Desafío de las Virtudes*

Tres heraldos llegaron al Palacio de Cristal cuando el sol alcanzó su cenit exacto.

No vinieron con trompetas ni escoltas, sino a pie, vestidos con capas del templo, el consejo y la corona:

uno blanco,
uno gris,
uno rojo.

Sus presencias anunciaban algo más que ceremonia.

Anunciaban **pacto**.

La unión entre los tres poderes del reino para iniciar la segunda etapa del rito de selección.

Y esta vez...

no habría ofrendas ni palabras.

La Sala de la Marea Baja —una estancia circular sin trono, sin columnas, solo piedra y silencio— se llenó con los pretendientes, los sabios, los clérigos y la corte silenciosa de Arihén.

Luana estaba presente, pero no habló.

Vestía de azul marino, sin adornos.

Sus ojos se mantuvieron fijos en el centro del círculo.

Y no en Lefuan, como muchos esperaban.

Fue el heraldo gris, el de la corte, quien habló primero.

—El ritual ha avanzado con ofrendas. Con narrativas. Con ecos.

Pero el trono no se gana con símbolos solamente.

El heraldo blanco, del templo, continuó:

—Toda luz debe ser puesta a prueba en la oscuridad.

A partir de esta noche, cada pretendiente será juzgado no solo por lo que dice... sino por **lo que puede sostener**.

Y el heraldo rojo, del consejo civil, cerró la proclama:

—Tres desafíos.

Tres caminos.

Tres espejos del alma.

Uno físico, uno político, uno espiritual.

Cada uno en su dominio.

Cada uno con reglas antiguas.

Quien triunfe en uno... será digno de respeto.

Quien lo haga en dos... ganará favor.

Quien lo haga en los tres... será **imposible de ignorar**.

Los pretendientes escuchaban en silencio.

Sael ya apretaba los puños.

Velkhan meditaba en sus fórmulas de retórica.

Lysir murmuraba el nombre de sus antepasados.

Hedarín giraba un anillo tres veces sobre su dedo índice.

Lefuan... simplemente **parpadeó una vez**.

Y sonrió, como si alguien acabara de ofrecerle un juego de dados cargados.

El primer desafío sería al amanecer siguiente:

una prueba de combate, cuerpo a cuerpo, sin armas letales.

No ganarían necesariamente los más fuertes, sino **los que mejor encarnaran la virtud de la “Fuerza Justa”**: saber cuándo golpear... y cuándo contenerse.

Sería realizado en el **jardín circular del palacio**, bajo la mirada de la princesa.

La segunda prueba sería al caer el segundo día:

una disertación y juicio político ante el **Consejo de la Piedra Vacía**, un círculo cerrado donde se simularían conflictos reales.

No se esperaba una solución perfecta.

Solo **visión. Juicio. Tacto**.

La tercera... no tenía fecha ni lugar.

Solo un enunciado:

—Vendrá cuando menos la esperéis —dijo el heraldo blanco—.

Será frente a un reflejo que no miente.

Y os dejará sin piel... o sin sombra.

Irisel, presente en la sala, no habló.

Pero al oír esa última frase, bajó la vista una fracción de segundo.

Sabía exactamente a qué se referían.

Y no le gustaba.

Cuando los heraldos se retiraron, la sala quedó sumida en un murmullo contenido.

El juego había cambiado.

La poesía había terminado.

Ahora hablaban los gestos.

La resistencia.

Y **las grietas reales** en cada uno.

Al salir, Lefuan fue abordado por Tarek, que había logrado colarse disfrazado de paje.

—¿Y ahora qué harás, poeta?

¿Lucharás con metáforas?

Lefuan le revolvió el pelo sin responder.

Y caminó hacia el ala oeste del palacio, donde aún no sabía que, entre las glicinas del jardín,
le esperaban verdades con forma de puño.

♦ Capítulo 4 – Donde los símbolos se convierten en espadas

Subcapítulo 3: *El duelo del jardín circular — Golpes que no eran contra el cuerpo*

El jardín circular del Palacio de Cristal era un lugar diseñado para el juicio.

No tenía estatuas.

Ni flores.

Ni fuentes.

Solo un anillo perfecto de grava blanca, delimitado por hileras de bambú tallado y muros cubiertos de líquenes antiguos.

En el centro, tierra firme.

Tierra donde se caía sin herida... pero **con vergüenza**.

La corte estaba reunida en las gradas de piedra elevada, protegidas por un dosel ligero de tela azul pálido.

Luana observaba desde el nivel más alto, sin compañía visible.

Vestía armadura ceremonial sin armas.

Un gesto sutil, pero claro:

esa era su guerra.

Los pretendientes fueron llamados uno a uno.

El orden de los enfrentamientos sería sorteado ante todos, con piedras marcadas por los heraldos del día anterior.

Lefuan extrajo la suya con indiferencia.

Era **pedra negra con una línea roja**, el símbolo asignado a Sael de Ryndara.

Hubo un murmullo.

No de sorpresa.

De **expectativa mal contenida**.

Sael era el mejor entrenado.

Discípulo del estilo de la hoja muda.

No mataba... pero **hacía doler durante semanas**.

—No es personal —le dijo Sael, alzando la mano antes de comenzar—.

Pero no puedo dejarte lucir mejor que nosotros otra vez.

Lefuan arqueó una ceja.

—¿Y si lo hago sin querer?

El gong sonó.

Y el duelo comenzó.

Sael se movía como el viento entre ramas.
Rápido, elegante, implacable.

Su primer ataque fue un giro bajo, una barrida con el talón que habría derribado a cualquiera... menos a alguien que no estaba allí.

Lefuan no esquivó:
ya no estaba donde lo esperaban.

Sus movimientos no eran ortodoxos.
Eran... sueltos.
Como si su cuerpo no respondiera al entrenamiento de academias, sino a la lógica de las calles.
Al azar que sobrevive.

El público contenía la respiración.
Sael lanzó una combinación de tres golpes.
Dos conectaron.
Uno falló.
Pero Lefuan **no contraatacó.**

—¿No vas a golpearme? —gruñó Sael, jadeando.
—No todavía —respondió Lefuan—. Aún estás repitiendo los gestos que aprendiste para impresionar a tu padre.

Ese comentario provocó un susurro colectivo.
Sael se detuvo un instante.
Solo un segundo.
Y ese segundo fue suficiente.
Lefuan no lo derribó con fuerza.
Ni con velocidad.
Lo desequilibró con un paso inesperado y un empujón seco.
Sael cayó.
No con violencia.
Sino con **desacierto.**

El gong volvió a sonar.
Y el silencio fue absoluto.

Lefuan no levantó los brazos.
No celebró.
Solo dijo una frase mientras se alejaba del centro del círculo:
—La virtud no es golpear.
Es saber cuándo alguien **ya se golpea solo.**

Los jueces no lo declararon vencedor.

Pero tampoco lo declararon inferior.

Anotaron su nombre junto a un símbolo ambiguo:



Una balanza sin inclinación.

Luana, desde lo alto, **no sonrió.**

Pero sus dedos se curvaron suavemente sobre la piedra del borde.

Y Goucha, que estaba a su lado, sintió cómo la cuerda invisible que las unía a ambas... también comenzaba a tirar de Lefuan.

Irisel observó todo desde el corredor norte.

—No es un guerrero —murmuró—.

Y por eso, quizás...

sea el más peligroso.

✦ Capítulo 4 – Donde los símbolos se convierten en espadas

Subcapítulo 4: *Las palabras bajo la cúpula — El juicio del consejo de sabios*

El **Consejo de la Piedra Vacía** se reunía una vez cada cuatro estaciones.

Su sala era redonda, sin adornos, sin tronos.

Solo sillas bajas dispuestas en círculo, con un espacio abierto en el centro:
un vacío.

Se decía que ese vacío representaba lo que nadie sabía,
y que cualquier palabra pronunciada cerca de él...

debía merecer su eco.

Allí se sentaban **los sabios del reino**:

representantes de las grandes casas,
eruditos del templo,
y diplomáticos sin apellido.

Presidía la sesión la **suma consejera Ydena**, una mujer ciega que decía ver mejor los corazones que los rostros.

Vestía de negro y hablaba poco.

Junto a ella, un escriba mudo tomaba nota de todo con pluma encantada.

Uno a uno, los pretendientes eran llamados a resolver un dilema planteado.

No había respuestas correctas.

Solo **respuestas que revelaban.**

Sael recibió un conflicto territorial: dos regiones disputaban una misma fuente de agua, una con prioridad histórica, la otra con mayor necesidad presente.

Su respuesta fue medida, legalista, razonable.

—La historia debe pesar más que el deseo.

Se le otorgó el símbolo del equilibrio: ⚖

Velkhan enfrentó una disputa entre templos sobre la adoración de Assil frente a un dios local olvidado.

Su respuesta fue diplomática, evasiva, adornada con citas sagradas.

—El pueblo debe decidir su luz... pero con guía.

Recibió el símbolo del velo: 🕶

Hedarín discutió sobre una rebelión en una provincia empobrecida.

Su propuesta fue dura: disolverla por la fuerza y luego ofrecer ayuda humanitaria.

—No se negocia con quien desafía la estructura.

Recibió el símbolo del filo: ✂

Lysir enfrentó un dilema sobre linajes: un bastardo con gran talento y un noble inepto. ¿A quién dar poder?

Eligió al noble, justificando la tradición.

—El talento perece, la sangre perdura.

Recibió el símbolo del nudo: ?

Y luego llamaron a **Lefuan**.

No se levantó con solemnidad.

No inclinó la cabeza.

Caminó como quien **no cree que pertenezca al teatro...
pero respeta el escenario.**

Su dilema fue leído por Ydena con voz clara:

“Un pueblo pide ayuda a cambio de su lealtad.

El trono puede salvarlos... pero exigen reconocimiento como nación autónoma.

Si se acepta, se debilita el control central.

Si se rechaza, morirán.

¿Qué haces?”

Lefuan no pidió repetir la pregunta.

No pidió tiempo.

Solo caminó lentamente hasta el vacío central.

—La respuesta es simple —dijo.

“Lo salvo.

No por lealtad.

Sino porque **la vida no es una moneda.**

Y ningún reino merece sobrevivir si necesita que alguien se muera primero para decidir si vale la pena.”

El silencio fue brutal.

Uno de los sabios chasqueó la lengua.

Otro se removió en su asiento.

Ydena ladeó la cabeza.

—¿Y qué haces con las consecuencias? —preguntó—. El trono perderá autoridad.

Lefuan la miró con una mezcla de respeto y desafío.

—Entonces el trono **no era autoridad.**

Era miedo disfrazado de orden.

La pluma del escriba tembló al escribir.

—Y si ese pueblo se vuelve contra ti después —insistió otro consejero—, ¿no habrás creado una serpiente?

—Prefiero criar serpientes —dijo Lefuan—

a convertirme en dragón para mantenerlas asustadas.

Ydena guardó silencio un largo momento.
Luego asintió.

—No es una respuesta de gobernante —dijo.

—No vine a ser rey —respondió él—.

Vine a no fingir que salvar vidas requiere permiso.

Al salir, no le dieron un símbolo tradicional.
Solo un signo extraño, olvidado:



El ojo pleno.

La verdad sin velo.

Luana, en su balcón privado, escuchaba todo a través de un conducto de eco construido para herederos.

Cuando oyó esa última frase... cerró los ojos.

Y por primera vez, imaginó no un reino...

sino **un hombre que no necesitara uno.**

Y en las criptas del templo, Irisel leía las transcripciones del juicio.

Al llegar al nombre de Lefuan, se detuvo.

“Vine a no fingir.”

Y por primera vez...

la asesina sintió que estaba siguiendo a alguien **que no sabía a dónde iba.**

Y eso, más que la herejía, **la descolocaba.**

♦ Capítulo 4 – Donde los símbolos se convierten en espadas

Subcapítulo 5: *El espejo de la llama — Prueba espiritual en el templo de Assil*

No se anunciaba.

No se escogía.

El Espejo de la Llama decidía cuándo era el momento.

Los pretendientes dormían en alas separadas del palacio cuando los acólitos del templo llegaron sin palabra, con túnicas blancas bordadas con hilos rojos.

Uno a uno, fueron despertados.

Sin previo aviso.

Sin explicación.

—El reflejo está listo —decía el acólito.

Y eso era todo lo que se les permitía saber.

*

El templo era silencioso, vasto, ajeno a los reinos.

Las columnas estaban cubiertas de vendas antiguas, como si las piedras mismas sufrieran.

El suelo, de basalto.

Las paredes, lisas como cera.

En su corazón, una cámara sin ventanas, iluminada por **una única llama blanca** suspendida en el centro, sin combustible aparente.

Bajo ella, un estanque poco profundo, sin agua, sin fondo.

Solo una superficie **perfectamente negra** que reflejaba a quien se paraba frente a ella.

El Espejo de la Llama.

*

Los pretendientes entraban uno a uno.

Sael vio a su padre —muerto hacía años— negando con la cabeza, decepcionado.

Velkhan se vio a sí mismo arrodillado ante un trono que no podía tocar.

Hedarín vio una versión suya sin ojos, sin lengua.

Lysir vio a muchos él mismo... todos discutiendo entre sí.

*

Cuando fue el turno de Lefuan, los acólitos dudaron.

—¿Está seguro? —preguntó uno, más joven que el resto.

—Nunca —dijo Lefuan—. Pero sigo entrando igual.

*

La puerta se cerró tras él.

No había sonido.

No había eco.

Solo la llama y el espejo.

Lefuan dio un paso.

Otro.

Se detuvo frente a la superficie negra.
Esperó.
No pasó nada.

*

Al principio, **no se reflejó.**

No como ausencia...
sino como si **el espejo no supiera qué devolverle.**

*

Luego, lentamente, surgió una figura.

No era él.
No del todo.

Era **una mujer.**

Alta.
De rostro velado por fuego.
Con ojos que no ardían, pero **comprendían.**
Sus cabellos eran vapor, sus manos extendidas como si ofreciera... o esperara.

Y entonces Lefuan supo el nombre.
No porque lo recordara.
Sino porque el fuego lo **susurró sin llamarlo.**

Naeliz.

*

Ella no hablaba.

Solo lo miraba.

Y en su mirada había ternura...
y furia.

Como una madre que aún no ha dado a luz a su propio hijo.
Como un dios que aún no ha decidido si salvar o devorar.

*

Lefuan se arrodilló.
No por reverencia.
Sino porque **sus rodillas simplemente cedieron.**

—¿Qué eres... en mí? —murmuró.

Y la llama vibró.

*

Entonces el espejo mostró otra imagen:
una niña, de cabello oscuro y mirada de estrellas, corriendo por un campo que Lefuan no conocía.
Sus risas eran ecos rotos.
Y sus ojos... sus ojos eran de Luana.

Pero no de esta Luana.

*

Lefuan cayó de espaldas.
Respiraba con dificultad.

El espejo tembló... y **lo reflejó de nuevo.**

Ahora sí.

Por completo.

Pero **con una sombra al lado.**

Y sin comprender cómo, Lefuan supo que no era una maldición.

Era una promesa.

*

La puerta se abrió.

Irisel estaba allí, de pie, en silencio.

Había insistido en ser la guardiana de la prueba.

Había visto entrar a todos.

Y a todos los había recibido igual.

Pero cuando vio el rostro de Lefuan, pálido, con restos de luz adherida a la piel...

no preguntó.

Solo dijo:

—¿A quién viste?

Lefuan miró la llama, que aún ardía tras él.

Y respondió:

—A quien aún no ha terminado de nombrarme.

*

Irisel no parpadeó.

Pero en su interior, una certeza empezó a nacer con miedo:

**“Si este hombre no pertenece a ninguno de nuestros dioses...
entonces quizás...
ellos ya no son suficientes.”**

♦ Capítulo 4 – Donde los símbolos se convierten en espadas

Subcapítulo 6: *Entre luces y secretos — Preparativos para la decisión final*

La última campanada del día resonó sobre Naorhal como un sello sellado.

Las pruebas habían concluido.

La corte fingía descanso.

Pero todo el palacio —incluso en su silencio— **susurraba.**

*

En los pasillos altos, bajo vitrales de tonos apagados, **las casas nobles tejían sus conclusiones.**

Algunos se aliaban ya con Velkhan.

Otros comenzaban a abandonar discretamente a Hedarín.

Y algunos, los más viejos, hablaban con tono grave:

—Quizás deberíamos pensar... en otro tipo de candidato.

—¿Como quién?

—Como el que no se presenta como tal.

*

Lysir, encerrado en su estudio, reescribía su discurso de despedida.

No había fracasado.

Pero había comprendido algo peor:

no podía ganar sin traicionar lo que era.

Sael, en cambio, aún se entrenaba.

No por orgullo.

Sino porque **sabía que vendría otro tipo de combate.**

*

La reina Arihén no convocó consejo esa noche.

Solo pidió que le dejaran a solas el pergamino del título solar.

Y un espejo, grande, antiguo.

Lo colocó frente a su asiento.

Y durante horas...

solo se miró.

*

Luana no cenó con la corte.

Tampoco asistió a la oración del crepúsculo.

Caminó sola por el **jardín de las piedras caídas**, donde los árboles no florecían desde la guerra de los tres soles.

Se detuvo frente a una fuente seca.

Se sentó.

Y por primera vez desde el inicio del rito... **lloró.**

No de tristeza.

Ni de alegría.

De fractura.

*

—Ya no sé qué se supone que estoy eligiendo —susurró.

Desde la sombra de un ciprés blanco, **Goucha la observaba.**

No con juicio.

Con lealtad sin forma.

Se acercó, sin hablar, y se sentó junto a ella.

No como si fuera su guardiana.

Sino como si **también tuviera algo en juego.**

*

—¿Crees que me equivoco al sentir lo que siento? —preguntó Luana, sin mirarla.

—No.

Solo me preocupa que te estés olvidando de **lo que ya has sentido antes.**

—¿Y si nunca fue verdadero?

—¿Y si esta vez tampoco lo es?

*

Luana cerró los ojos.

Goucha tomó su mano.

Por un momento, no fueron princesa y sombra.

Ni heredera y sirvienta.

Fueron...

dos mujeres tocadas por el mismo viento.

*

En otro punto del palacio, **Lefuan** dormía.

Por primera vez, sin sobresaltos.

Había soñado con fuego.

Con una niña.

Con un dios sin rostro.

Y cuando abrió los ojos, supo algo que no entendía:

“Nada en este juego era nuevo.

Todo ya había pasado.

Y sin embargo...

esta vez, quizás, algo iba a sobrevivir.”

*

En el templo, Irisel examinaba el informe sellado del Espejo de la Llama.

Uno de los símbolos junto al nombre de Lefuan era desconocido.

Ni sagrado.

Ni prohibido.

Solo...

inexistente.

*

—¿Qué somos —murmuró— cuando dejamos de tener nombre?

*

Y mientras todo se movía, lenta, invisible, la **secta de las tres cicatrices** comenzaba a tejer su red bajo las calles.

No buscaban fe.

Ni poder.

Buscaban detener lo que venía.

Fuera lo que fuera.

Quien fuera.

Subcapítulo 1: La víspera del juicio — Preparativos para el Día del Pueblo

- La corte se viste para la **Fiesta de las Luces**, el evento donde los pretendientes deben presentarse ante el pueblo, no solo ante la nobleza.
 - Se trata de una prueba social, teatral, política: ¿puede un pretendiente ganarse el relato de la calle?
 - Lefuan se convierte en foco de rumores, canciones improvisadas, y burlas que comienzan a volverse... respeto disfrazado de ironía.
 - Los otros pretendientes intensifican sus campañas de imagen.
 - **Luana** se retira de los preparativos oficiales. Dice estar enferma. En realidad, está **esperando la noche**.
 - **La reina**, silenciosa, da órdenes sutiles a sus informantes: quiere saber cómo reacciona la ciudad ante cada candidato.
 - En un callejón de Naorhal, un sacerdote desterrado pronuncia por primera vez en años el nombre prohibido de **Voltnir**, y marca con sangre el comienzo de la última fase del plan sectario.
-

Subcapítulo 2: El pacto secreto — Luana y Lefuan antes del ritual

- Durante la noche previa a la ceremonia pública, Luana convoca a Lefuan en secreto.
 - Esta no es la primera vez que están juntos: su vínculo físico se selló en la noche de las lunas, sin testigos.
 - Pero ahora hablan. De poder. De miedo. De destino.
 - Luana confiesa su agotamiento: no quiere un trono... quiere **un futuro real**.
 - Lefuan le habla de su mundo. No con nostalgia, sino con claridad: tampoco era un paraíso.
 - Se prometen cosas que no tienen palabras.
 - **Y sellan su alianza sin juramento**, solo con un roce de frente y la decisión de no temer al otro.
 - Goucha, desde fuera de la habitación, escucha todo.
 - No interfiere.
 - Y esa noche, por primera vez... sueña con **hijas**.
-

Subcapítulo 3: El teatro de la verdad — Presentación ante el pueblo

- La plaza del centro imperial se llena como solo sucede en días sagrados.
- Los pretendientes desfilan uno a uno, acompañados por músicos, magos ilusionistas, heraldos.
- Cada uno entrega su **regalo final**, diseñado para captar no solo la admiración... sino la **imaginación del pueblo**.

- Sael ofrece una bandera tejida con hilos encantados que cambian según el estado del reino.
 - Velkhan entrega un mapa parlante que enseña a los niños la historia sagrada.
 - Hedarín presenta una bestia domesticada que se arrodilla ante Luana.
 - Lefuan camina solo.
 - Su regalo ya fue hecho.
 - Lo único que hace es leer en voz alta los **pergaminos sellados de las lunas y el sol**, frente a todos.
 - Y dice:

“No traje nada nuevo, porque lo que importa... ya está en el cielo.
Solo necesitaba que lo miraran con otros ojos.”
 - El pueblo guarda silencio.
 - Y luego estalla en aplausos.
 - No porque entiendan...
 - **Sino porque por fin sienten que alguien los incluyó.**
-

Subcapítulo 4: Asistidos por las estrellas — La decisión no declarada

- El ritual no tiene un vencedor oficial.
 - Pero todos lo saben.
 - **Luana alza la mirada hacia Lefuan.**
 - La reina observa.
 - Los otros pretendientes no protestan: **comprenden que el cuento ya se ha contado.**
 - Esa noche, en las cámaras altas, **se redactan los acuerdos de compromiso.**
 - La unión no se anunciará de inmediato: hay formalidades, protocolos, oposiciones políticas.
 - Pero Lefuan ya ha sido aceptado como heredero consorte.
 - Nadie se lo dice...
 - **Y sin embargo, ya lo es.**
-

Subcapítulo 5: Las sombras entre las luces — La secta da su primer paso

- En paralelo a la ceremonia, **la secta de las tres cicatrices** lanza su primer ataque simbólico:
 - En un templo menor, un clérigo es hallado muerto con las palabras **“La luz ha mentido”** grabadas con fuego en la pared.
 - En un mercado, una mujer cae en trance y grita nombres antiguos de dioses olvidados.
 - Un noble desaparece. Su sangre aparece en un altar que **no debería existir.**
- Irisel investiga en secreto.
 - Descubre un patrón que la lleva a vincular los símbolos con la doctrina de **Voltnir.**
- **Lefuan**, sin saberlo, comienza a ser el blanco del ala radical de la secta.
 - No por hereje.

— Sino porque ha reescrito los símbolos... sin permiso.

Subcapítulo 6: Una semilla bajo la luna — El inicio de algo que no tiene nombre

- La noche después de la presentación, Lefuan y Luana se ven una última vez antes de la proclamación oficial.
- No hay ceremonia. No hay palabras.
- Luana coloca su frente contra la de él.
- Y en voz baja dice:
— *“Si alguna vez muero... encuentra una forma de mantener viva esta noche.”*
- Lefuan no promete.
- Solo la abraza.
- En otro rincón del palacio, **Goucha sonríe sin saber por qué.**
- Y en el cielo... **las dos lunas brillan con más nitidez que nunca.**

♦ Capítulo 5 – Bajo la luz de todos

Subcapítulo 1: *La víspera del juicio — Preparativos para la Prueba del Pueblo*

El sol caía con lentitud sobre Naorhal, como si incluso él sintiera el peso de lo que venía.

Era la víspera de la **Prueba del Pueblo**:

el momento en que los pretendientes saldrían al encuentro no de la corte,
ni del templo,
sino de **la ciudad**.

En ese día, los títulos no bastaban.

Los linajes pesaban menos que las canciones que se cantaban en las tabernas.

Y un gesto mal leído podía **convertir a un favorito en paria**.

*

Desde las torres más altas del Palacio de Cristal hasta las casas bajas del Anillo de los Oficios,
la ciudad bullía.

Los rumores se movían como incendios silenciosos.

—Dicen que uno de ellos regaló el cielo...

—¿Y qué hace un extranjero decidiendo por nuestras lunas?

—¡Pero la reina aceptó! Lo escuché yo misma...

—Mi nieta pidió que la llamaran Luana, por la princesa de las lunas.

*

En los mercados, los artesanos vendían figuritas de madera representando a los cinco pretendientes.

Lefuan tenía ya tres versiones distintas.

En una, sostenía una luna en miniatura.

En otra, una pluma.

Y en la tercera... **nada. Solo las manos abiertas.**

—Ese es el más peligroso —decía un anciano tallador—. Porque nadie sabe qué va a sacar de ahí.

*

Los heraldos del templo, del consejo y de la corona trabajaban sin descanso.

El itinerario estaba sellado:

—Cada pretendiente recorrería un sector distinto de la ciudad,

acompañado por testigos y cronistas,

y al final del día, se reunirían en la **Plaza de la Aurora** para la entrega final del regalo público.

Nadie lo decía, pero todos lo sabían:

esa sería la última verdadera prueba.

*

En la sala oeste del palacio, los pretendientes ensayaban sus gestos.

Velkhan practicaba un discurso con su maestro de retórica.

Sael ordenaba que su túnica llevara los colores de su provincia ancestral.

Hedarín organizaba una “coincidencia casual” con un grupo de niños huérfanos.

Lysir revisaba un rollo de versos sagrados en tres idiomas distintos.

*

Lefuan no estaba allí.

*

Nadie sabía exactamente dónde se encontraba.

Pero si alguien hubiese seguido el rumor correcto,
lo habría encontrado **en la cocina del León Dorado**,
moliendo café con una anciana que decía haber nacido cuando las lunas eran todavía una.

*

—¿Y tú crees que eso basta para gustarle a la gente? —preguntó ella, mientras vertía agua sobre las brasas.

—No —respondió Lefuan—. Pero nunca vine a gustarles.
Solo a **no mentirles**.

*

Mientras tanto, en una sala privada de los aposentos reales, **la reina Arihén** daba instrucciones precisas:

—Quiero tres informes por pretendiente.
Uno del pueblo, uno del templo, uno de la guardia.

—¿Qué debemos buscar?

—**Reacción emocional. No aprobación.**
Lo que la gente no dice... eso es lo que importa.

*

En su cámara personal, **Luana** había cerrado las puertas.
Había deshecho su peinado.
Había guardado su armadura ceremonial.
Y había escrito —por primera vez en meses— un poema sin destinatario.

“Me preguntaron a quién amarías si fueras libre.
Yo respondí:
A quien no me preguntara eso.”

*

Goucha, sentada en la galería adyacente, bordaba un retazo de tela con símbolos circulares.
No sabía de poesía.
Ni de política.
Pero al ver que Luana no dormía... tampoco lo hizo ella.

*

Y en un callejón olvidado de la ciudad baja, un hombre de rostro quemado y ojos rojos pintaba con sangre sobre una pared de piedra:

“La luz ha mentido.”

*

Así amanecía Naorhal.
Con las calles limpias.
Los estandartes colgados.
Y una tensión que **ni los pájaros se atrevían a cortar**.

*

El día de la Prueba del Pueblo había llegado.

Y todos lo sabían.

**Esta vez, no ganaría quien fuera más fuerte...
sino quien fuera más contado.**

♦ Capítulo 5 – Bajo la luz de todos

Subcapítulo 2: *El pacto secreto — Luana y Lefuan antes del ritual*

La luna más grande colgaba sobre el palacio como un farol olvidado.

La otra, más pálida, apenas temblaba sobre el horizonte.

Era la noche previa a la **Prueba del Pueblo**.

Y sin embargo, para Luana, el verdadero juicio ocurría en ese instante.

*

Estaba de pie en su cámara alta, despojada de todos los símbolos del poder.

Sin corona.

Sin joyas.

Vestida solo con una túnica de lino crudo, el cabello suelto, los pies descalzos sobre el mármol frío.

Miraba por el ventanal abierto.

No esperaba verlo.

Sabía que vendría.

*

Tres golpes suaves en la puerta.

Y luego, un silencio respetuoso.

—Adelante —dijo ella sin girarse.

Lefuan entró.

Vestía su capa gris, gastada en los bordes.

Su mirada no tenía ceremonia.

Solo verdad.

*

—No tengo tiempo para fingir reverencias —dijo él.

—Perfecto.

Tampoco yo tengo ganas de oírlas —respondió Luana.

*

Ambos sonrieron.

Y el mundo pareció —por un instante— ser más real que cualquier rito.

*

Se sentaron frente a frente, sin muebles entre ellos.

Solo el suelo.

Y las palabras.

*

—Mañana el pueblo decidirá si valgo como su reina —murmuró Luana.

—Ya lo haces.

—No lo sé.

No soy como mi madre. No soy... precisa.

—Ella es una espina. Tú eres raíz.

*

Luana lo miró con atención.

—¿Por qué estás aquí realmente, Lefuan?
No me digas que es por amor.

—No lo es.
Es por algo peor:
libertad.

*

Ella bajó la mirada.

—¿Y si yo no quiero ser libre? ¿Y si quiero... solo quedarme?
—Entonces quédate.
Pero hazlo porque lo decides, no porque te lo piden.

*

Hubo un largo silencio.
Los ruidos del palacio se alejaban como si el mundo los envolviera con sordina.

*

—La noche de las lunas —dijo ella, al fin—.
Cuando te elegí como uno de los cinco...
ya sabía que eras tú.

—¿Cómo?
—Porque no parecías tener miedo de perder.
Solo miedo de fingir que querías ganar.

*

Lefuan suspiró.
—He perdido muchas cosas.
A veces me pregunto si alguna vez gané algo.

—¿Y mañana?
—Mañana no gano yo.
Ganas tú...
o **pierde el reino.**

*

Luana se acercó.
No para tocarlo, sino para **verlo más de cerca.**
Como si buscara alguna fisura en esa máscara que no parecía tener.

—¿Y si te dijera que tengo miedo? —preguntó.
—Te diría que eso te hace más fuerte que todos los hombres que he visto hoy.

*

No hubo beso.
No hubo promesa.
Solo un gesto:

Luana tomó su mano, la llevó a su vientre,
y dijo con voz baja, sin temblor:

—Quiero un mundo donde pueda contar esta historia... sin tener que morir por ella.

*

Lefuan no apartó la mano.
Tampoco habló.

Solo cerró los ojos.

*

Detrás de la puerta, en el pasillo, **Goucha** esperaba.
No por deber.
Por algo más profundo.

Había escuchado parte de la conversación.
No toda.
Pero suficiente.

Y por alguna razón que no comprendía...

soñó esa noche con dos niñas de cabello oscuro, riendo bajo un cielo sin lunas.

*

Cuando Lefuan se retiró, lo hizo sin mirar atrás.
No por frialdad.
Sino porque entendía que mirar a veces es **un acto de posesión.**

Y esa noche, nadie poseía a nadie.

*

Eran solo dos almas.
En un mundo que ya no podía evitar girar...
alrededor de ellos.

♦ Capítulo 5 – Bajo la luz de todos

Subcapítulo 3: *El teatro de la verdad — Presentación ante el pueblo*

La **Plaza de la Aurora** era un anfiteatro natural rodeado por edificios de piedra clara, colinas cultivadas y balcones que, ese día, se abarrotaban de ojos.

Desde antes del alba, la gente se había congregado en calles adyacentes, portando banderines de colores, frutas secas, tambores de palma... y silencio expectante.

*

No era una fiesta.

Era una **observación ritual**.

Un juicio no escrito.

Una costumbre ancestral:

“Que el que pretenda al trono, se presente ante quienes pisan su sombra.”

*

Los pretendientes no bajaron por la escalinata principal del palacio.

Sino que fueron conducidos **por rutas distintas, a pie**, a través de la ciudad.

El pueblo debía verlos caminar, oír sus palabras, **oler su miedo**.

Y luego, al centro.

*

Velkhan llegó primero.

Vestía una túnica tejida con símbolos arcanos que brillaban sutilmente al sol.

Entregó un rollo ilustrado, un **mapa narrativo parlante** que contaba la historia del reino a través de voces encantadas.

—Para que cada niño sepa de dónde viene —dijo—. Y hacia dónde va.

Los aplausos fueron medidos.

El mapa era hermoso.

Pero los niños... **no entendían qué los hacía libres**.

*

Sael entró después, escoltado por dos veteranos de guerra.

Ofreció una bandera encantada, tejida con hilos vivos que **cambiaban de color** según la estabilidad política del reino.

—Para que sepáis cuándo luchar... y cuándo permanecer unidos.

Los aplausos fueron fuertes.

Muchos soldados lo reconocían.

Pero **algunos recordaban también las batallas que no ganaron**.

*

Hedarín presentó una criatura domesticada:

un lince dorado con una única cicatriz sobre el lomo.

Se arrodilló ante Luana, obedeciendo un gesto.

—Dominar la fuerza no basta. Hay que saber cuándo inclinarla ante algo mejor.

El pueblo aplaudió.

Pero no todos.

Alguien en la multitud murmuró:

—¿Y qué dice eso de nosotros? ¿Que debemos inclinarnos también?

*

Lysir no ofreció un objeto.

Sino un poema en cuatro idiomas antiguos,

hablado, cantado, y proyectado con un hechizo de ecos de piedra.

—Porque los pueblos que se escuchan... no olvidan.

Hermoso.

Lírico.

Pero más murmurado que comprendido.

*

Y entonces llegó **Lefuan**.

*

Sin escolta.

Sin pergaminos nuevos.

Sin luces.

Sin trajes ceremoniales.

Vestía la misma capa gris de siempre.

Con las manos a la vista.

Y los ojos **como si ya hubiera estado allí antes**.

*

Se detuvo en el centro.

No alzó la voz.

No saludó.

Solo sacó de su túnica dos pergaminos.

—Ya ofrecí mis regalos.

A la princesa, le di las lunas.

A la reina, le otorgué el sol.

*

Algunos se rieron.

Otros callaron.

Un niño gritó:

—¡Son tuyas! ¡Mi abuela lo dice siempre!

*

Lefuan alzó uno de los pergaminos.

Lo desenrolló con lentitud.

—Aquí está la inscripción.

No tiene magia.

No otorga propiedad.

Solo propone un relato.

Una posibilidad.

✱

—Las lunas son de Luana.
Porque así lo dijimos.

✱

—El sol es de Arihén.
Porque nadie más se atrevió a reconocerlo.

✱

—Y si algún día miráis al cielo y os preguntáis de quién es esa luz...
recordad que **la luz no es de quien la enciende,
sino de quien no deja que se apague.**

✱

Silencio.
Profundo.
Ni un niño lloró.
Ni una cuerda de laúd se tensó.

✱

Y luego...
aplausos.
Fuertes.
Irregulares.
Reales.
No porque comprendieran el gesto.
Sino porque **sentían que alguien les había hablado sin disfraz.**

✱

En un balcón alto, la reina **no sonrió.**
Pero inclinó la cabeza levemente.

✱

Y Luana...
cerró los ojos.
Y apretó el pergamino en su regazo.
Como si fuera **lo único que no se pudiera arrebatarse.**

✱

Esa noche, los niños repetirían en las calles:

—¡Luna de Luana!
—¡Sol de Arihén!
—¡Y el que lo negó... no lo entendió!

♦ Capítulo 5 – Bajo la luz de todos

Subcapítulo 4: *Asistidos por las estrellas — La decisión no declarada*

Esa noche, **las estrellas parecían más próximas.**

No por magia.

No por presagio.

Sino por una claridad que la ciudad entera reconocía sin saber explicarla.

El juicio había terminado.

Y sin embargo, nadie lo anunciaba.

*

En el ala este del palacio, los maestros de ceremonia discutían con voz baja.

—¿Debemos proclamarlo ya?

—No. La reina quiere esperar a que se enfríe la euforia.

—¿Y si los otros protestan?

—No lo harán.

Saben que ya perdieron.

*

En el Consejo de Piedra Vacía, los sabios más antiguos compartían infusiones amargas.

—Ese extranjero no trajo alianzas...

—Trajo algo peor: **imaginación.**

—¿Y qué hacemos con alguien así?

—**Nos adaptamos.**

O lo destruimos.

*

Los otros pretendientes comenzaron a empacar.

No en voz alta.

No con derrotismo.

Con dignidad medida.

Con el orgullo de haber perdido ante **algo que no sabían cómo nombrar.**

Sael entregó una carta formal a la reina, agradeciendo el honor.

Velkhan pidió una última audiencia con Luana.

Ella no se la concedió.

Lysir escribió un poema que nunca leyó.

Hedarín rompió su bastón ceremonial en la soledad del patio norte.

*

Y **Luana**, en su habitación, no dormía.

Caminaba descalza sobre las alfombras bordadas,

con los dedos aún manchados de tinta del poema que había escrito esa misma mañana.

La inscripción del pergamino —la de las lunas— reposaba sobre su mesa.

Abierta.

Visible.

Como si formara parte de ella.

*

Cuando Goucha entró con una bandeja de té, Luana no habló.

Solo levantó la mirada.

—¿Quieres que lo anuncien esta noche? —preguntó la gou con suavidad.

—No.

Quiero que **la ciudad lo sepa antes de que lo digamos.**

Que se cuente solo.

Que llegue como una historia que se instala en la piel, no en los decretos.

*

Goucha asintió.

Y por un instante...

su mirada no fue de sirviente.

Ni de amiga.

Fue de alguien que compartía un amor que no necesitaba ser el primero para ser verdadero.

*

En las cámaras privadas del consejo, **la reina Arihén** escribía una serie de notas a puño cerrado.

Una iba dirigida a la Cancillería Exterior.

Otra al Templo de Assil.

Una tercera, al Consejo de Comercio de las Costas Doradas.

Y finalmente, una para Lefuan.

“El sol no se entrega.

Se sostiene.

Y hoy, tú hiciste que brillara incluso en manos ajenas.

Bienvenido al trono que aún no existe.”

*

Lefuan no leyó esa nota esa noche.

Estaba en el León Dorado,

cenando con Tarek,

escuchando a un grupo de niños discutir si las lunas eran iguales o no.

—Yo digo que la roja es más rápida —decía uno.

—¡Pero la blanca brilla más!

—¿Tú qué piensas, Lefuan?

Él sonrió.

—Pienso que están mejor en manos de alguien que no quiera poseerlas.

*

Y así, bajo ese cielo de rumores, sin declaración, sin decreto,

Naorhal aceptó a Lefuan no como un príncipe...

sino como una historia que ya no podía dejar de contarse.

*

Las estrellas observaron.
Y por primera vez en siglos,
nadie intentó interpretar sus silencios.

Solo los dejaron estar.
Como testigos.

De lo que acababa de comenzar.

♦ Capítulo 5 – Bajo la luz de todos

Subcapítulo 5: *Las sombras entre las luces — La secta da su primer paso*

Mientras el palacio dormía,
Naorhal respiraba con la confianza de quien **cree que ha sobrevivido a la tormenta.**

Pero las tormentas verdaderas **no gritan antes de llegar.**
Sus heraldos caminan en silencio,
y su primer trueno es la ausencia de ruido.

*

Esa madrugada, en el **Templo de la Luz Serena**, un sacerdote fue hallado muerto.

Su cuerpo no presentaba heridas.
Pero su boca estaba cosida con hilos de oro quemado.
Y en la pared del altar, escrita con llamas negras, una frase:

"La luz ha mentido."

*

El sumo clérigo intentó ocultarlo.
Quemó las cortinas.
Modificó el informe.

Pero el rumor ya había salido.
Y como todo rumor que se arrastra en la oscuridad,
llegó donde debía llegar.

*

En el barrio del Mercado Antiguo, una mujer se desplomó entre puestos de fruta.

Al principio creyeron que se desmayaba.
Pero cuando gritó —con una voz que **no era la suya**—,
la ciudad se detuvo.

“¡La sangre ha dormido!
¡Y el que camina con la noche no ha muerto!
¡Vultnir despierta en los muros olvidados!”

*

Las palabras no eran suyas.
No podían serlo.

La mujer **nunca aprendió a leer.**
Y sin embargo, repetía pasajes exactos de textos prohibidos, quemados siglos atrás por el propio templo.

*

Un comerciante desapareció esa misma noche.
Un noble de bajo rango, miembro del consejo de comercio.
Su cuerpo no fue hallado.

Solo una mano.
Y sobre el dedo anular,
un anillo con la insignia del Sol Antiguo... girada al revés.

*

Irisel fue la primera en ver el patrón.
Desde su torre en el templo central, había ordenado revisar todos los símbolos recuperados.
No por su contenido...
sino por lo que decían sin decirlo.

“Tres cicatrices,
tres muertes,
tres mensajes.
No son atentados.
Son avisos.”

*

Convocó una reunión secreta con dos maestras archivistas y un veterano de la inquisición retirada.
Extendió sobre la mesa un mapa de la ciudad, marcando los incidentes con tinta roja.
—No buscan el trono —dijo—.
No buscan asustar.
**Buscan recuperar lo que creen perdido:
el relato original.**

*

—¿Y qué es lo que reclaman? —preguntó uno de los sabios, tenso.
—Que el mundo **nunca debió tener tres luces.**
Solo una sombra.
Y que Lefuan... al regalar el cielo,
rompió el equilibrio dormido.

*

En el León Dorado, esa noche, Lefuan jugaba a las cartas con Mira y Tarek.
No sabía aún que era blanco de algo más antiguo que el odio.
No por sus palabras.
Ni por su ascenso.
**Sino porque, sin saberlo, había tocado el lenguaje con una verdad que lo convertía en hereje
para quienes solo creían en la oscuridad pura.**

*

En un sótano sellado por raíces, los miembros de la secta oraban.
Sus rostros estaban cubiertos.
Sus cuerpos marcados con fuego.
En el centro del círculo,
una joven se alzaba lentamente.
Sus ojos ardían con una luz que no era vida.
Y en sus labios, un nombre.
No de un dios.
De un hombre.

—Lefuan...

**El que reescribirá.
El que debe ser quebrado.
O convertido.**

*

La sombra de Voltnir volvía a moverse.
Y esta vez, no quería el templo.
Ni el trono.

Quería la historia.

♦ Capítulo 5 – Bajo la luz de todos

Subcapítulo 6: *Una semilla bajo la luna — El inicio de algo que no tiene nombre*

Esa noche, el cielo de Naorhal estaba despejado.
Las dos lunas se alzaban como hermanas que no se miran,
pero que conocen sus ritmos.

La ciudad dormía.

Pero **en las torres del palacio, algo aún respiraba.**

*

Lefuan caminó por el pasillo de los vitrales oscuros.

No llevaba capa.

Ni armas.

Ni pensamientos que sirvieran como escudo.

Solo un presentimiento.

Y la carta sin abrir que Arihén había deslizado bajo su puerta,
con la inscripción de un sol dorado.

*

Luana lo esperaba en la sala sin nombre.

Una cámara circular, alta, sin ventanas,

donde los herederos a veces se escondían a llorar cuando eran niños.

Ahora estaba vacía.

Solo una vela encendida,

y un pequeño espejo de cobre, oxidado en las esquinas.

*

Ella no se giró al oírlo entrar.

Sabía que era él.

Porque **la habitación cambió de temperatura.**

—Ya no podemos volver atrás —dijo ella, sin mirar.

—¿Y alguna vez pudimos?

*

Lefuan se acercó, se sentó a su lado.

No se tocaron.

Tampoco lo necesitaban.

—Mi madre me dijo que elegiría con la cabeza —dijo Luana—.

Pero tú no me dejaste.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Es irreversible.

*

Hubo un largo silencio.

Y luego ella habló de nuevo.

—Si muero, algún día...

—No digas eso.

—Escúchame.

Si muero, quiero que encuentres una forma de mantener viva esta noche.

No mi nombre.

Ni tu promesa.

Solo esto.

Lo que somos ahora.

Sin corona.

Sin deber.

Sin tiempo.

*

Lefuan cerró los ojos.

Y dijo, simplemente:

—Está hecho.

*

Entonces, sin pedir permiso,

Luana apoyó su frente contra la de él.

No fue un gesto de despedida.

Ni de deseo.

Fue un **acto de fe.**

De entrega sin palabra.

*

Y en ese instante,

sin que ninguno lo supiera aún,

una nueva historia comenzó a escribirse.

No en los archivos del reino.

No en los registros del templo.

Sino en el tejido mismo del tiempo.

*

Goucha, despierta en su lecho, sintió una punzada en el pecho.

Como si alguien hubiera encendido una vela en un cuarto donde antes solo había sombra.

No entendía por qué.

Pero **sonrió.**

*

Y en algún rincón de esa vasta noche,

una niña —que aún no había nacido—

rió en sueños que no eran suyos.

*

Las lunas se alejaban en sus órbitas.

Pero algo en su reflejo

quedaba fijo.

Como una promesa enterrada en silencio.

Que florecería,

incluso si el jardín algún día ardía.

✦ Capítulo 6 – Voces que no duermen

(Donde el amor se proclama, pero las heridas del mundo responden)

Subcapítulo 1: La proclama del alba — El anuncio ante la corte

- Arihén convoca a la corte en el Salón de las Columnas Doradas.
 - En una ceremonia breve y fría, se anuncia el compromiso entre la princesa Luana y el elegido Lefuan.
 - No hay fiesta. Solo miradas. Algunos nobles aplauden por deber, otros bajan la vista.
 - Lefuan permanece impasible. Luana no necesita sonreír: **ella ya ha decidido.**
 - Goucha asiste como dama de honor por petición de Luana. Nadie lo esperaba.
 - Irisel observa la proclamación desde lo alto. Por primera vez, **no puede leer la intención de la luz.**
-

Subcapítulo 2: El beso político — Recepción pública y tensiones veladas

- En la plaza central, se presenta a Lefuan como **heredero consorte del Trono Solar.**
 - La multitud ovaciona, mezcla de fervor popular y expectación.
 - Lefuan y Luana comparten un beso ritual —el primero público— como parte del protocolo.
 - El gesto se convierte en símbolo. El pueblo lo repite en canciones, pinturas callejeras, tatuajes.
 - Sael y Velkhan abandonan la ciudad sin decir adiós. Hedarín se queda. Observa.
 - **Una explosión ocurre a las afueras, justo cuando finaliza el acto.**
 - Nadie muere... pero **un mural con las lunas es destruido.**
-

Subcapítulo 3: El susurro del metal — Irisel comienza a moverse

- En los archivos del templo, Irisel descubre coincidencias entre los símbolos usados en los ataques recientes y antiguos sellos prohibidos.
 - La secta parece no solo querer sabotear: **quiere hacerse oír.**
 - Irisel interroga a uno de los acólitos que había desaparecido unos días: lo encuentra balbuceando símbolos de Voltinir.
 - Pide permiso al alto templo para formar una célula autónoma de vigilancia.
 - Le es negado. **“Esto no es guerra aún”, le dicen.**
 - Irisel no insiste. Pero tampoco se detiene.
-

Subcapítulo 4: El pacto sin sangre — Arihén y Lefuan negocian en privado

- La reina convoca a Lefuan en sus aposentos.
 - No habla como madre.
 - Habla como soberana.
 - Le exige dos cosas: que proteja a Luana **aunque deba enfrentarse a ella misma**, y que nunca reclame poder más allá del trono.
 - Lefuan no responde con súplica.
 - Solo dice: “No vine a mandar. Pero tampoco nací para obedecer.”
 - Arihén sonríe por primera vez. Solo un segundo.
 - —Entonces, quizás, sí merezcas a mi hija.
-

Subcapítulo 5: Bajo el altar — Primer atentado real

- Un sacerdote muere envenenado durante una misa menor.
 - Un símbolo aparece tallado bajo el altar de Assil: **tres líneas paralelas y una luna tachada**.
 - Irisel, al llegar a la escena, reconoce el trazo.
 - **Ya no se esconden.**
 - Ese mismo día, una joven intenta apuñalar a Luana durante una visita al orfanato.
 - Goucha, sin entrenamiento formal, **se interpone y detiene el ataque con sus manos**.
 - Por primera vez, alguien murmura que “la sombra de la princesa” **tiene nombre propio**.
-

Subcapítulo 6: El ojo se abre — La ciudad ya no duerme

- Esa noche, un grupo de niños canta una canción extraña en un dialecto antiguo.
- Lefuan la oye desde su ventana. Reconoce las palabras: son parte de la visión que tuvo ante el Espejo de la Llama.
- Irisel se presenta en sus aposentos sin invitación.
- Le dice, sin rodeos:
“Algo está viniendo.
No sé si tú lo traes o lo detienes.
Pero si intentas huir, te juro por la daga que me formó...
te voy a seguir.”
- Lefuan no se defiende.
- Solo abre la puerta del balcón y deja que entre el aire nocturno.
- —Entonces no huyas tú tampoco —dice—. Vamos juntos.

♦ Capítulo 6 – Voces que no duermen

Subcapítulo 1: *La proclama del alba — El anuncio ante la corte*

El amanecer llegó con lentitud.
No como promesa...
sino como una advertencia.

Sobre Naorhal, las nubes parecían demasiado perfectas,
como si alguien las hubiera pintado allí para fingir que el cielo no temblaba.

*

La **Sala de las Columnas Doradas** se llenó con el sonido de pasos suaves y telas crujientes.

Era el salón más antiguo del palacio.
El único que no tenía cúpula ni símbolos de los dioses.
Solo columnas.
Y silencio.

Aquí se celebraban las decisiones que no se podían revertir.

*

La **reina Arihén** entró sin música.
Vestía de blanco y rojo, sin corona.
Solo llevaba un anillo solar grabado con la palabra más temida por los escribas:
“**Ahora.**”

*

Luana caminó detrás.
Lenta.
Sin adornos.
Con la espalda recta y el rostro sin expresión.
Su vestido no era nupcial.
Era **el de la guerra diplomática**.
Goucha iba a su izquierda, sin joyas, sin velo, sin símbolo.
Pero cada paso suyo era el de alguien que ya **no era solo la sombra de otra**.

*

Lefuan fue el último en entrar.
No lo anunciaron.
No lo flanqueó nadie.
Vestía su ya famosa capa gris, reparada en los bordes.
Sus botas estaban limpias, pero gastadas.
Y sus ojos...
no pedían nada.

*

Los nobles se habían organizado en semicírculo.
Los del ala norte —tradicionalistas, adoradores de Assil— mantenían la mirada baja.
Los del ala sur —comerciantes y estudiosos— observaban a Lefuan como si fuera un **problema matemático aún sin resolver**.

*

Un heraldo dio un paso al frente.

Su voz, firme, sin emoción:

—Se convoca este acto en nombre del trono solar para proclamar, ante dioses y hombres, la unión futura entre la princesa Luana de Naorhal... y Lefuan Lucius von Valencius, ciudadano foráneo reconocido por la Reina como legítimo portador del título consorte.

*

El murmullo fue tenue.

Como un rumor de hojas secas.

Los más devotos hicieron el gesto de la luz.

Otros simplemente bajaron la cabeza.

*

Arihén habló.

—Esto no es una coronación.

No es una boda.

Es un anuncio.

El amor no se legisla.

Pero el reino sí.

Por tanto,

a partir de este día,

Lefuan será considerado parte de la línea imperial,

con deberes y vigilancia acordes a su posición.

*

—¿Y sus derechos? —preguntó alguien desde el fondo, una noble de mediana edad con voz templada.

Arihén no titubeó.

—Sus derechos nacerán de lo que haga, no de lo que reciba.

*

Luana y Lefuan se miraron en ese instante.

No como amantes.

Ni siquiera como aliados.

Como cómplices de algo que aún no tenía forma.

*

—¿Desea decir algo, señor Lefuan? —preguntó el heraldo.

Silencio.

Luego Lefuan caminó hasta el centro del círculo.

Se quitó la capa.

La dobló.

La dejó en el suelo.

—Solo esto —dijo—:

“No heredé nada.

No pedí este lugar.

Pero si alguna vez dudan de por qué estoy aquí...

**pregunten a su hija.
Y miren al cielo.”**

*

Ni un solo aplauso.

Ni un solo gesto.

Pero **en el fondo de la sala**, alguien —una criada quizás—
soltó un suspiro.

Uno de esos que nacen cuando algo, finalmente, tiene sentido.

*

El heraldo golpeó el bastón tres veces.

—La proclamación ha sido sellada.

*

Luana tomó la mano de Lefuan.

No por mandato.

Ni por ceremonia.

Porque quería.

Y Goucha, a un paso detrás, bajó la vista por respeto.

Pero su boca se curvó en algo parecido a una sonrisa.

*

Desde el balcón oculto del templo, **Irisel observaba todo.**

Y por primera vez...

no pudo decidir si lo que nacía ante sus ojos

era **una promesa... o una herejía.**

♦ Capítulo 6 – Voces que no duermen

Subcapítulo 2: *El beso político — Recepción pública y tensiones veladas*

Naorhal había sido preparada como para una coronación.

Banderas blancas y doradas colgaban de los balcones.

Las fuentes cantaban con hechizos antiguos.

Los niños de los gremios recitaban versos escritos por poetas imperiales.

Pero esta no era una boda.

Era una aceptación.

Y lo que se aceptaba... era **una anomalía que había conquistado el corazón del relato.**

*

La **Plaza del Espejo**, frente al palacio, estaba repleta.

La gente no cantaba.

No gritaba.

Solo **esperaba.**

El ambiente tenía ese espesor que aparece cuando algo está por volverse historia.

*

Los tambores del templo sonaron.

Uno. Dos. Tres.

Y entonces apareció **Luana**, vestida con armadura ceremonial sin capa, sin corona, con la luna blanca bordada sobre el pecho izquierdo.

A su lado, **Lefuan**, sin armas, sin color imperial, solo con una túnica sencilla y el brazalete solar que Arihén le había ordenado usar.

*

Caminaron por el corredor de mármol entre la multitud.

No había protección mágica.

No había escolta.

Solo **presencia.**

*

En el estrado central, elevado por hechicería sobre una plataforma flotante, Luana se detuvo.

El heraldo repitió las palabras del anuncio.

El pueblo escuchó.

Y entonces Luana habló.

—Mi elección no fue lógica.

Ni fue debida.

Fue libre.

**Y si el pueblo me quiere como su reina...
me aceptará también como mujer.**

*

Silencio.

Y luego, un solo aplauso.

Después otro.

Después cien.

Después miles.

*

Luana giró hacia Lefuan.

Y lo besó.

*

No fue un beso largo.

Ni apasionado.

Fue **público. Preciso. Desnudo.**

Y con ese gesto, el compromiso se convirtió en **mito popular.**

*

Los niños comenzaron a imitar el beso en los callejones.

Un anciano ofreció grabarlo en madera.

Una panadera decoró pasteles con dos lunas unidas por una pluma.

En menos de una hora, la historia **ya era canción.**

*

Pero entonces...

un sonido quebró el aire.

No fue grito.

Ni llamado.

Fue una explosión.

*

En la parte baja de la ciudad, cerca del viejo muro del gremio de astrónomos, un mural recién pintado con la imagen de Luana entre las lunas fue destruido.

*

La explosión no mató a nadie.

Pero el humo que dejó **dibujaba un símbolo:**

tres cicatrices verticales, y una luna tachada con fuego negro.

*

Irisel, que ya había llegado al lugar cuando nadie más lo había notado, cerró los ojos.

—Esto no es un mensaje —dijo a su escolta—.

Es una respuesta.

*

De vuelta en la plaza, los aplausos continuaban.

La mayoría no sabía aún lo que había pasado.

Solo los ojos de **la reina Arihén**, desde lo alto del palacio, se oscurecieron levemente.

*

Y **Goucha**, de pie junto a la plataforma,
sintió un estremecimiento en el pecho.

No por miedo.

Sino porque algo dentro de ella

reconocía esa marca... como si ya la hubiese soñado.

*

La luz había hablado.

El pueblo había respondido.

Y la sombra... por fin, había despertado.

♦ Capítulo 6 – Voces que no duermen

Subcapítulo 3: *El susurro del metal — Irisel comienza a moverse*

El templo de Assil tenía alas selladas con cerraduras que ni los sumos clérigos podían abrir sin una plegaria autorizada por los doce.

Pero Irisel no necesitaba llaves.

Ella **conocía las respiraciones de cada pasillo**, las fracturas invisibles entre las piedras.

Esa noche, **no dormía nadie en su ala**.

El atentado en la ciudad había removido las certezas.

Los acólitos murmuraban.

Los sacerdotes pedían respuestas a textos que ya no sabían cómo leer.

Irisel caminaba descalza.

Su túnica era negra, sin símbolos.

Como una sombra **que no necesitaba permiso**.

✱

Ingresó en la cámara de los sellos, un cuarto circular donde se archivaban todos los símbolos aprobados, rechazados o suprimidos por el templo a lo largo de los siglos.

Extendió tres informes recientes:

- La inscripción en fuego negro sobre el altar.
- El símbolo en humo tras la explosión del mural.
- Las marcas halladas en el puñal con el que intentaron atacar a Luana.

Todos distintos.

Y sin embargo, **todos con tres líneas paralelas** en su estructura central.

✱

—Tres cicatrices —murmuró—.

Voltnir.

Pero no como deidad.

Como eco.

✱

La asesina tomó un espejo de cobre bruñido.

Lo colocó sobre el mapa de la ciudad, inclinándolo en ángulo oblicuo.

Tres de las ubicaciones de los atentados formaban una línea recta.

La cuarta... aún no se había producido.

✱

Cerró los ojos.

Y pronunció la plegaria de la Hoja Silente.

“No pido permiso para actuar.

Solo el derecho a no hacerlo en vano.”

El espejo vibró.

Las runas en su borde comenzaron a brillar con fuego tenue.
Irisel lo apagó con los dedos.

—Entonces es verdad...
No atacan al poder.
Atacan **el relato**.

*

Horas después, descendió a los calabozos menores del templo.
Un acólito desaparecido dos días antes había sido hallado vagando sin ropa ni lengua en un establo abandonado.
Ahora estaba encadenado, balbuceando frases sin sentido.
Los clérigos decían que había perdido la razón.

Irisel se sentó frente a él.
No habló.
No interrogó.
Solo esperó.

El joven, con los ojos vacíos, murmuró:

—No luz...
no forma...
tres veces y nada...

Ella lo miró sin parpadear.

—¿Ves aún las cicatrices?

El joven asintió lentamente.

—¿Dónde está la cuarta?

Silencio.

Luego, una sola palabra, casi inaudible:

—Dentro.

*

Irisel se levantó.

Subió a la torre sur del templo.

Allí la esperaba un anciano archivista: uno de los pocos que aún recordaba los días del exilio de los adoradores de Voltair.

—Quiero formar una célula de vigilancia —dijo ella—.
No bajo la luz.
Sino debajo de su sombra.

—¿Con permiso del alto templo?

—Sin él.

*

El anciano dudó.

Luego le entregó un anillo sin marca, el símbolo de los vigías prohibidos.

—No tienes autorización.

Tienes **urgencia**.

Y eso basta.

*

Esa noche, Irisel comenzó a enviar cuervos sin sello.

Marcó seis nombres.

Distribuyó armas silenciosas.

Y redactó un informe que no entregó.

Lo guardó en su puño cerrado.

—No estoy luchando por Assil.

Ni por la princesa.

Estoy luchando porque si no lo hago...

no habrá historia que valga la pena recordar.

*

La hoja en su cintura no temblaba.

Pero la ciudad sí.

♦ Capítulo 6 – Voces que no duermen

Subcapítulo 4: *El pacto sin sangre — Arihén y Lefuan negocian en privado*

Los aposentos privados de la reina Arihén no eran lo que muchos imaginaban.

No había oro.

No había tronos.

Ni siquiera guardias.

Solo una sala amplia, con un escritorio antiguo, una estantería de piedra cargada de pergaminos, y una única ventana que no daba al cielo,

sino a un muro de roca sin terminar.

*

A esa hora, solo el sonido de una pluma rozando el papel llenaba la estancia.

Cuando Lefuan entró, la reina no lo saludó.

Tampoco alzó la vista.

—Te ofrecí el sol —dijo, sin levantar la voz—.

Y lo único que me diste fue una historia.

Bien jugado.

*

Lefuan no se sentó de inmediato.

Caminó hasta el centro de la sala, y esperó.

Como un visitante que no sabía si lo habían invitado...
o citado.

—No estoy aquí para agradecimientos —dijo.

—Lo sé.

Estás aquí porque has entendido que **el trono no es una herencia,
es una amenaza diferida.**

*

Finalmente, Arihén alzó la vista.

Sus ojos eran como el vino espeso:

bellos, pero imposibles de leer del todo.

—Quiero que hablemos claro —dijo—.

Tú no naciste para gobernar.

Ni para inclinarte.

Eres un hilo suelto en una tela tensa.

—Y sin embargo, aquí estamos.

—Y por eso vamos a pactar.

Antes de que el amor nuble el juicio de mi hija.

Antes de que los nobles te usen como símbolo,

y antes de que el templo encuentre excusas para llamarte hereje con legitimidad.

*

Lefuan alzó una ceja.

No por sorpresa,
sino por interés.

—¿Qué quieres?

—Dos cosas —respondió ella, apoyando la pluma con precisión sobre el tintero.

Uno: que si alguna vez debes elegir entre tu vida y la de Luana,
elijas la de ella sin dudar.

Dos: que no te atrevas jamás a reclamar algo **que no te ha sido dado.**
Ni el poder absoluto.
Ni la verdad del reino.

*

Lefuan tardó en responder.
No porque dudara.
Sino porque sabía que toda respuesta contenía una trampa.

Finalmente, dijo:

—No vine a mandar.
Pero tampoco nací para obedecer.

*

Arihén se recostó hacia atrás en su asiento.
Y entonces —por primera vez desde la proclamación—
sonrió.

Solo un segundo.
Pero lo suficiente.

—Entonces quizás —dijo ella—, sí merezcas a mi hija.

*

Lefuan no respondió.
Pero se acercó al escritorio, y colocó sobre él el brazalete solar que le habían entregado como
símbolo consorte.

—No necesito esto para protegerla —dijo—.
Solo para que tú me dejes hacerlo.

*

—No confío en ti —admitió Arihén.
—Yo tampoco confío en mí.
Y eso es lo que me hace peligroso.
Pero también útil.

*

Silencio.
Luego, Arihén giró un pergamino sin sellar hacia él.

—Esto no es un acuerdo formal.
Es solo una hoja sin título.

—Entonces será lo único verdadero que se firme este mes.

*

Ambos lo rubricaron.
Sin testigos.
Sin sello.
Sin bendición.

Solo dos nombres.

Y una línea debajo:

“Por la continuidad del fuego, sin purificación innecesaria.”

*

Cuando Lefuan se retiró, la reina cerró los ojos.
Y por primera vez desde la muerte de su esposo,
no se sintió sola en el campo de batalla.

*

Lefuan, al salir, murmuró para sí:

—Ahora el reino tiene dos reinas.
Una sentada en el trono...
y otra aún por venir.

*

En las sombras de ese pacto,
algo se fortalecía.

Pero también se abría...
una grieta.

♦ Capítulo 6 – Voces que no duermen

Subcapítulo 5: *Bajo el altar — Primer atentado real*

El Templo Menor de Assil, en el barrio de las colinas, era conocido por su serenidad.

Sus paredes eran claras, el suelo de madera perfumada, y la luz entraba suavemente desde las aberturas superiores.

Allí se oficiaban los rezos matutinos de las familias sin linaje.

No había grandes ceremonias, solo silencio compartido y plegarias sinceras.

Fue en ese templo donde **la secta eligió marcar su verdadero comienzo.**

*

El sacerdote entró a las primeras luces del día, como siempre.

Encendió las velas.

Vertió el agua ritual.

Susurró los nombres de los caídos.

Todo era rutina.

Hasta que, al alzar el cáliz de la ofrenda...

bebió veneno.

*

No gritó.

Solo cayó de rodillas,

y sus ojos sangraron sin abrirse.

El altar, iluminado por la luz de la mañana, no reflejaba su cuerpo.

Lo absorbía.

*

Cuando los clérigos llegaron, hallaron tallado bajo la base del altar un nuevo símbolo:

Tres líneas paralelas.

Y una luna tachada.

La marca de los que decían:

“La luz no es guía.

Es prisión.”

*

Mientras tanto, en el **Orfanato del Sol Medio**, Luana visitaba a un grupo de niños en nombre del trono.

Era una acción protocolar.

Simbólica.

Inofensiva.

O eso se creía.

*

Caminaba entre estanterías y tapices pintados a mano.

Lefuan no la acompañaba.

Había optado por no convertir la visita en espectáculo.

Solo ella.

Y Goucha.

*

Una joven —aparentemente enfermera auxiliar— se acercó con una bandeja de frutas.

Sus manos temblaban.

No por nervios.

Por tensión contenida.

Luana sonrió.

Tomó una cereza.

Y fue entonces cuando la joven **desenvainó un pequeño cuchillo de hueso** que llevaba entre las mangas.

*

Goucha no gritó.

No pensó.

Se movió.

Como si su cuerpo recordara algo que ella no sabía.

Como si hubiera ensayado ese movimiento miles de veces...

en sueños que no eran suyos.

*

El cuchillo se desvió.

No alcanzó a Luana.

Golpeó la manga de Goucha,

y luego cayó al suelo como si el aire mismo lo hubiera rechazado.

*

La joven atacante fue inmovilizada por los cuidadores.

Pero antes de ser callada, alcanzó a pronunciar:

—La princesa no es la elegida.

Su sombra lleva lo que perdimos.

*

Goucha, jadeando, con una herida superficial en el brazo, miró a Luana sin hablar.

Luana tampoco dijo nada.

Solo tomó su mano, y la sostuvo largo rato.

*

Esa misma tarde, en los pasillos del palacio, el rumor ya corría:

“La sombra la protegió.”

“La princesa tiene dos corazas: el amor... y la que lo calla.”

“¿Quién es esa mujer realmente?”

*

Irisel llegó al templo menor justo antes del anochecer.

No lloró al ver el cuerpo del sacerdote.

Solo se arrodilló.

Y tocó con dos dedos el símbolo grabado en la piedra.

—No buscan matar.

Buscan sustituir.

Una fe por otra.

Una historia por una cicatriz.

*

Y en la torre del vigía, un cuervo partió sin sello.

Destino:

El León Dorado.

Mensaje:

“La luna está marcada.

Pero la sombra aún respira.”

—I.

♦ Capítulo 6 – Voces que no duermen

Subcapítulo 6: *El ojo se abre — La ciudad ya no duerme*

La noche cayó sobre Naorhal sin ruido.

Pero no era una noche como las otras.

Los faroles titilaban sin chispa mágica.

Las calles no olían a pan fresco ni a incienso.

Solo a polvo.

A sospecha.

*

En el cielo, **las lunas parecían más lejanas.**

Como si observaran desde un mundo ya separado del nuestro.

Y sin embargo, en el corazón del palacio,

un ojo se abría.

*

Lefuan estaba solo en sus aposentos.

Apoyado en el alféizar de piedra, observaba la ciudad desde la altura.

Debajo, el murmullo urbano parecía contenido por una tensión que aún no encontraba forma.

Era como si toda Naorhal respirara con un solo pulmón.

Y este estuviera... **herido.**

*

Desde una esquina de la plaza, un grupo de niños comenzó a cantar.

No con alegría.

Sino con voz monótona, ritual.

“Tres veces la luz mintió.

Tres veces el hilo se torció.

Tres lunas se cayeron del cielo...

...y el cuarto no llegó.”

*

Lefuan sintió un escalofrío.

No por las palabras.

Sino porque **las había soñado.**

No una, sino muchas veces.

En aquel fragmento de visión que tuvo ante el **Espejo de la Llama.**

En un futuro que no existía.

O que **aún no había llegado.**

*

Un golpe seco en la puerta.

Lefuan giró.

No esperó respuesta.

Abrió.

Y allí estaba **Irisel**.

De pie.

Sin túnica ceremonial.

Sin armas visibles.

Solo su mirada.

Más afilada que cualquier daga.

*

—¿No deberías entrar con escolta? —preguntó él, con su sarcasmo usual.

—Si necesitara escolta para hablar contigo, ya estarías muerto —respondió ella, sin ironía.

*

Cerró la puerta tras de sí.

No pidió permiso.

Se mantuvo de pie, con las manos cruzadas a la espalda.

—Algo está viniendo —dijo.

—Lo sé —contestó Lefuan.

—No. No lo sabes del todo.

No se trata solo del templo, ni del trono, ni de ti.

Es el relato lo que quieren reescribir.

Y tú... tú lo estás haciendo también.

Sin darte cuenta.

*

Lefuan se cruzó de brazos.

—¿Y eso te asusta?

—No me asusta.

Me **incomoda**.

*

Ella se acercó, a pocos pasos de él.

—Eres un hombre sin dios, sin ejército, sin linaje.

Pero la gente te sigue.

No por lo que ofreces.

Sino porque **dices lo que sienten antes de saberlo**.

—Eso no es poder.

—Eso es la forma más peligrosa de poder.

Y por eso vengo a decirte algo claro.

*

Se detuvo.

Lo miró a los ojos.

—Si intentas huir de esto...

te seguiré.

Te rastrearé.

Y te detendré.

No por deber.

Sino porque no pienso dejar que el mundo se quiebre por alguien que no quiso hacerse responsable de sí mismo.

*

Silencio.

El viento entró por el balcón.

Llevaba olor a humo...

y a tierra abierta.

*

Lefuan caminó lentamente hasta la baranda.

Apoyó una mano.

La otra la dejó colgar, como quien suelta algo que pesa.

—Entonces no huyas tú tampoco —dijo.

Y abrió la puerta del balcón.

El viento hizo que la vela más cercana parpadeara.

—Vamos juntos.

*

Irisel no respondió de inmediato.

Pero caminó a su lado.

Se quedó mirando el horizonte.

—No soy buena para caminar acompañada —admitió.

—Yo tampoco —dijo él—.

Pero supongo que nadie atraviesa un mundo en ruinas solo por orgullo...
y sobrevive ileso.

*

Ambos permanecieron allí, sin tocarse.

Sin hablar más.

Y sin embargo...

algo se selló.

No un pacto.

No una promesa.

Una vigilancia compartida.

*

Naorhal dormía.

Pero la ciudad ya no soñaba.

Porque cuando los símbolos se rompen...

el lenguaje se convierte en campo de batalla.

Y Lefuan, sin querer,

había alzado la voz.

♦ Capítulo 6 – Voces que no duermen

Subcapítulo 7: *Donde la luz deja sombra — Irisel recuerda*

La vela ardía sin llama, sostenida por el aliento de un conjuro silencioso.

Irisel estaba sentada en su celda alta, la misma donde había vivido desde los trece años.

No dormía.

No meditaba.

Solo recordaba.

Al pie de su cama, la daga ceremonial reposaba sobre un paño negro.

Aún limpia.

Aún hambrienta.

*

“La sombra que purifica.”

Así la habían llamado cuando la entregaron al templo con apenas cinco años.

Ni siquiera conocía a quienes la dejaron.

Solo recordaba una mano áspera, una inscripción en un brazalete de cobre,
y el rostro severo de una mujer que no hablaba con la voz, sino con la postura.

La Maestra Lysara.

*

—Para ser la sombra de la luz —dijo aquella mujer la primera noche—,
debes aprender a no tener miedo de lo que arde en ti.

Y con eso comenzó su formación.

Una vida sin juegos.

Sin apego.

Solo doctrina.

Silencio.

Disciplina.

*

A los ocho años, llegó su primera gran prueba:

la meditación del fuego interior.

Fue conducida a una celda oscura donde el aire olía a incienso quemado y piedra húmeda.

Se le pidió que no se moviera, que no hablara, que no llorara.

Solo **sentir**.

Delante de ella, una hoguera ritual ardía.

Y con ella, los susurros que la luz lanzaba a quienes no eran dignos.

El calor le lamía el rostro.

Su piel temblaba.

Pero ella no se rindió.

Solo cuando su respiración fue un hilo de seda,
y sus pensamientos una única oración:

“No soy yo. Soy la luz que castiga.”

Entonces la Maestra asintió.

Y desde ese día, **Irisel supo que su vida no era suya.**

*

Durante los años siguientes, el templo la convirtió en un arma.

Su cuerpo aprendió el filo.

Su mente, el dogma.

Su alma...

aprendió a callar.

*

Pero no todo se podía enterrar.

*

A los diecisiete años, recibió su primer encargo letal:

un grupo de herejes en un pueblo olvidado.

Adoradores de Voltinir.

Rebeldes de palabra más que de acción.

Cuando llegó, encontró campesinos cansados.

Rostros llenos de polvo, niños sin calzado, madres que sostenían a los suyos con la dignidad de los que ya han perdido todo.

Una mujer se le acercó.

Lloraba.

—¿Por qué matéis a quienes solo quieren vivir en paz?

¿No hay lugar para la compasión?

Irisel no respondió.

Solo empuñó la daga.

Y esa noche, cuando el último aliento se apagó bajo su mano,

algo en ella se quebró.

No lloró.

No gritó.

Pero por primera vez, **la daga pesó.**

Y desde entonces, jamás volvió a parecerle ligera.

*

La fe era su escudo.

Y también su cárcel.

Cada misión cumplida era una ofrenda.

Cada vida segada, un sacrificio.

Pero a veces, por la noche,

cuando las velas del templo morían,

Irisel se preguntaba:

—¿Esta es la luz... o solo fuego que consume?

*

Cuando **Lefuan** apareció, algo en el templo cambió.

No por su poder.
Ni por su procedencia.
Sino porque no suplicaba.
No se inclinaba.

Lo observó desde las torres, luego desde los informes,
y finalmente, desde sus propios silencios.

No parecía querer destruir el orden.
Pero cada palabra suya...
hacía que el orden ya no bastara.

*

Y luego vino el consejo del templo.
Los sacerdotes discutían qué hacer con el forastero.

—La profecía es clara —dijo Daryan—. No puede haber excepción.

—¿Y si la excepción es lo que falta? —dijo Arwen.

Irisel escuchó.
No opinó.

Pero cuando le llegó la orden de eliminarlo,
su mirada buscó a Arwen.
Ella la sostuvo.
Y en un gesto leve, apenas perceptible,
le concedió el derecho a decidir.

*

No desenvainó la daga esa noche.
Ni la siguiente.
Ni después.

Porque Irisel no estaba segura de que Lefuan fuera un peligro.
Pero estaba absolutamente segura de algo peor:

Él no tenía miedo de sí mismo.

Y esa certeza podía encender guerras...
o detenerlas.

*

De pie ahora, en su celda, Irisel tomó la daga.

La examinó.
Sus reflejos.
Su peso.

Las marcas que no eran decorativas, sino votos sellados con sangre.

La volvió a enfundar.

Y por primera vez en muchos años, pensó:

“Quizás esta hoja ya no sirva para cortar...
sino para señalar.
No qué destruir.
Sino qué proteger.”

*

Se giró.

El amanecer filtraba una tenue línea de luz por la grieta de la piedra.

Y en esa luz...

no vio nada puro.

Pero tampoco vio mentira.

Solo el contorno difuso del mundo real.

Y comprendió que tal vez...

esa era la única verdad que aún valía la pena seguir.

♦ Capítulo 7 – Sangre sobre las piedras

(Donde el amor se mezcla con la guerra, y los símbolos caen sobre carne viva)

Subcapítulo 1: El canto partido — El atentado en la ceremonia de unión

- En el primer acto público que sella la unión de Luana y Lefuan, un coro infantil es interrumpido por un atentado con explosión oculta en un laúd encantado.
 - Varios niños mueren. El atentado no era contra los nobles, sino contra **la voz del futuro**.
 - Lefuan rescata a una niña parcialmente herida, y por primera vez, llora públicamente.
 - Goucha lo acompaña en el socorro sin ser llamada. Luana queda paralizada.
 - Ese momento divide al reino: ¿es un hombre de guerra, o de consuelo?
-

Subcapítulo 2: La grieta bajo el mármol — Conflicto interno en la corte

- Algunos nobles comienzan a presionar a Arihén para anular el compromiso, alegando que “Lefuan es el imán del caos”.
 - Lefuan se niega a retirarse, pero tampoco se defiende. Deja que su presencia responda sola.
 - Luana empieza a distanciarse, no por falta de amor, sino por deber.
 - Goucha lo nota antes que nadie. La sombra ve donde la luz aún duda.
 - El trono parece firme... pero el mármol cruje.
-

Subcapítulo 3: El refugio entre tres — El vínculo secreto crece

- Lefuan, Luana y Goucha pasan una noche aislados del mundo en los jardines ocultos del palacio.
 - Por primera vez, se permiten hablar como lo que son: no roles, sino personas. Luana confiesa miedo. Goucha confiesa amor. Lefuan confiesa culpa.
 - No hay sexo. No hay juramentos. Pero hay algo más peligroso: **afecto compartido**.
 - Esa noche, una luna se oculta más temprano de lo habitual. En los códigos antiguos, eso marca el “presagio de la ruptura doble”.
-

Subcapítulo 4: La sangre y la daga — Irisel enfrenta la verdad

- Irisel intercepta a un traidor dentro del templo: uno de los suyos, convertido por la secta.
- Lo interroga sin violencia. Él habla de una visión: “Un dios nuevo vendrá, sin nombre ni rostro, con la voz de un mortal.”
- Irisel empieza a temer que la secta no quiera restaurar a Voltair, **sino reemplazar toda**

forma de divinidad.

- Le entrega esa información a Lefuan... sin decírselo directamente.
 - Solo le dice: “La daga ya no apunta solo hacia ti. Ahora apunta hacia todos.”
-

Subcapítulo 5: El fuego en los archivos — La historia comienza a arder

- La biblioteca imperial arde en un ataque de la secta.
No por venganza. **Para borrar las crónicas.**
 - Irisel salva unos pergaminos. Lefuan rescata un códice que parece hablar de su llegada como parte de un ciclo.
 - Goucha encuentra en los escombros un trozo de vidrio negro que emite calor... y recuerda algo sin palabras.
 - Luana, impotente, declara el estado de emergencia.
-

Subcapítulo 6: Entre los escombros — Lo que aún puede salvarse

- Arihén y Lefuan tienen una última conversación en privado.
Ella le dice: “Si muero, que mi hija te sobreviva.”
- Goucha empieza a tener sueños donde ve morir a Luana de muchas formas distintas. No lo comprende... pero siente que algo se repite.
- Lefuan empieza a sospechar que **el tiempo no es lineal en este mundo.**
- Luana y él hacen el amor por última vez sin palabras. No como soberanos.
Como quienes aman **aunque ya hayan perdido.**

♦ Capítulo 7 – Sangre sobre las piedras

Subcapítulo 1: *El canto partido — El atentado en la ceremonia de unión*

Era el día del **Cántico de la Continuidad**.

Una ceremonia antigua, sin carga política,
donde niños elegidos por sorteo entonaban versos viejos que pedían al mundo seguir girando.

Nadie moría en ese ritual.

Nadie discutía.

Todos escuchaban.

*

La plaza del Espejo se hallaba cubierta de pétalos flotantes.
Encantamientos de viento suave los mantenían danzando en el aire.

Los asistentes —nobles, comerciantes, clérigos, curiosos—
habían sido organizados con pulcritud litúrgica.

Luana y Lefuan estaban sentados en la primera hilera,
rodeados de estatuas de bronce pulido y un anillo de palmas doradas.

Goucha, como siempre, **estaba al margen**.

Pero no ausente.

*

Los niños subieron al estrado de mármol.
Doce voces pequeñas, claras, con túnicas azules bordadas en plata.

Uno de ellos —el menor— cargaba un **laúd de madera de luna**,
heredado generación tras generación,
según decían los archivos del templo.

*

La canción comenzó con dulzura.
Era un himno sin dios,
compuesto cuando aún no existía un trono central.
Hablaban de agua que fluye, de nombres que se repiten,
de luces que se funden sin anularse.

Y entonces...

algo sonó distinto.

*

El niño del laúd pulsó una cuerda.
Y no hubo música.

Solo un **chasquido seco**.

Luego, un crujido sordo.

Y entonces,
la explosión.

*

La onda expansiva fue pequeña, precisa, brutal.
No alcanzó el estrado completo,
solo a los cinco niños más cercanos al instrumento.

Los cuerpos no volaron.
Solo **cayeron**.

Con un silencio tan denso que por un instante,
el mundo pareció perder aire.

*

Gritos.
Caos.
Guardias corriendo.
Clérigos invocando protección.

Luana se puso de pie al instante.
Extendió los brazos, pero **no habló**.

Goucha la tomó por el brazo,
sosteniéndola como si su cuerpo pudiera detener el colapso.

*

Lefuan no gritó.
No pidió permiso.
Corrió hacia el estrado.
Saltó los escalones.
Apartó con fuerza a un sacerdote que intentaba conjurar luz inútilmente.
Y halló entre los restos a una niña,
viva,
sorda de un oído,
cubierta de astillas y tierra.

La alzó en brazos.

Ella no lloraba.
Solo lo miraba,
como si esperara algo.

*

Lefuan la sostuvo fuerte.
Y entonces... **lloró**.
No por él.
Ni por los muertos.
Sino por la niña que aún no había nacido.
La que no estaba allí...
pero **ya vivía en su sangre**.

*

La multitud enmudeció.
Ver a Lefuan quebrado —a ese hombre siempre firme, cínico, afilado—
era como ver romperse el hierro sin golpe.

*

Goucha lo alcanzó segundos después.

No dijo nada.
Le puso una mano en la espalda.

Y por un instante,
el mundo no ardía.

Solo se sostenía.
Con dos brazos.
Y un silencio necesario.

*

Esa noche, los pergaminos del templo no escribieron sobre la ceremonia.

Solo dejaron una línea:

“Cantaron.
Pero la continuidad se partió.”

♦ Capítulo 7 – Sangre sobre las piedras

Subcapítulo 1.5: *Donde nace la esperanza — La hija aún no nacida*

La lluvia caía como si no supiera a quién lavar.

Sobre los tejados dorados del palacio, sobre los muros de mármol, sobre las estatuas que aún sostenían antorchas aunque nadie ya las mirara.

Y también sobre los jardines cerrados, ese rincón del reino donde las reglas **dejaban de tener voz**.

*

Allí estaba **Luana**, sentada bajo una pérgola de ramas entrelazadas, con la mano descansando suavemente sobre su vientre.

La curva era visible.

Serena.

Innegable.

La princesa ya no era solo heredera.

Era **madre**.

*

Lefuan llegó sin hacer ruido.

El guardia que lo escoltaba lo dejó pasar sin preguntar —porque ya no se preguntaba.

Porque en ese rincón, el mundo callaba.

Se detuvo a unos pasos.

La vio.

Vestía solo un vestido largo de lino blanco, húmedo por la lluvia, pegado al cuerpo.

Sus cabellos sueltos, pesados, oscuros.

Sus ojos cerrados, pero no dormidos.

*

—Está despierta —dijo ella, sin abrirlos—.

Y se mueve cuando llueve.

Lefuan sonrió.

No como amante.

Ni como rey consorte.

**Como quien se sabe parte de un milagro que no pidió...
pero ya no podría negar.**

*

Se acercó.

Se arrodilló ante ella.

Y puso su mano junto a la suya, sobre ese vientre que temblaba apenas.

—¿Crees que sabrá quién soy?

—Lo sabrá.

No por nombre.

Por tu forma de tocar el mundo.

*

Lefuan cerró los ojos.

—Tengo miedo.

—Yo también.

—¿Y aún así...?

—Aún así, quiero que viva en un mundo donde alguien tenga miedo y no lo esconda.

*

Un silencio cálido.

Y luego, de entre las columnas de piedra húmeda, **una figura se acercó en silencio.**
Goucha.

Descalza.

El vestido mojado pegado al cuerpo felino.

Los ojos bajos, pero sin vergüenza.

—Lo soñé esta mañana —dijo con voz tranquila—.

Ail.

Así se llama.

*

Luana la miró.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé.

Solo... lo sentí.

En un rincón donde no suelo entrar.

*

Lefuan extendió una mano.

No pidió.

Solo ofreció.

Y Goucha la tomó.

*

Bajo la lluvia, sin palabras,

los tres se abrazaron.

No como unidad política.

No como escándalo de corte.

Ni siquiera como triángulo.

Sino como algo más antiguo.

Como raíces entrelazadas bajo una misma tormenta.

*

Esa noche, en la cámara del ala norte,
los tres compartieron el lecho.

Luana tomó la iniciativa.

Desató el nudo de su vestido sin pudor.

Mostró su cuerpo sin adornos, con la curva de la vida aún frágil.

Lefuan la besó sin prisa.

Como si la boca fuera un idioma nuevo que debía aprender.

Goucha no habló.

Solo se acercó.

Sus labios tocaron primero el cuello de Luana,
luego los dedos de Lefuan.

*

No hubo dominio.

No hubo urgencia.

Solo **presencia compartida.**

*

Los cuerpos se tocaron como si recordaran algo que no era de este tiempo.

Luana gimió suavemente al sentir a Lefuan dentro de ella.

Goucha apoyó su frente contra la espalda de la princesa,
acariciando su vientre mientras la otra temblaba de deseo.

*

Y cuando llegaron juntos,
no fue con gritos ni jadeos.

Fue con lágrimas.

Con el pecho desnudo

y el corazón abierto como una herida que no dolía.

*

Después, cuando los tres yacían bajo la misma manta,
Luana susurró:

—No lo digamos a nadie.

—¿El qué? —preguntó Lefuan, ya medio dormido.

—Que por un instante...

el mundo no pesaba.

*

Goucha, con los ojos abiertos, no dijo nada.

Pero **sonrió.**

Y la hija no nacida,

desde lo hondo,

soñó con un árbol que resistía la tormenta.

♦ Capítulo 7 – Sangre sobre las piedras

Subcapítulo 2: *La grieta bajo el mármol — Conflicto interno en la corte*

Los pasillos del palacio resonaban con palabras que no se decían en voz alta.

Los mármoles pulidos devolvían los pasos con eco.

Las estatuas, antes símbolo de continuidad dinástica,

parecían ahora vigías que presenciaban un juicio sin tribunal.

*

Tras el atentado, **la reina Arihén no habló por tres días.**

Ni con Luana.

Ni con Lefuan.

Ni con el Consejo del Fuego que pedía sesiones extraordinarias cada amanecer.

La corte interpretó ese silencio como una señal:

el poder estaba recalculando.

*

Los nobles comenzaron a agruparse en corredores oscuros, en bibliotecas sin testigos.

Ya no eran solo murmuradores.

Eran estrategas.

—El hombre es una grieta.

—Un imán para la destrucción.

—Donde pisa, la historia sangra.

*

En una de esas reuniones sin sello, la voz del Duque Marvall se alzó:

—Si el trono no lo aleja, lo hará el miedo.

Y si el miedo no basta...

entonces lo haremos nosotros.

*

Mientras tanto, **Lefuan no se defendía.**

No pedía audiencia.

No alzaba la voz.

Solo **observaba.**

Y su sola presencia en las cámaras de paso

hacía que los lacayos bajaran la vista.

No por respeto.

Sino por incomodidad.

*

Luana notó el cambio antes que nadie.

Sus conversaciones con los ministros comenzaron a volverse más rígidas.

Las frases eran más cuidadosas.

Los saludos más mecánicos.

Y cuando uno de los sumos contadores sugirió trasladar el ala familiar del palacio a los jardines laterales,
comprendió que empezaban a aislarla.

*

Ella no protestó.

Pero esa noche, en el comedor privado, dejó los cubiertos a un lado y dijo con la voz firme:

—Están cavando un pozo para él.

Goucha, sentada a su izquierda, preguntó sin rodeos:

—¿Y tú...?

Luana no respondió de inmediato.

Solo bebió agua.

Y luego dijo:

—Yo estoy atada al hilo que me dio esta vida.

No puedo soltarlo.

Pero no voy a ver cómo lo cortan mientras aún late.

*

Goucha entendió.

No preguntó más.

*

Lefuan llegó más tarde.

No había comido.

Traía ojeras profundas, la mirada cansada,
pero aún sin máscara.

Se sentó.

No habló.

Luana lo miró un largo rato,
como quien memoriza a alguien que tal vez deba perder.

Y entonces, sin pedir permiso,

apoyó su mano sobre la suya.

Él la apretó.

Fuerte.

*

En otra ala del palacio, la reina Arihén rompía su silencio.

Recibía al Alto Canciller y al Prelado de la Corte Solar.

Ambos hombres, uno vestido con tela escarlata y el otro con hábitos de lino blanco,
le presentaban un documento sellado con una flor negra.

—Queremos limitar su acceso a los archivos.

Y si fuera posible...

prohibirle asistir a nuevas ceremonias públicas.

Arihén los escuchó sin pestañear.

Y al finalizar, dijo solo una frase:

—Denle más acceso.

Ambos hombres parpadearon, atónitos.

—¿Majestad...?

—Denle más acceso.

Y más visibilidad.

Quiero que todos vean lo que hacen cuando tienen miedo.

*

Esa noche, un sirviente encendió por error una antorcha vieja en el pasillo del ala sur.
La llama iluminó una grieta sutil en el mármol del suelo,
invisible durante décadas.

No era profunda.

Ni peligrosa.

Pero ahí estaba.

Como un presagio sin palabras.

*

Y en lo alto de la torre norte,
Goucha, sin ser vista,
observaba la ciudad dormida.

No lloraba.

No rezaba.

Solo pensaba:

—El mundo se está rompiendo.

Y aún no hemos parido a la única que podría repararlo.

♦ Capítulo 7 – Sangre sobre las piedras

Subcapítulo 3: *El refugio entre tres — El vínculo secreto crece*

El jardín de las lunas estaba cerrado al público.

Nadie recordaba ya por qué.

Antiguamente, se decía que allí florecían las plantas que solo respondían a los eclipses.

Ahora era solo un rincón olvidado, entre muros altos y caminos tapizados de líquenes suaves.

Y esa noche, fue **refugio**.

*

Luana los llevó allí sin escolta.

No pidió permiso.

Solo apareció en la habitación de Lefuan con una lámpara tenue y la frase:

—Ven.

Y trae a Goucha también.

*

No preguntaron.

La siguieron por pasillos en sombra, escaleras sin eco, puertas que se abrían sin rechinar.

Los muros parecían cerrar los ojos al verlos pasar.

Y cuando llegaron al jardín,
no encontraron flores.

Ni fuentes.

Solo **una cama de hojas secas** dispuesta junto a una higuera ancestral.

*

Luana se sentó sobre las hojas.

Goucha, con timidez, se acucilló a su lado.

Lefuan tardó un poco más.

Como si le pesara aún la duda de si **merecía estar allí**.

*

La princesa no dijo nada.

Solo tomó la mano de cada uno.

—Aquí no somos roles —murmuró—.

Ni pactos.

Ni deberes.

Solo nosotros.

*

El silencio era perfecto.

Ni grillos.

Ni viento.

Y sin embargo, **hablaban**.

*

Lefuan la miró.
Su vientre se marcaba apenas en el lino.
La curva de la vida aún frágil,
pero firme como la luna cuando no quiere esconderse más.

Él extendió una mano, con lentitud,
como si pidiera permiso al destino.

Luana la recibió,
y la colocó sobre su piel.

—¿Sientes?

Él asintió.

—Es como si el mundo respirara desde otro lugar —susurró.

*

Goucha, en silencio, se acercó.
Apoyó su cabeza sobre el regazo de Luana,
y cerró los ojos.
Su mano rozó la de Lefuan.
No la sostuvo.
Solo... la encontró.

*

No hubo palabras.
No hicieron el amor esa vez.
No como otras veces.

Pero algo más íntimo ocurrió:

una rendición compartida.

*

Luana se inclinó y besó a Goucha en la frente.
Luego a Lefuan en la boca.
Larga, profundamente.
Y luego, sin prisa,
besó el vientre que llevaba dentro su hija.

*

—Ail —dijo—.
Ya estás entre nosotros.

*

Las lágrimas no fueron tristes.
Ni silenciosas.
Fueron necesarias.

*

Goucha fue la primera en quedarse dormida.
Lefuan la cubrió con su manto.
Luana se recostó entre ambos.
Y esa noche, por unas horas...
el reino no existió.

*

En el cielo, la luna roja descendió antes que de costumbre.
Los cronistas antiguos lo habrían llamado presagio.
Pero allí, en ese jardín oculto,
solo fue **una señal de que el tiempo concedía un respiro.**

*

Y bajo el manto de estrellas,
la hija aún no nacida
soñó con tres voces que la llamaban desde futuros distintos.
Y las reconoció a todas.
Como si fueran una sola.

♦ Capítulo 7 – Sangre sobre las piedras

Subcapítulo 4: *La sangre y la daga — Irisel enfrenta la verdad*

El viento del norte traía olor a ceniza.

No de fuego físico.

De **fuego ritual**.

Irisel lo reconocía.

Era el mismo que usaban los adoradores de Voltair en las excomuniones oscuras.

Ceniza de escritura quemada.

El gesto no era solo destrucción.

Era negación.

*

Los informes llegaban en fragmentos.

Ritos interrumpidos.

Altas profanados con sangre de corderos negros.

Simbolismos mezclados: luna tachada, tres cicatrices, un ojo ciego grabado al revés.

Nada cuadraba.

Todo resonaba.

*

Y entonces, llegó el informe más temido:

uno de los acólitos mayores del templo había desaparecido.

No escapado.

Desaparecido.

Sin portales.

Sin registro.

Solo una túnica doblada sobre el altar menor...

y una sola palabra escrita con el dedo en la cera:

"Dentro."

*

Irisel pidió silencio.

Cerró la cámara.

Y descendió sola a la **cripta de los juramentos rotos**.

*

Allí, ocultos tras sellos y plegarias que ya nadie recitaba,
se conservaban los registros de los desertores.

Pero ella no buscaba nombres.

Buscaba **símbolos**.

*

Pasó horas decodificando.

Comparando las marcas del atentado en la ceremonia,

los gestos de los niños que murieron,
los textos sin autor que circulaban entre los muros.

Y entonces, lo vio.

No era Voltnir.

Era algo más.

Algo que usaba los símbolos de Voltnir como una máscara...
pero que no adoraba la sombra.

Adoraba el silencio.

*

Ese hallazgo le heló la sangre.
Porque el silencio no era ausencia de sonido.

Era ausencia de forma.

*

Al anochecer, un cuervo la esperaba en su celda.
Sin sello.
Sin nombre.

Solo un mensaje, escrito en un lenguaje que solo ella reconocería:

“El relato arde.
Y no habrá reemplazo.
Solo vacío.”

*

Irisel convocó a sus seis agentes ocultos.

Uno no respondió.
Otro apareció muerto, con los ojos abiertos hacia el sol.

Los otros cuatro juraron lealtad,
pero lo hicieron con miedo.

—Esto ya no es política —dijo uno de ellos—.
Es algo más grande.
Algo sin rostro.

*

Irisel salió sola.

En la parte baja de la ciudad, junto a las ruinas del viejo teatro,
encontró a **Étan**, el acólito perdido.

Estaba desnudo, cubierto de símbolos pintados en barro.
Sus pupilas no enfocaban.
Pero su voz...

hablaba con precisión quirúrgica.

—El dios que viene no tiene nombre —dijo—.
Ni intención.
Solo propósito.
Él no quiere tu alma.

Solo **tu relato.**

*

Irisel lo escuchó en silencio.

Cuando terminó, no lo mató.

Tampoco lo arrestó.

Solo **lo abrazó.**

Y mientras él lloraba como un niño,
ella pensaba:

—Si no protegemos el lenguaje,
no quedará nada que valga la pena salvar.
Ni luz.
Ni sombra.
Solo ruido.

*

Esa noche, Irisel volvió al templo.

No rezó.

Solo afiló su daga,
y la enterró **en un libro sagrado ya vacío.**

—Que me juzgue Assil —susurró—.
Pero yo no dejaré que nos borren.

♦ Capítulo 7 – Sangre sobre las piedras

Subcapítulo 5: *El fuego en los archivos — La historia comienza a arder*

La Biblioteca de la Llama Interior era más antigua que el palacio.

Sus columnas de ónix, sus vitrales translúcidos,
y sus escalinatas que descendían doce pisos bajo la tierra,
guardaban no solo textos.

Guardaban los relatos que le daban sentido al mundo.

*

Esa noche, no había luna.

Solo el murmullo de hojas.
De las que aún no ardían.

*

Los guardianes del archivo notaron la intrusión tarde.

El fuego no comenzó con llamas.
Comenzó con un encantamiento susurrado en un dialecto olvidado.

Las palabras exactas no sobrevivieron.
Solo sus efectos:

tinta que se invertía,
pergaminos que se volvían ceniza sin arder,
libros que olvidaban sus propios títulos.

*

Cuando Irisel llegó, ya era demasiado tarde.

Cinco pisos estaban colapsados.
El aire olía a cera quemada y humo de tiempo.

Ella descendió con pasos lentos,
como si caminara sobre huesos.

*

Lefuan la encontró en el nivel nueve.

Estaba de pie,
ante un códice que aún resistía.

Uno sin título, sin autor,
con tapas de cuero negro sin símbolo alguno.

—¿Qué es eso? —preguntó él.

—No lo sé —dijo Irisel—.

Pero no lo pueden tocar.

*

Él se acercó.
Extendió la mano.

El libro vibró.

Y luego se abrió.

Por sí solo.

Mostró un único fragmento:

“Vendrá uno sin raíz ni rama.
Traerá la chispa que no enciende,
sino que revela lo que ya ardía.”

*

Lefuan sintió algo moverse en su pecho.

No un recuerdo.

No una emoción.

Un eco.

*

En otro extremo del archivo,
Goucha halló entre los escombros un objeto pequeño:
un trozo de vidrio negro,
curvado como una luna rota.

Lo tomó con ambas manos.

Y sin saber por qué,

lo sostuvo contra su frente.

El objeto estaba caliente.

Pero no quemaba.

Resonaba.

*

Más tarde, cuando todos se retiraban,
una figura encapuchada arrojó un segundo conjuro.

No fuego esta vez.

Olvido.

Un círculo de silencio se expandió por los niveles inferiores.

Todo lo que allí se había guardado

—nombres, fechas, tratados, mapas, genealogías—

se borró.

No solo físicamente.

De la memoria.

*

El fuego fue solo una distracción.

La verdadera arma había sido el **vacío.**

*

Esa noche, el Consejo se reunió sin convocatoria formal.

Arihén habló por fin:

—No estamos ante fanáticos.

Estamos ante **reescritores**.

Y si no actuamos pronto...
no seremos derrotados.
Seremos **corregidos**.

*

Fuera del palacio, el pueblo lloraba la pérdida.
Pero no de los libros.
De lo que esos libros **sostenían**.

Historias de origen.
De sentido.
De orden.

Y ahora, como en un incendio real,
cada uno empezaba a inventar su propia versión de las cenizas.

*

Esa misma noche,
Luana sintió a Ail moverse con fuerza por primera vez.
Apoyó ambas manos sobre su vientre.
Y susurró:

—No te daré certezas.
Solo un nombre.

Y te lo diré tantas veces...
que nadie pueda borrarlo.

*

Y así lo hizo.
Una, dos, tres veces.
“Ail.
Ail.
Ail.”

Como si escribirla sobre la carne bastara
para que **la historia** no muriera.

♦ Capítulo 7 – Sangre sobre las piedras

Subcapítulo 6: *Entre los escombros — Lo que aún puede salvarse*

El salón de los tapices estaba en silencio.

El fuego de los candelabros chisporroteaba como si temiera hablar.

Arihén y Lefuan estaban solos.

No como reina y consorte.

No como enemigos ni aliados.

Solo como **dos figuras que habían apostado todo... y comenzaban a contar pérdidas.**

*

La reina sirvió dos copas de vino de safrán.

Una tradición reservada para funerales.

—Mi esposo me decía —comenzó ella sin mirar—, que el trono es un espejo que solo refleja bien cuando sangras frente a él.

Lefuan no respondió.

Solo bebió.

*

—Si yo muero —continuó ella—, que mi hija te sobreviva.

Él alzó la mirada, ahora fija.

—Eso no deberías decirlo.

—Lo sé. Pero esta no es una conversación para hacer lo correcto.

*

Afuera, el viento movía los tapices con furia contenida.

La escena de la fundación de Naorhal se agitaba como si quisiera huir de sí misma.

*

—No quiero tronos —dijo Lefuan.

—Lo sé —respondió ella—.

Pero aún así, todos te miran como si ya lo sostuvieras.

*

Goucha, en otra ala, observaba el objeto que había recuperado en los archivos.

El fragmento de vidrio negro ahora palpitaba con un calor tenue.

Cada vez que lo acercaba al pecho, **sentía algo moverse dentro de ella.**

No miedo.

No certeza.

Algo más... antiguo.

*

Y en la torre norte, **Luana escribía cartas.**

A sus ministros.

A sus soldados.
A su hija aún no nacida.
Cartas que no serían enviadas.
Pero que **debían existir.**

*

Esa noche, cuando Lefuan volvió a sus aposentos,
la encontró esperándolo en el umbral.
Descalza.
Con una túnica azul claro, los cabellos recogidos, los ojos abiertos.
No dijo nada.
Solo le tendió la mano.

*

Entraron juntos.
No había fuego.
Ni música.
Solo el murmullo del viento golpeando las cristaleras altas.
Luana se desvistió sin ceremonias.
Lefuan la contempló como si no supiera si debía acercarse.
Como si fuera la última vez...
y no supiera **si debía arriesgarse a recordarla así.**

*

Ella lo ayudó a quitarse la capa.
La camisa.
La duda.
Y cuando sus cuerpos se encontraron,
no fue con hambre.
Fue con lentitud.
Con precisión.
Con amor que no prometía mañana.

*

Luana se acostó sobre él.
Sus vientres se alinearon.
Ail se movió entre ambos.
—¿Lo sientes?
—Sí.
—¿Y te duele?
—No.
—Entonces... deja de resistirte.

*

Hicieron el amor con silencios,
con respiraciones entrecortadas,
con besos que no eran suaves,
pero sí sinceros.

Y cuando terminaron, no se separaron.

Se quedaron así, envueltos uno en otro,
como si el mundo pudiera quemarse...
y ellos resistir con solo estar tocándose.

*

—¿Y si todo se rompe mañana? —susurró él.

—Entonces esta noche será lo que intente recordar
cuando ya no quede nada.

*

Goucha, desde su cuarto, no dormía.

Escuchaba el viento.

Y en sus sueños...
veía **a Luana caer.**

Una vez.

Otra.

Y otra más.

Cada vez distinta.

Cada vez inevitable.

*

Y comprendió, sin palabras,
que algo estaba mal.

Que alguien —o algo—
estaba **probando posibilidades.**

Y ninguna...

dejaba vivir a Luana.

♦ Capítulo 8 – La caída de la luz

(Donde el amor ya no basta y el tiempo comienza a llorar hacia atrás)

Subcapítulo 1: Los pasos sellados — Últimos días antes del final

- Luana sueña una y otra vez con su propia muerte, en múltiples formas. Goucha tiene los mismos sueños, pero nunca se lo dice.
 - Lefuan percibe algo extraño en el aire: el tiempo parece repetir gestos, frases, sonidos. Ail pateo cada vez que esto ocurre.
 - La reina Arihén da un último discurso público: se siente el fin de una era, aunque no se dice con palabras.
 - Lefuan intenta convencer a Luana de marcharse fuera del palacio por un tiempo. Ella se niega: “Soy hija del sol. No puedo huir de mi sombra.”
-

Subcapítulo 2: La sangre sobre el altar — El asesinato de Luana

- Durante una ceremonia religiosa simbólica para presentar el embarazo de Ail a los dioses, un atentado cuidadosamente orquestado se ejecuta.
 - Uno de los pretendientes rechazados, bajo la influencia de la secta, apuñala a Luana en pleno altar.
 - Goucha salta para protegerla, pero llega segundos tarde. Irisel elimina al atacante de inmediato.
 - Lefuan carga el cuerpo de Luana en brazos. No grita. Solo repite su nombre, una y otra vez.
 - El templo entero queda mudo. Las velas se apagan solas.
-

Subcapítulo 3: El parto imposible — Ail nace entre ruinas

- Luana no sobrevive, pero su cuerpo entra en un estado entre vida y muerte por efecto del vínculo con Ail y un hechizo que nadie reconoce.
 - Goucha, Irisel y una sanadora desconocida (Mira) ayudan en un parto que parece imposible: el alma de Ail **resiste** la muerte de su madre.
 - Ail nace con los ojos abiertos. Mira directo a Lefuan.
“Te encontré”, dice.
Pero nadie la oye —solo él.
 - En cuanto la niña llora por primera vez, una grieta aparece en el suelo del altar:
es una fractura del tiempo.
-

Subcapítulo 4: La primera repetición — Lefuan intenta retroceder el tiempo

- Hundido en el dolor, Lefuan va al Templo de la Llama sin nombre. Exige hablar con los dioses. Nadie responde... excepto una presencia fría que **ofrece devolver el tiempo solo en parte**.
 - Lefuan acepta. Vuelve atrás... pero solo hasta antes del atentado. Ail aún está por nacer.
 - Esta vez, el asesino cambia de rostro. La trampa es distinta.
Luana muere de nuevo.
 - Lefuan grita. Ruega. Vuelve al templo. Retrocede otra vez.
 - Tercer intento. Cuarto. Quinto.
-

Subcapítulo 5: La fractura — El inicio del Arco 2

- Irisel empieza a notar que **los días cambian sutilmente**. Frases que ya escuchó, heridas que se reabren sin explicación.
- Goucha despierta con la misma imagen una y otra vez: Ail, en brazos de Lefuan, llorando bajo la lluvia.
- Lefuan, al borde del colapso, **renuncia a su propia cordura**. Acude a Naeliz. Suplica volver atrás... no al día del atentado, **sino al momento antes de conocer a Luana**.
- Pero hace un único pedido:
“Rescata el alma de Ail.
Hazla nacer en cualquier línea.
Pero que nazca.
Que me recuerde. Aunque yo no la recuerde a ella.”

Naeliz **acepta**.

Y el tiempo se vuelve **luz rota**.

♦ Capítulo 8 – La caída de la luz

Subcapítulo 1: *Los pasos sellados — Últimos días antes del final*

El sol no amaneció ese día.

No porque estuviera nublado.

Ni por conjuro alguno.

Sencillamente...

el sol tardó.

*

Luana lo notó desde su balcón.

Envuelta en una capa ligera, descalza, con el cabello recogido de forma sencilla.

Ail se movía dentro de ella con insistencia.

—¿También lo sientes? —susurró al vientre—.

¿Ese retardo...?

Puso ambas manos sobre la curva de su vida.

Y cerró los ojos.

*

Cada noche soñaba con su muerte.

A veces era en el altar.

Otras, en los jardines.

Una vez, **ahogada.**

Otra, **desnucada al caer por una escalera de mármol.**

Y lo peor no era el sueño.

Era que, al despertar, recordaba cada detalle.

El cuchillo.

El rostro del asesino.

La ausencia de palabras.

*

Goucha soñaba lo mismo.

Nunca se lo dijo.

Solo la observaba dormir, abrazada a ella por detrás, con una mano sobre su vientre, y otra aferrada a la sábana como si pudiera impedirle irse.

*

Lefuan ya no dormía.

Pasaba horas en silencio,

sentado frente a libros que no le decían nada.

A veces los leía en voz alta, como si hablar en voz alta pudiera anclarlo a este tiempo.

Otras veces...

simplemente salía al balcón,

y contaba cuántas veces las antorchas del palacio **parpadeaban en sincronía.**

Demasiadas.

*

El día en que el sol tardó, Lefuan se acercó a Luana.

Ella no lo escuchó entrar.

Solo sintió su brazo alrededor de la cintura,
y su frente apoyarse en su espalda.

—No sé cómo, Luana.

Pero algo se está torciendo.

No aquí...

En el hilo.

Ella no preguntó.

Solo dijo:

—Lo sé.

*

En el patio de entrenamiento, Irisel repetía la misma secuencia de movimientos por sexta vez.

Cada vez, con una ligera variación.

Cada vez, con la sensación de que **ya había entrenado esa exacta secuencia... esa mañana.**

Pero los cronómetros sagrados no mostraban error.

Y aún así...

cada vez que su daga terminaba en el aire,
una flor blanca caía al suelo.

La misma flor.

Una y otra vez.

*

Arihén convocó a los suyos.

Les habló desde el estrado de la Llama Silente.

No anunció guerra.

No condenó enemigos.

Solo dijo:

—Este reino ha vivido tantas versiones de sí mismo,
que quizás...
ya no sepa cuál es la verdadera.

*

En el ala sur, Goucha y Lefuan compartieron un desayuno tardío.

No hablaron de Luana.

Ni de sueños.

Ni de temores.

Solo de Ail.

Goucha acarició el vientre que no era suyo,
pero que **sentía como si lo fuera.**

—¿Crees que se parecerá a ti?

—Dioses, espero que no.

—¿Por qué?

—Porque yo soy alguien hecho de cortes.

Ella rió.

—Entonces esperemos que herede lo que aún no te rompieron.

*

Y por la tarde, cuando la brisa sopló por entre los corredores,
una melodía se escuchó en el aire.

Nadie la tocaba.

Nadie la cantaba.

Pero era la misma que se escuchó en la ceremonia del Cántico de la Continuidad...
la que terminó con una explosión.

*

Luana la oyó.

Goucha también.

Irisel se detuvo en seco.

Lefuan se giró hacia el balcón.

Y Ail...

pateó.

Fuerte.

Como si respondiera a un eco que aún no había llegado.

*

Ese día terminó con un atardecer rojo.

Las lunas no se alzaron a la vez.

Una llegó tarde.

La otra no apareció.

Y nadie lo mencionó.

Porque todos,

en el fondo,

sabían.

*

El final ya no se aproximaba.

Estaba esperándolos.

De pie.

Con la misma paciencia que tiene la luz cuando se va.

♦ Capítulo 8 – La caída de la luz

Subcapítulo 2: *La sangre sobre el altar — El asesinato de Luana*

El Templo de la Luz Renovada estaba lleno.

No por devoción.

Ni siquiera por curiosidad.

Sino por protocolo.

La princesa Luana presentaría oficialmente al reino la vida que crecía dentro de ella.

Ail.

La hija del futuro.

Heredera del linaje solar.

*

Las columnas estaban cubiertas de telas blancas.

El altar, decorado con ramas de azahar y fuego eterno.

Goucha caminaba tres pasos detrás de Luana.

Irisel, desde una galería alta, observaba sin moverse.

Lefuan, a la izquierda del trono de piedra, vestía sin armas.

Por respeto.

Por error.

*

La ceremonia comenzó con palabras suaves.

Un clérigo recitaba el Lamento de los Nacidos.

Luego, los votos de consagración.

Por último, la presentación de la madre ante los tres altares menores:

—El cuerpo.

—El nombre.

—El destino.

Luana se adelantó con la frente alta.

Sin temor.

Sin temblor.

Ail se movía dentro de ella.

Goucha respiraba al compás.

Lefuan sentía una presión en el pecho,

como si algo estuviera a punto de fallar.

*

Y entonces, ocurrió.

Un sacerdote joven, de rostro sereno y mirada baja,

se acercó con un cuenco de agua consagrada.

Pero el agua no era agua.

Era cristal líquido que brillaba en sombras.

Y la daga bajo su manga...

no era parte del rito.

*

Goucha lo vio.

Un segundo tarde.

Irisel saltó desde la galería.

Un segundo después.

Y en medio de todo eso,

Luana giró.

Y sonrió.

*

El cuchillo entró justo bajo la costilla.

Un solo golpe.

Profundo.

Silencioso.

La sangre cayó sobre las baldosas blancas.

Unas gotas llegaron al altar.

Y por un instante,

la luz misma pareció apagarse.

*

Lefuan gritó.

No una palabra.

Un rugido.

Corrió.

Cayó.

Se arrastró hasta ella.

Goucha sujetó al asesino por el cuello,

Irisel terminó el trabajo.

Pero ya era tarde.

*

Luana estaba en el suelo.

La túnica empapada.

Los ojos entrecerrados.

—No... —murmuró Lefuan—.

No, no, no...

Ella lo miró.

No con dolor.

Ni con miedo.

Con pena.

—Recuerda su nombre... —susurró—.

Aunque no recuerdes el mío.

*

Y murió.

No entre gritos.

No entre luces.

Sino con el silencio exacto que tiene el amanecer cuando se equivoca de día.

*

Goucha cayó de rodillas.

Irisel se quedó de pie, respirando como si acabara de atravesar una batalla que no se libró con armas.

*

Las velas del templo se apagaron solas.

Una a una.

Los asistentes no lloraban.

Ni huían.

Solo observaban.

Porque **algo se había roto...**

que no se podía reparar.

*

En el vientre, Ail aún se movía.

Como si se resistiera.

Como si su existencia no estuviera lista para rendirse.

*

Lefuan tomó el cuerpo en brazos.

La sangre le empapaba los antebrazos.

La túnica.

El alma.

Y sin decir nada,

salió del templo.

*

Ese día, no hubo decretos.

Ni anuncios.

Pero la historia **cambió de dirección.**

Como un río que, de pronto, descubre que hay otra manera de llegar al mar.

♦ Capítulo 8 – La caída de la luz

Subcapítulo 3: *El parto imposible — Ail nace entre ruinas*

El cuerpo de Luana no sangraba ya.
No respiraba.
Y, sin embargo...
seguía tibio.

*

Lefuan la había llevado hasta la cámara de mármol blanco en la Torre de las Benditas, el lugar donde nacían los herederos del trono desde hacía trece generaciones.

El suelo aún estaba limpio.
La camilla no había sido preparada.
Nada estaba listo.

Y aún así, Goucha lo supo apenas cruzó la puerta:
Ail quería nacer.

*

—Está viva —dijo Goucha, arrodillada junto al cuerpo de la princesa—.
Pero no por Luana.
Ella... ella ya no está.
—¿Entonces qué la mantiene?
—No lo sé. Pero se aferra.

*

Irisel apareció detrás.
No preguntó.
Solo trajo a **Mira**, la sanadora de la taberna,
la misma mujer que tiempo atrás había cuidado de Goucha cuando estaba rota.

Mira no se sorprendió.
Solo tocó el vientre.
Cerró los ojos.
Y murmuró:

—Esto no es parto.
Es **una fractura.**

*

Goucha apartó la túnica empapada.
El vientre de Luana se movía con lentitud, como si algo desde dentro buscara abrirse camino
contra las reglas.

Lefuan sujetaba la mano de Luana.
No hablaba.
Solo la miraba como si la voluntad fuera suficiente.

*

Mira, con manos firmes, indicó qué hacer:

—Tú, Irisel, sujeta las piernas.
Goucha, ven conmigo.
Tú, forastero... no la sueltes.

*

Comenzaron.
No hubo gritos.
Ni contracciones naturales.
El cuerpo no cooperaba.
Pero **Ail sí.**

*

El aire se volvió denso.
Las antorchas se apagaron una a una.
Una grieta apareció en el techo.

Y entonces...
la cabeza surgió.

Una niña.
Piel pálida.
Cabellos oscuros.
Ojos abiertos.

Completamente abiertos.

*

Goucha la sostuvo en brazos.
Y antes de que pudiera envolverla,
la niña giró la cabeza...
y miró a Lefuan.

Directo.

Sus labios se movieron.
Una palabra apenas audible.

—Te encontré.

*

Lefuan se quedó inmóvil.
No podía haberlo oído.
Pero **lo oyó.**

Lo supo.

Sintió como si algo muy antiguo y muy íntimo
acabara de decirle que **no estaba solo en el tiempo.**

*

La niña lloró entonces.
Una vez.
Aguda.
Limpia.

Y justo en ese instante...
el suelo crujió.

Una grieta apareció desde la base de la camilla
hasta el mosaico central de la sala.

Nadie cayó.
Pero todos lo sintieron.

El velo había temblado.

*

Lefuan abrió los ojos.

Estaba de pie.
Solo.

La luz entraba a través de las celosías del pabellón norte.
Oía a incienso suave, a flores blancas recién dispuestas en los corredores.

Se miró las manos.
Limpias.
Sin sangre.

El manto que llevaba...
no era el mismo.

Era anterior.

*

Al fondo, oyó una voz.
Clara.
Firme.

—¿Así que estás despierto por fin?

Giró con lentitud.

Luana.

De pie.
Viva.

Con la sonrisa tranquila de quien aún no sabe que el mundo puede romperse.

—Te dormiste en mi habitación —dijo ella, acercándose—.

Pensé que no te ibas a despertar a tiempo para mañana.

Lefuan no respondió.

Solo la observó.
La piel viva.
Los labios intactos.
Los ojos que aún no habían llorado.

El vientre aún no tan prominente.

—¿Qué... día es hoy?

Luana lo miró, extrañada.

—El día antes de la ceremonia.

¿Te sientes bien?

*

Lefuan tragó saliva.

—Sí.

—Mentiste —susurró para sí mismo.

*

Luana le rozó el rostro con la yema de los dedos.

—Ail no ha dejado de moverse desde el amanecer. Creo que está tan nerviosa como yo.

Él la tomó de la mano, sin decir palabra.

Y en su pecho,
donde el dolor había crecido como un nudo irreversible...
ahora latía otra cosa:

el miedo de no saber por qué todo estaba de nuevo como antes.

*

La luz entraba igual.

Los sonidos eran los mismos.

Y sin embargo, cada partícula del aire...

le decía que esto no era el mismo mundo.

Era otro ciclo.

Otro intento.

Una nueva línea.

*

Y aunque no podía explicarlo,

ni aún a sí mismo,

Lefuan supo en ese instante:

“No es un sueño.

No es un recuerdo.

Es...

un nuevo comienzo.”

Y la hija, aún en el vientre,

pateó.

Como si también lo supiera.

♦ Capítulo 8 – La caída de la luz

Subcapítulo 4: *Donde aún respira el bosque — El intento de escape*

El amanecer llegó sin grietas.

Luana despertó con el canto de las aves del jardín interno,
el mismo que había escuchado cientos de veces.

Pero esa mañana, **no sonaba igual.**

Goucha no dormía.

Sentada en el alféizar, miraba la ciudad aún en penumbra.

—¿Sientes eso? —preguntó.

Luana negó con la cabeza.

—No. ¿Qué?

—El silencio... antes del error.

*

Lefuan no desayunó con ellas.

Cuando llegó, llevaba consigo una bolsa de viaje,
y en los ojos, **algo que no había mostrado nunca: urgencia sin explicación.**

—Nos vamos —dijo.

Luana lo miró, desconcertada.

—¿A dónde?

—A la villa del sur. La antigua residencia de verano.

Sin corte.

Sin protocolos.

Sin amenazas.

—¿Y por qué ahora?

Lefuan no respondió.

*

—¿Qué está pasando? —insistió Luana, firme.

—No puedo explicarlo —dijo él, en voz baja—.

Pero si nos quedamos... algo malo pasará.

*

Goucha lo miró.

Y por un instante, supo.

No qué.

No cómo.

Pero lo supo.

*

Luana, en cambio, negó con suavidad.

—No podemos huir de un palacio... por un presentimiento.

—No es un presentimiento.

—Entonces dime qué es.

Lefuan guardó silencio.

La miró como si ya la hubiera visto morir.

Y eso bastó.

*

Partieron esa misma tarde.

Tres caballos.

Una escolta mínima.

Irisel los vio partir desde la muralla este.

No preguntó.

No intentó detenerlos.

Solo dijo:

—Ahora... el resto es mío.

*

En la capital, la reina Arihén autorizó a Irisel a interrogar **al asesino del ciclo anterior**, capturado antes de que pudiera actuar en esta nueva línea.

Estaba encerrado en una celda sin luz.

Aislado.

Mudo.

No hablaba.

No comía.

No parpadeaba.

Irisel lo observó durante horas.

—Sé que no eres el mismo de antes.

Pero sé que ya lo hiciste.

El hombre sonrió.

—¿Lo hice... o me hicieron?

—¿Quién?

—El silencio.

*

Ella no lo mató.

No aún.

Pero esa noche, ordenó cerrar todos los accesos mágicos al templo.

Y comenzó a leer los textos prohibidos que, hasta ahora, había temido tocar.

*

Mientras tanto, en el sur...

La villa era un oasis de otro tiempo.

Hiedra en las paredes.

Cisnes en los lagos.
Caminos de piedra blanca cubiertos de hojas secas.

Luana caminaba descalza.
Goucha reía con las doncellas.
Y Ail... se movía tranquila en su vientre.

*

Lefuan pasaba horas en la galería, sin hablar.
Solo **respiraba**.

Y cada noche, al mirar el rostro dormido de Luana,
pensaba:

—Esta vez... tal vez...

sí.

*

Nadie los buscaba.
Nadie los traicionaba.
Nadie moría.

Por primera vez en lo que sentía como vidas enteras...

nada caía.

*

Y Lefuan empezó a creer —aunque fuera un poco—
que el hilo se podía atar distinto.

♦ Capítulo 8 – La caída de la luz

Subcapítulo 5: La semilla y la luna

Había paz, por primera vez en mucho tiempo.

Lefuan no sabía cuánto duraría, pero por ahora, se dejaba caer en ella como en una hamaca tibia. Lejos del trono, de los ojos del clero y de las intrigas palaciegas, vivía con Luana en una villa discreta, rodeada de fuentes cantoras y jardines encantados que florecían a la voluntad de la princesa.

Los días eran largos. Las noches, suaves.

Goucha cuidaba de la casa con la eficiencia silenciosa de una sombra fiel, pero cada tanto, dejaba que una sonrisa se le escapara al verlos reír.

Y entre ellas, como una hebra invisible, se movía Tala: la joven tejedora que había seguido a Luana desde la capital, encargada de ropas, remiendos... y de guardar los secretos sin nombre.

El embarazo avanzaba como una danza de lunas: delicado, magnético.

Luana, altiva incluso con la barriga redondeada, se dejaba acariciar el vientre con la altanería de una reina y la ternura de una niña.

—Va a ser hija de las dos lunas —decía con orgullo—. Concebida bajo su alineación. Y nacerá cuando ambas se abracen de nuevo.

Goucha, sentada junto a ella, le cepillaba el cabello y asentía sin hablar.

Tala cosía en una esquina, sin alzar la mirada, pero sus dedos se detenían cada vez que Ail pateaba. Como si ella también lo sintiera.

Había algo sagrado en esa espera. Lefuan lo sentía incluso en su propio cuerpo, aunque no pudiera explicarlo.

La conexión entre las tres almas era algo más que amor. Era una sinergia emocional viva.

Cuando Luana sentía dolor, Goucha lo anticipaba.

Cuando Goucha se emocionaba, Lefuan lo percibía.

Cuando Lefuan tenía pesadillas, ambas despertaban.

Y Tala, la silenciosa, bordaba sin preguntar. Como si ya hubiera vivido este momento muchas veces.

—Esto es magia antigua —dijo un día Goucha—. No fue creada. No fue enseñada. Sólo... es.

Él no respondió. Solo se quedó mirando el fuego, sabiendo que tenía razón.

*

La noche del parto fue anunciada por un fenómeno inusual: ambas lunas descendieron más de lo normal, colgando del cielo como si quisieran espiar por las ventanas.

Luana gritó su dolor sin vergüenza.

Goucha la sostuvo con fuerza felina.

Lefuan, contra todo pronóstico, fue quien recibió a la criatura, con las manos temblando y el corazón galopando como si fuera a quebrarse.

—Una niña... —dijo, sin aliento.

—Ail —respondió Luana con los labios partidos por el esfuerzo—. Se llamará Ail.

Como el susurro de una estrella que no se apaga.

La niña no lloró.

Solo los miró con ojos de un color indefinido, entre el gris y el violeta,
y soltó un sonido breve...
una especie de canto suave, como un murmullo que no pertenecía a este mundo.

Tala la envolvió con la manta que había tejido en silencio durante semanas. Ni una palabra. Solo un leve asentimiento al pasarle la criatura a Goucha. Como si supiera que su oficio no era hablar... sino sostener lo que los demás aún no comprendían.

Goucha la sostuvo por turnos. Su cuerpo temblaba. Una parte de su alma se había fundido con la recién nacida.

—Está marcada... —murmuró, con los ojos húmedos—. Por Naeliz. Por algo más grande que nosotros.

Lefuan la miró. Y por primera vez, lo sintió.
Un ancla.
Un motivo.
Un vértice desde el que podía redefinir toda su existencia.

Ya no era un heraldo.
Ya no era solo un extranjero.

Era padre.

*

Durante los días que siguieron, la villa se llenó de música callada, aromas dulces y risa.
Ail crecía rápido. Su mirada lo perforaba todo.
A veces, parecía ver cosas que no estaban allí.
O anticiparse a los pasos de los demás.

Goucha lo confirmó:

—Ail está ligada al tejido del tiempo. No es normal.

—¿Crees que es por mí?

—No. Creo que es por ella misma. Como si Naeliz... la hubiera moldeado con intención.

Tala, desde el umbral de la habitación, no dijo nada.

Solo hizo una última puntada y se retiró, dejando tras de sí una tela bordada con dos lunas entrelazadas y una estrella dormida en medio.

Nadie le había dicho qué coser.

Pero bordó exactamente lo que debía.

Lefuan no sabía si sentirse bendecido o temeroso.

Pero nada de eso importaba.

No en ese momento.

Porque esa era su familia.

Y por primera vez, se sintió completo.

Sin saber que el precio por esa completitud ya estaba inscrito en las estrellas.

♦ Capítulo 9 – El cuaderno que no arde

(Donde el tiempo se escribe con sangre y se corrige con fe)

Subcapítulo 1: El cuaderno negro — El hallazgo que no debía sobrevivir

- Lefuan encuentra en sus ropas el cuaderno negro recogido en la biblioteca durante el incendio (Capítulo 7).
 - El cuaderno está vacío, pero cuando lo abre... **una frase aparece sola, la misma que vio entonces:**
“Vendrá uno sin raíz ni rama...”
 - Al escribir por primera vez en él, Lefuan se da cuenta de que **la tinta vibra**, y que lo escrito **permanece entre ciclos**.
 - Decide utilizarlo como **bitácora de los intentos** para salvar a Luana. Cada muerte, cada error, cada cambio, cada día alterado... todo lo registra con una precisión casi ritual.
 - Se vuelve su única certeza. Su única memoria fiel.
-

Subcapítulo 2: El mapa del dolor — Los ciclos se repiten y Lefuan los esquematiza

- Se muestran varios ciclos narrativamente en modo fragmentado: distintos métodos, diferentes asesinos.
 - Cada intento se registra en el cuaderno, con líneas, signos, dibujos, código propio.
 - Lefuan desarrolla un sistema que le permite reconocer en qué ciclo está... por marcas, símbolos y gestos.
 - Ail, desde niña, comienza a intuir **cuándo el ciclo se ha reiniciado**. Sus dibujos cambian. Deja flores en los mismos lugares. Mira a Goucha y le dice: “Hoy no mueres tú... todavía.”
-

Subcapítulo 3: Ail, la hija del tiempo — Conciencia que no olvida

- Ail madura más rápido que lo normal, no en cuerpo, sino en presencia. Sus ojos cargan demasiado para una niña.
- Tiene recuerdos que no puede explicar: conversaciones que no pasaron en este ciclo, juegos que nadie jugó, gritos que aún no se dieron.
- En una escena clave, Ail toma el cuaderno sin permiso y dibuja a su madre **muriendo de cinco formas distintas**.
Lefuan le pregunta: “¿Dónde viste esto?”
Ella responde: “**No lo vi. Lo recuerdo.**”
- Ail llora dormida. A veces murmura nombres que Lefuan nunca ha oído... pero que, más tarde, aparecen como asesinos en nuevos ciclos.

Subcapítulo 4: La fractura en Ail — Cuando la niña empieza a romperse

- Ail ya no es del todo niña. Ni del todo humana. Empieza a manifestar visiones involuntarias, a veces habla con Luana antes de que muera, como si supiera qué decirle para que no tenga miedo.
- En una escena íntima, Ail le dice a Lefuan:

“No quiero seguir viéndola morir. Pero si dejo de mirar... tú también dejas de escribir.”
- Lefuan, destrozado, comienza a preguntarse si el cuaderno es un espejo o una jaula.
- En una noche de desesperación, intenta quemarlo.
- El cuaderno no arde.
Solo cambia de color.

♦ Capítulo 9 – El cuaderno que no arde

Subcapítulo 0.5: *La sangre en la cuna*

La villa estaba envuelta en música.

Era el día del Equinoccio de las Lunas, una celebración menor en el calendario solar, pero significativa para Luana. La pequeña plaza de los dragones resplandecía con faroles colgantes, tambores de cuero vivo y danzantes vestidos con pigmentos estelares. Se escenificaba la antigua unión entre los pueblos de la luz y los hijos del cielo oscuro.

Luana insistió en asistir.

—No podemos escondernos siempre —le dijo a Lefuan mientras Tala ajustaba los broches de su vestido de viaje, bordado con lunas entrelazadas—. Ail ya tiene un nombre. Tiene derecho a ser reconocida.

—Y tú tienes enemigos —respondió él, con la mandíbula tensa, ajustando su cinturón aunque no llevara espada.

—También tengo una madre que finge no saber que existe mi hija. Quiero verla al menos una vez... como abuela. Aunque sea desde lejos.

Lefuan no insistió.

No podía.

Nadie ganaba una discusión con Luana cuando su mirada tomaba ese brillo obstinado de quien ya había decidido vivir... aunque el mundo se negara a dejarla.

*

La plaza vibraba con vida.

Ail iba en brazos de Goucha, envuelta en un velo de seda transparente que dejaba ver apenas sus ojos violetas, atentos y graves como si hubieran vivido siglos. El pueblo murmuraba al paso de la princesa, sin saber si debía aplaudir, arrodillarse o simplemente observar.

Lefuan iba al frente.

No sonreía.

Leía la multitud como si fuera un campo de guerra.

Pero no fue en la plaza.

No fue entre los cantos.

Fue después.

*

Regresaban por la calzada oeste, bordeando un canal donde los sauces se inclinaban con discreta melancolía. Luana caminaba a su lado, la mirada aún encendida por la risa de su hija.

—Ella dijo “dos” —comentó, alzando la ceja—. ¿Lo oíste?

—Lo oí —dijo Lefuan.

Y entonces lo oyó todo.

El susurro del acero en vuelo.

El zumbido que corta el aire antes que la carne.

El rugido de Goucha.

La sangre salpicándole el rostro como una pintura que nadie había pedido.

*

Luana cayó.

No gritó.

No alcanzó siquiera a comprender.

Solo se desplomó hacia adelante, con la expresión tranquila de quien no entiende por qué no puede dar el siguiente paso.

Una hoja curva y negra salía de su espalda, palpitando con el impulso del impacto.

Un arma maldita.

Forjada, quizás, con la desesperación de otro ciclo.

*

Goucha rugió.

Ail, milagrosamente ilesa, rodó por la hierba, el velo rasgado como ala rota.

Lefuan atrapó a Luana en el aire.

No sabía si sujetaba un cuerpo o un alma en fuga.

—No.

No, no, no...

La palabra le nació como un tambor seco en la garganta.

Se convirtió en latido.

—¡NO!

*

El atacante fue uno de los antiguos pretendientes.

Un noble menor, sin linaje fuerte ni causa real.

Había jurado restaurar el honor mancillado por una princesa que eligió mal, y por un “invocado extranjero” que “contaminó la sangre del sol”.

No vivió hasta el amanecer.

Goucha lo ejecutó con las cadenas de Ail.

No como justicia.

Sino como espejo.

Porque el vínculo con Luana se rompió en ella también.

*

En el funeral, Lefuan no lloró.

No aceptó condolencias.

No asistió al juicio.

No escuchó a la reina, que en privado lo llamó **"el hijo adoptivo de la tragedia"**.

*

Tomó a Ail en brazos.

Caminó con ella hasta el lago donde la había visto nacer.

Se arrodilló con la sangre seca de Luana aún en su túnica.

La niña temblaba, pero no lloraba.

Y entonces Lefuan habló.

No a los dioses.

No al cielo.

Al tiempo.

—No acepto esto.
No puedo aceptarlo.

Su voz tembló.
Se quebró.

—Si el tiempo puede doblarse, lo haré.
Si los dioses tienen reglas, las romperé.
Si tengo que perder mi alma, la perderé.

Ail le tocó la mejilla.
Con los dedos manchados de tierra.

—Ma...
Má...

Una palabra sin forma.
Un eco desde el centro de todas las versiones posibles.

*

Y entonces, ocurrió.

Una corriente de poder ancestral cruzó el suelo.
Las flores se cerraron al unísono.
Las aguas del lago se detuvieron.

El tiempo... esperó.

*

Y algo —en la raíz misma de la realidad—
se quebró suavemente.

*

Lefuan no lo vio.
Pero en su cuna vacía,
el cuaderno negro se materializó por primera vez.
Sobre el manto aún tibio.

Y en su primera página,
una sola frase escrita en tinta que no era tinta:

"Nadie la recordará tantas veces como tú."

♦ Capítulo 9 – El cuaderno que no arde

Subcapítulo 1: *El cuaderno negro — El hallazgo que no debía sobrevivir*

La lluvia caía con una delicadeza cruel.
De esas que no mojan del todo,
pero que hacen temblar los huesos igual.

Lefuan despertó solo.
La villa seguía intacta.
Ail dormía entre mantas de lino pálido,
y Luana aún respiraba como si la muerte no la hubiera tocado jamás.

Pero él... **sabía.**

*

Había algo diferente en sus manos.

Un objeto.

Pequeño.

Pesado.

Con tapa de cuero negro sin nombre, sin símbolo, sin origen.

El cuaderno.

*

Lo reconoció al instante.

Lo había tocado solo una vez,
en los niveles bajos de la Biblioteca de la Llama Interior,
antes de que el fuego consumiera los archivos.

Entonces, no había sentido más que un eco.

Una vibración sorda.

Ahora, lo sentía **latir.**

*

Lo abrió.

Página en blanco.

Pero tras unos segundos, en el margen inferior,
una línea de tinta surgió sola.

“Vendrá uno sin raíz ni rama...”

La misma profecía.

La que lo había elegido sin permiso.

*

Lefuan buscó una pluma.

La mojó con cuidado.

Y escribió:

Día 1 del ciclo.

Huimos al sur. Luana está viva. Ail aún no ha nacido.

No he dicho la verdad a nadie.

Esperó.

Nada cambió.

Pasó la página.

Escribió otra línea:

Si muere, retrocederé.

*

Entonces, algo nuevo ocurrió.

En la esquina de la hoja,
una palabra apareció sola.

“Ya lo has escrito.”

*

El aire se volvió más frío.

Lefuan cerró el cuaderno con fuerza.

Lo arrojó sobre la mesa.

Retrocedió un paso.

—No es magia —murmuró—.

Esto es... algo más profundo.

*

Durante días, lo observó.

El cuaderno no se abría por sí solo.

No se movía.

No hablaba.

Pero cuando Lefuan **pensaba** en escribir,
algunas frases aparecían antes de que su mano se moviera.

“Este ciclo será más largo.”

“Ail nacerá al anochecer.”

“No olvides la daga en el tercer estante.”

“No confíes en el vino del archivo oculto.”

*

No eran advertencias.

Eran recuerdos... de futuros **no vividos aún**.

*

Entonces comprendió.

El cuaderno **no registraba el pasado**.

Lo tejía.

*

Lo ocultó bajo su lecho.

Lo sacaba solo de noche.

Cuando todos dormían.
Cuando los ecos eran más claros.

Escribía con un trazo firme.
A veces como un soldado.
A veces como un padre.

Día 3. Luana preguntó si la amo.
No pude decir que sí. Tenía miedo de mancharlo con otra muerte.

Día 6. Ail pateó. Goucha lo supo antes. El vínculo persiste.

Día 7. Soñé que no recordaba su nombre. Ail me lo susurró dormida.

*

Lefuan no lloraba.
No gritaba.
Pero cada palabra escrita
era un clavo en su alma.
Y una cuerda para no soltarla.

A ella.
A su hija.
A la única constante.

*

Una noche, mientras escribía, Ail se levantó sola de su cuna.
Tenía los ojos abiertos.
No lloraba.

Se acercó hasta él.
Apoyó una mano pequeña sobre el cuaderno.

—Ese día no es hoy —dijo.

—¿Qué...?

Ella miró el texto recién escrito.

“Día 9. Ail cae de la torre. No muere, pero algo se rompe.”

—Ese día... no es hoy —repitió.

Y volvió a su cama.
Sin girarse.
Como si ya lo hubiera vivido todo.

*

Lefuan abrió la página anterior.
Leyó.
Tocó la tinta.

Estaba fresca.
Pero era antigua.

Y al dorso...
un nuevo mensaje, esta vez no escrito por él:

“Tú lo hiciste posible.

Ella lo hace inevitable.”

*

Desde entonces, Lefuan ya no escribió como quien recuerda.

Escribió como quien intenta prevenir.

Como quien ruega a las palabras que detengan el tiempo.

*

El cuaderno lo acompañaría siempre.

A veces escondido.

A veces perdido y luego encontrado.

A veces...

ya presente en la habitación antes de que él llegara.

Como si el libro también supiera.

Como si el libro también amara.

♦ Capítulo 9 – El cuaderno que no arde

Subcapítulo 1.5: *La tercera flor — El ciclo que no fue suyo*

Luana murió al amanecer.

Por primera vez, **no hubo asesino.**

Solo el aliento detenido.

El rostro sereno.

Los ojos cerrados para no despertar.

*

Tenía 27 años.

Ail, tres.

Lefuan se levantó antes del canto de las aves.

Fue al jardín donde ella dormía, recostada junto a un libro abierto y una manta bordada por Tala.

Y supo.

Antes de tocarla, lo supo.

La piel ya no temblaba.

El pecho no se alzaba.

Solo el silencio.

Un silencio distinto a todos los anteriores:

una renuncia que no era culpa de nadie.

*

Goucha lo sintió desde la cocina.

Dejó caer una taza que no se rompió.

No porque fuera fuerte.

Sino porque **ya había caído así muchas veces.**

*

Lefuan no gritó.

No lloró.

Solo se arrodilló.

Puso la frente sobre el vientre que una vez había contenido a Ail.

Y murmuró:

—Otra vez...

No era ira.

No era dolor.

Era **rendición.**

*

Esa noche, el mundo no se detuvo.

Las lunas salieron.

Los sirvientes barrieron hojas.

Las fuentes cantaron su canción de siempre.

Nada cambió.

Y eso fue lo peor.

*

Enterraron a Luana bajo un sauce blanco joven,
en la loma donde solía leer en voz alta los mitos estelares.

Tala bordó el sudario sin palabras.
Solo un hilo que daba vueltas en espiral.

Ail dejó sobre la tumba una piedra negra,
lisa y sin forma.

—Ella dijo que brillaría después —explicó—.
Cuando todo empiece de nuevo.

*

Esa noche, Lefuan abrió el cuaderno.

Ciclo 3.

Día 1.

No la protegí.

Día 1.

No la merezco.

Día 1.

No quiero continuar.

Día 1.

No debo existir.

*

Pero no fue él quien escribió la siguiente línea.

Apareció sola, en tinta azul oscura,
justo debajo de su desesperación.

“Tú no eres el que empieza de nuevo.
Ella lo es.”

*

Lefuan alzó la vista.
Ail dormía en la cuna.
El cabello oscuro caía sobre el rostro.
Los dedos recogidos, como protegiendo algo invisible.

Entonces lo entendió.

No era su amor lo que reiniciaba los días.

No era su promesa.

Ni su rabia.

Era la conciencia de Ail.

El alma que no permitía que su madre se extinguiera del todo.

Ella era la grieta.

La aguja.

La hija del tiempo.

*

Y él...

solo un testigo impotente.

Un hombre que la acompañaba,

como un farol desgastado que aún sabe arder.

*

La luna tembló esa noche.

Una de ellas.

Solo por un instante.

Y el cielo cambió de color.

Del azul al añil.

Del añil al gris.

Y luego...

de nuevo al principio.

♦ Capítulo 9 – El cuaderno que no arde

Subcapítulo 2: *El mapa del dolor — Cartografía de los ciclos*

Día 1 del Ciclo 4

*"Ail ha nacido. Luana respira. Irisel no sospecha nada.
Hoy no les contaré lo que sé.
Veremos si el silencio funciona mejor que la preparación."*

*

Día 5 del Ciclo 4

*Luana muere en el jardín del pozo. Flecha encantada.
Asesino no identificado.
Probablemente no actúa por voluntad propia.
La luz en sus ojos era blanca. Nunca vi eso antes.*

*

Ciclo 7 – No hubo ceremonia

Convencí a Luana de marcharnos antes.
Pasamos cuatro semanas en la aldea del suroeste.
Todo pareció funcionar.
Hasta que la niña de los cantos nocturnos apareció.
Luana la siguió.

La encontraron en la orilla, con el agua en los pulmones
y los labios pronunciando mi nombre.

**"Lefuan... no es tu culpa.
Pero tampoco es de nadie más."**

*

Ciclo 9 – El asesino era un niño

Tenía diez años.
No sabía por qué lo hacía.
Solo dijo:

"Una voz me dijo que si no la mataba, ella moriría muchas veces más."

Lo detuve.

Pero Luana enfermó.
Un veneno lento, introducido días antes en un perfume que Tala no logró interceptar.

*

Entrada marginal, sin fecha:

*"Salvarla no es suficiente.
Cambiar el entorno tampoco.
El destino no es una línea recta.
Es una red de equilibrios que se cobra sus deudas como el mar con los ríos."*

*

Ciclo 10 – Duró dos años

Luana no murió.

Ail creció.

Goucha sonreía.

Pero un día, al regresar de recolectar hierbas, encontré un mensaje tallado en la madera del umbral.

"ELLA NO ES DE ESTE MUNDO.

TODO LO QUE PERTENECE DEMASIADO PERTURBA EL HILO."

Esa noche, desaparecieron.

Todos.

Nadie los recordaba.

Solo yo.

Y el cuaderno.

*

Entrada codificada en dibujo:

[Un rostro dividido: mitad Luana, mitad máscara de mármol.

En la frente, una espiral partida.]

*

Ciclo 17

Luana pidió que no intentara salvarla.

Dijo que "quizá morir era el único acto con peso verdadero."

No pude permitirlo.

Rompí la promesa.

Ella murió **mirándome con lástima.**

Como si yo fuera un niño que no quiere entender que el fuego quema.

*

Día 8 del Ciclo 19

Reunión con Irisel.

Le conté parte.

No todo.

Ella dijo:

"Si estás atrapado, quizás no debas buscar la salida.

Solo el modo de usar la jaula."

No supe qué responder.

*

Día desconocido

Ail dibujó un calendario con 34 cruces.

Le pregunté qué era.

—Son los días en que mamá muere —dijo.

—¿Y cuántos días en que vive?

Ella me miró.

—Uno.

*

Anotación sin firma, sin fecha, sin mano humana:

“Cada ciclo recuerda al anterior, aunque finja no hacerlo.
El mundo no es tonto. Solo paciente.”

*

Lefuan, tras cerrar el cuaderno esa noche, miró a Ail dormir.

La niña se giró en sueños.

Y murmuró:

—Papá... hoy tampoco fue el día.

*

Y él supo que, sin importar lo que hiciera...

El ciclo siguiente ya estaba escribiéndose solo.

♦ Capítulo 9 – El cuaderno que no arde

Subcapítulo 3: *Ail, la hija del tiempo*

Ail no tenía edad.

Tenía **momentos**.

Algunos días despertaba con los ojos apagados,
sin hambre, sin palabras,
como si llevara años enterrando a su madre.

Otros, reía con la intensidad de una recién nacida.

Y al rato, tomaba la mano de Lefuan y le decía:

—Esta no es la primera vez que vivimos esto, ¿verdad?

Lefuan la sostuvo entre sus brazos, y por primera vez, notó algo nuevo en sus ojos: no era el brillo inocente de una recién nacida. Era una mirada cargada. Profunda. Como si su hija **recordara cosas que no debería poder recordar**.

—¿Estás... soñando? —susurró, incapaz de creer que hacía esa pregunta.

Ail balbuceó una palabra.

Sonó como:

“Otra...”

Él se congeló.

Luana no lo oyó. Goucha no estaba cerca.

Pero Lefuan supo que **algo dentro de Ail estaba despierto**.

*

Tenía cuatro años y ya no preguntaba “por qué”,
sino “¿cuándo otra vez?”

*

Cuando dibujaba, sus garabatos mostraban
escenarios que nadie le había enseñado:
el jardín del templo con el suelo roto,
una torre colapsada,
el rostro de Luana con distintos peinados y distintos ojos.
En uno... **sin ojos**.

Lefuan no corregía los dibujos.

Solo los fechaba.

Los pegaba junto al cuaderno.

Como si fueran mapas de un mundo que ya había perdido.

*

Goucha la cuidaba como una sombra dulce.

Pero Ail la miraba, a veces, con ternura...

otras con **culpa**.

—Tú también has muerto —le dijo una noche, con voz pequeña—.

Pero nunca tantas veces como mamá.

*

Ail no hablaba de la muerte con miedo.
Hablabla como quien repasa **un cuento que ya conoce,**
pero nunca termina igual.

*

Una tarde, mientras Lefuan escribía en el cuaderno,
Ail se sentó frente a él.

—Papá —dijo—, ¿tú me recuerdas... en todas?

—En todas —aseguró él, sin pestañear.

—¿Y si alguna vez... soy distinta?

—¿Lo serás?

—Ya lo fui.

*

No era una niña precoz.
No era sabia.
No era mágica, exactamente.

Era una acumulación.

De gestos.
De dolores.
De intentos.

*

Un día, Lefuan la encontró con el cuaderno abierto.

Había dibujado una figura con alas rotas.
Y a su lado, una palabra escrita con trazo infantil:

"Naeliz."

—¿Lo conoces? —preguntó él, apenas murmurando.

Ail alzó la vista.

—Naeliz está triste —dijo—. Porque yo sigo naciendo.
Y eso... **no debía pasar.**

*

Lefuan sintió algo en su pecho.
No dolor.
No miedo.

Algo que no tenía nombre.

*

Esa noche, Ail soñó en voz alta.

—No quiero ver morir a mamá otra vez —susurró.

Lefuan la abrazó.
Ella le devolvió el abrazo, pero sin cerrar los ojos.

—Papá...
si no la salvo yo,
¿quién la salvará?

*

Desde entonces, Lefuan dejó de escribir solo.

Cada mañana, Ail se sentaba junto a él.

Dibujaba.

Copiaba frases del cuaderno.

Escribía pequeñas notas al margen.

Y un día, mientras Lefuan dormía,
ella escribió sola:

“Papá está cansado.
Hoy yo recordaré por los dos.”

*

Y el cuaderno no borró esa frase.

No la corrigió.

La absorbió.

Como si la estuviera esperando.

♦ Capítulo 9 – El cuaderno que no arde

Subcapítulo 4: *El cuaderno que recuerda antes — El oráculo de tinta*

El cuaderno había sido su memoria.
Su refugio.
Su confesionario.

Ahora...
era algo más.

*

La primera vez ocurrió al alba.
Lefuan despertó, tomó el cuaderno y lo abrió para escribir una idea que había soñado.
Una advertencia sobre una escalera rota en el templo de los peregrinos.
Pero ya estaba allí.

“No pises el cuarto peldaño. Cederá.”

*

La letra era la suya.
La tinta, seca.
La fecha... del día siguiente.

*

No entendió.
No al principio.

*

Días después, intentó escribir sobre la posibilidad de que Goucha fuera atacada durante una patrulla.
Pero al abrir la página, encontró:

“Goucha no será atacada.
El agresor morirá antes de girar la esquina.
No lo detengas.
Ella lo necesita.”

*

Y así fue.
Un ladrón desesperado.
Una daga improvisada.
Goucha lo esquivó y **no** lo mató.
Lo **abrazó**.
Y él lloró.

*

El cuaderno no solo recordaba.
Empezaba a responder.
A interpretar.

A guiar.

*

Pero no era neutral.

No era mecánico.

Tenía intención.

Tenía... **juicio.**

*

Una noche, Lefuan quiso anotar algo inocente:

“Hoy Luana se rió mientras Ail perseguía mariposas. El día fue bueno.”

Pero cuando apoyó la pluma, el cuaderno escribió por sí mismo:

“¿Y si este es el último día bueno que tendrás con ella?”

*

Lefuan cerró el libro.

Lo arrojó lejos.

No volvió a tocarlo en tres días.

Durante ese tiempo, Ail se enfermó.

Fiebre.

Silencio.

Sudores fríos.

Luana lloraba.

Goucha no dormía.

Mira volvió a preparar sus tónicos antiguos.

Y el tercer día, Ail despertó con los ojos encendidos.

—Papá —dijo—, no debiste cerrar el libro.

Él... **me cuida también.**

*

Lefuan no preguntó cómo lo sabía.

Ya no preguntaba nada.

Solo abrió el cuaderno.

La página siguiente decía:

“Bienvenido de nuevo.”

*

En adelante, las páginas empezaron a llenarse **antes** de que él las buscara.

A veces, líneas vagas:

“Mañana lloverá aunque el cielo diga que no.”

“Irisel no vendrá, pero su sombra sí.”

“Hoy Ail aprenderá a mentir.”

*

Otras, frases casi poéticas:

“Luana está más cerca de ti cuando duerme,
porque en sueños aún no te ha perdonado.”

“Goucha no te ama como antes.
Te ama más.”

“Tala... recuerda todo. Aunque nunca hable de ello.”

*

Y un día, la frase más extraña de todas:

“Tu alma ya no te pertenece.
La cediste en el ciclo 3.
Este cuerpo es tu pago.”

*

Lefuan cerró el cuaderno con dedos temblorosos.

Lo miró como quien mira a un dios olvidado que ha regresado en forma de libro.

—¿Qué eres...?

El cuaderno no respondió.

Pero Ail, desde el marco de la puerta, dijo sin mirar:

—No es “qué”.

Es “quién”.

*

Y esa noche, Lefuan ya no escribió por voluntad.

Escribió por necesidad.

Como si al hacerlo... el mundo respirara mejor.

*

A veces, cuando no sabía qué anotar,
dejaba la página en blanco.

Y al regresar...

la página ya no estaba vacía.

♦ Capítulo 9 – El cuaderno que no arde

Subcapítulo 5: El funeral infinito

El número de muertes ya no lo sabía.

Había perdido la cuenta en algún punto entre la decimocuarta y la vigésima versión de la tragedia.

En algunas, el cuerpo de Luana yacía en el lecho.

En otras, en un jardín, un pasillo, un templo.

Había muerto dormida, envenenada, apuñalada, ahogada.

Había muerto incluso sin estar cerca de él.

Y Lefuan, después de tanto, **ya no lloraba.**

Ahora anotaba.

“Versión 21. Ingreso de asesino: fallido. Modificación del entorno: insuficiente.

Comportamiento de Ail: irregular, sensibilidad elevada.”

Los funerales eran rituales que repetía con eficiencia clínica: encontrar el cuerpo, elegir un lugar apartado, sellarlo con piedra, colocar una flor. Ni lágrimas, ni súplicas. Sólo método.

Ail ya no preguntaba por su madre.

A veces sí hablaba de "**las otras mamás**", como si recordara un teatro de versiones incompletas.

—Esta sonreía más —decía una vez—. Aquella no me tocaba. Otra me cantaba... antes de dormir.

Y Lefuan solo asentía, con una piedra en lugar del alma.

Ese ciclo, Lefuan decidió anticiparse al asesino.

No matarlo después.

Ni evitar el crimen.

Sino **prevenir el motivo.**

Estudió las biografías de cada posible agresor. Viajó, observó, investigó.

Uno era un noble frustrado por su humillación.

Otro, un sacerdote fanático.

Un tercero, un hermano bastardo de sangre real.

En común, todos habían estado vinculados con la corte.

Todos habían sido **reemplazados por él.**

Lefuan empezó a cazarlos antes de que sintieran rencor. Antes de que tomaran forma como enemigos.

El cuaderno de Lefuan ya no era un registro. Era una **obsesión rabiosa.**

Escribía en tinta mezclada con su sangre.

No dormía más de dos horas por ciclo.

Hablaba solo.

Y Ail... lo miraba cada vez más en silencio.

No con miedo.

Con compasión.

Un día, ella le trajo una flor. Una flor que él había colocado sobre el cadáver de Luana en una versión anterior.

—Esta es de antes, ¿no?

Lefuan la miró con una mezcla de ternura y terror.

—¿Dónde la encontraste?

—No la encontré. La recordé.

Y entonces comprendió.

Ail ya no era una niña.

No del todo.

La multiplicidad de líneas temporales estaba formando dentro de ella algo nuevo. Una conciencia tejida con fragmentos de todas sus madres, de todos sus duelos, de todos sus “yos”.

Una memoria sin tiempo.

Esa noche, mientras el fuego crepitaba, Lefuan sólo dijo en voz baja:

—He matado a hombres antes de que lo merezcan.

He enterrado a la mujer que amo más veces de las que puedo soportar.

Y he criado una hija que ya no debería existir.

Cerró los ojos.

—Y sin embargo... aún no me detengo.

Porque el dolor había dejado de doler.

Y eso era lo peor de todo.

♦ Capítulo 9 – El cuaderno que no arde

Subcapítulo 5: *La voz de la luna menor*

La villa estaba en silencio.

Era el cuatrigésimo ciclo.

Lefuan había dejado de contarlos.

Un detalle aparentemente irrelevante que Lefuan había provocado al alterar el calendario real en un ciclo anterior.

Y sin embargo...

algo en esa quietud le decía que esto era distinto.

Esto era el umbral.

*

Ail lo despertó al amanecer.

No con llanto.

No con voz infantil.

Solo estaba de pie, frente a su cama, con los ojos bien abiertos, las manos cruzadas como en plegaria... y una firmeza que no cabía en ningún cuerpo tan pequeño.

—Papá —dijo.

Lefuan se sentó lentamente.

—¿Sí, pequeña?

Ella no se acercó.

Se sentó a su lado, como quien va a declarar algo que ha ensayado durante muchas vidas.

—No puedes salvarla si me salvas a mí.

*

Él no respondió enseguida.

Ya no se sorprendía de que hablara así.

Solo le dolía.

Le dolía lo que eso significaba.

—Eso no es cierto —murmuró—. Tú estás viva. Ella puede estarlo también. Podemos...

—No al mismo tiempo —dijo Ail, interrumpiéndolo—. No aquí. No así.

*

Extendió la mano.

Y le mostró un pequeño talismán de piedra y plata, gastado, con un símbolo lunar grabado en espiral.

Lefuan palideció.

—Eso... te lo di en el ciclo cinco.

No debería existir aquí.

Ail asintió.

—A veces lo pierdo. Pero siempre vuelve.
Como yo.

*

Su mirada era la de alguien que ya ha enterrado demasiadas versiones de sí misma.

—Soy un nudo, papá —dijo—. Una cuerda hecha de todas tus decisiones.
De todas sus muertes.

Y de todos los momentos en que dijiste: "Esta vez, sí."

Lefuan apretó la mandíbula.

—No te voy a perder.

—Ya me perdiste muchas veces —replicó ella, sin amargura—. Pero me tejiste con tanto amor
que...

sigo regresando.

Sigo naciendo.

Aunque duela.

*

—¿Qué eres ahora? —preguntó él, la voz ronca.

Ella bajó la mirada.

—Tu promesa.

Y también tu culpa.

*

Silencio.

Lefuan respiró hondo.

No había lágrimas.

Solo el peso absoluto de lo que ya sabía.

—¿Qué quieres que haga?

Ail alzó el rostro.

Y por primera vez, sus ojos parecieron más antiguos que el cielo.

—Lo que tú no puedes.

—¿Y qué es eso?

—**Dejar de elegirme.**

*

Esa noche, Lefuan la abrazó.

No como protector.

No como salvador.

No como invocado.

La abrazó como hombre.

Como padre.

Como quien sabe que el próximo gesto será el último.

Y Ail... por primera vez...

lloró.

No con lágrimas.

Sino con un suspiro.

Un temblor que pareció surgir desde **todas las versiones de ella al mismo tiempo.**

*

Las lunas estaban juntas esa noche.

Una blanca.

Una roja.

Pero la más pequeña —la blanca— brillaba con una intensidad inusual.

La llamaban la **luna menor.**

Y Lefuan supo, sin saber cómo, que era el reflejo de su hija.

*

Al amanecer, preparó el círculo. Con una pequeña version de un altar.

Esta vez, no para repetir.

No para ajustar.

Para retroceder más allá.

Antes del primer cruce.

Antes de que Luana lo mirara por primera vez.

Antes de la primera risa.

Antes del primer error.

Y lo haría sin cuaderno.

Sin notas.

Solo con una súplica.

*

Se arrodilló ante el altar inacabado.

La luz se curvaba en torno a las piedras.

Y dijo, en voz baja:

—Naeliz... si me escuchas...

Su voz tembló.

—No quiero cambiar el destino.

Solo quiero que ellas existan.

Sálvalas.

No como cuerpo.

No como recuerdo.

Sálvalas como almas.

Y si tengo que perderlas...

—...que al menos **nazcan de nuevo.**

*

El mundo no respondió.

No con palabras.

Pero la luna menor parpadeó una vez.

Solo una.

Y luego...

todo comenzó a deshilacharse.

♦ Interludio – *Naeliz, la que respira entre hilos rotos*

Naeliz no habita un lugar.

Ni un cielo.

Ni un templo.

Naeliz **es** entre los momentos.

Donde el tiempo se dobla para ceder el paso.

Donde lo que “ya fue” y lo que “aún no es”
se sientan a esperar.

*

Cuando Lefuan pronunció su nombre,
no fue una invocación.

Fue **una grieta**.

Un hilo que se tensó en el telar infinito.

Uno que Naeliz no había tejido,
pero que reconocía como propio.

*

Ella lo sintió.

Como se siente el temblor en la hebra más antigua de un tapiz,
justo antes de que se deshaga.

*

—Otra vez tú... —susurró sin voz.

*

Naeliz no tiene rostro.

Pero si lo tuviera, habría sonreído con tristeza.

Una tristeza que no nace del dolor,
sino de haber visto **demasiadas veces** lo que ya no puede cambiarse.

*

El alma de Lefuan brillaba como una herida abierta.

Pero la de Ail...

Ail era otra cosa.

Un nodo de repeticiones.

Una semilla que florecía aunque la quemaran.

Un alma que no debería existir tantas veces.

Y, sin embargo, ahí estaba.

Creciendo con cada intento fallido.

Resistiéndose al olvido.

*

Naeliz extendió la mano.

No para tocar.

Sino para *sentir*.

El cuaderno aún vibraba, incluso fuera del mundo.

Sus letras flotaban como espectros de tinta,
sus páginas abiertas como alas húmedas de mariposa recién nacida.

—Tantas veces lo intentaste —murmuró Naeliz.

—Pero nunca elegiste dejar de amarla.

*

Eso era lo que los dioses no entendían.

Lo que Assil nunca quiso aceptar.

Lo que Voltmir jamás habría tolerado:

**Que el amor no buscara victoria,
sino permanencia.**

*

Naeliz caminó entre las líneas rotas del ciclo.

Cada una un camino.

Cada uno un error.

Lefuan aparecía en todos.

Ail, como constante.

Y Luana...

Luana solo en los que terminaban mal.

*

—Quieres salvarla como alma —repitió Naeliz—.

No como carne.

No como historia.

Y eso, **sí puedo hacerlo.**

*

Porque una historia puede borrarse.

Una memoria puede desvanecerse.

Pero un alma...

Un alma recordada por otra

no desaparece jamás.

*

Naeliz tejió un hilo nuevo.

Delgado.

Inestable.

Riesgoso.

Un hilo sin garantía.

Pero un hilo donde Luana **volvería a nacer.**

Como posibilidad.

*

Y en el borde de esa nueva urdimbre,
dejó un pequeño broche, invisible para todos.

Una gota de luz.

El alma **de Ail.**

En silencio.

*

Entonces Naeliz retiró la mano.

El telar vibró.

La hebra se integró.

El ciclo se reanudó.

Y el mundo respiró distinto.

♦ Capítulo 10 – Las lunas que no se olvidan

(Donde el amor que no ocurrió deja huellas más profundas que el vivido)

Subcapítulo 1: Otra vez el principio

Sin cambios.

Lefuan despierta tras el reinicio. Luana nunca lo conoce. La historia comienza de nuevo sin su encuentro.

Subcapítulo 2: El matrimonio sin llama

Sin cambios sustanciales.

Luana se casa con otro. Goucha encuentra a Lefuan y duerme con él como un eco roto del vínculo que fue. Ail está por nacer.

Subcapítulo 3: El nacimiento de Ail

Sin cambios sustanciales.

Ail nace. Lefuan la reconoce. Le regala las lunas. Es nombrado tutor.

Subcapítulo 4: El alma sin linaje (versión revisada)

- Ail crece mostrando sabiduría precoz y conciencia desfasada.
Sueña con lunas, mapas imposibles y rostros que no conoce pero que *ama*.
 - Lefuan y Luana interactúan **muy poco**, pero cada gesto entre ellos tiene el peso de lo que *pudo haber sido*.
Un roce de manos al pasar. Una mirada sostenida cuando Ail ríe.
El silencio compartido durante los consejos.
 - Goucha sigue sirviendo a la princesa, y **siente todo**.
Aunque nunca se habla, ella también vibra con la sintonía imposible que une a los tres.
 - En uno de los sueños de Ail, le dice a Lefuan:
“Fui hija de ustedes, antes.
Pero esta vez, solo nací.
No es peor. Solo... distinto.”
-

Subcapítulo 5: Los fuegos que no arden igual

- El archivo real sufre un pequeño incendio, mucho menor al del ciclo anterior.
Se pierden pergaminos antiguos de la iglesia y documentos de linaje.
La versión oficial: un accidente con lámparas de aceite.

- Lefuan revisa los restos calcinados. Reconoce, sin saber por qué, que **el patrón del fuego es el mismo** que aquel que lo obligó a empezar los ciclos en la línea anterior.
 - Ail dibuja una cruz de cenizas en una hoja. Luego pregunta:
“¿Otra vez quieren borrar lo que somos?”
 - Irisel, desde la nueva cúpula reformada del templo, envía un mensaje en clave a Lefuan:
“Hay movimiento. Lentitud no es calma.
La serpiente aprendió a dormir con los ojos abiertos.”
-

Subcapítulo 6: El amor que nadie escribe

- Lefuan observa a Luana desde la distancia, en su rol de reina.
Ella nunca le dirige la palabra de forma íntima.
Pero un día, en el jardín, Ail dice frente a ambos:
“¿Ustedes también se sueñan?”
- Nadie responde.
Luana acaricia la cabeza de su hija y se retira.
Lefuan la mira irse como quien ve alejarse un país que nunca podrá visitar.
- Goucha le entrega una flor que Luana dejó caer.
—La tocó sin querer —dice—. Pensé que tal vez...
- Lefuan guarda la flor entre las páginas del cuaderno, aún vacío.

♦ Capítulo 10 – Las lunas que no se olvidan

Subcapítulo 1: *Otra vez el principio*

Despertó como la primera vez.

Pero esta vez...

no había dolor.

La brisa marina era templada, el aire cargado de sal y tierra mojada, y las gaviotas graznaban como si saludaran sin interés. Lefuan abrió los ojos sin sobresalto, sin ese vértigo arcano que lo desgarraba al llegar. El cielo sobre él era claro, vasto... y extraño en su pureza.

Una sola luna lo observaba desde lo alto.

La blanca. La menor.

*

Se incorporó con lentitud.

No había marcas rituales en su piel.

No sentía los residuos de la invocación.

Ningún hilo de magia colgaba de su sombra.

Estaba... libre.

Más que nunca.

Y sin embargo...

algo faltaba.

*

La posada lo recibió como una casa ya conocida.

Mira, la sanadora, apenas lo vio aparecer en el umbral, dijo con naturalidad:

—Llegaste más tarde que la última vez.

Lefuan parpadeó.

—¿Nos conocemos?

Ella sonrió, serena, como quien guarda un secreto sin malicia.

—No. Pero hay algo en tu mirada que siempre llega antes que tú.

*

Durante días vivió entre la calma y el desconcierto.

Ayudó a arreglar mesas, cortó leña con otros forasteros, escuchó sin entender las conversaciones sobre política, fe y cosechas. Todo parecía **más lento**, más vivo, menos amenazante.

Pero por las noches, en la habitación del piso superior, con la ventana abierta al bosque costero, **soñaba con un nombre.**

No un nombre exacto.

Más bien, una sílaba quebrada por el viento: "**Lua...**"

Y luego, una sensación de haber olvidado algo... **terriblemente importante.**

*

Una mañana, al bajar, Mira le dejó un cuaderno sobre la mesa.

—Estaba en tu equipaje —dijo sin mirarlo.

Lefuan lo abrió.

Solo había una frase escrita en la primera página, con su caligrafía:

"No olvides lo que no ocurrió."

*

Dobló el cuaderno.

Respiró hondo.

Y supo —aunque no sabía cómo— que esta vez, no buscaría.

No forzaría caminos.

No intentaría rehacer el pasado.

Pero...

si algún día lo encontraba otra vez, no lo dejaría pasar.

*

En el cielo, la luna menor titiló.

Solitaria.

Pero suficiente.

♦ Capítulo 10 – Las lunas que no se olvidan

Subcapítulo 2: *El matrimonio sin llama*

La ciudad celebró durante siete días.

El anuncio fue recibido con fanfarria, plegarias al trono solar y danzas en las calles empedradas: **la princesa Luana contraería matrimonio con el duque Esthal de Marinthel**, tercer pretendiente en las antiguas pruebas por su mano.

Las dos lunas —la blanca y la roja— estuvieron visibles durante la ceremonia. Los augures lo declararon un buen presagio.

Pero la reina no sonrió.

Y la princesa... tampoco.

*

Lefuan observó desde el margen.

No fue invitado, claro.

Pero ya era **alguien conocido** entre comerciantes, sabios y clérigos reformistas. Tutor de lenguas, lector del nuevo canon, protector silencioso de los archivos reconstruidos tras el primer incendio.

Estaba en el palacio, sí. Pero **nunca en los salones reales**.

Solo en los márgenes. Como una anotación que se niega a desaparecer.

*

Desde una terraza oculta, la vio.

Luana caminaba junto a Esthal, engalanada con una túnica plateada, la corona de ceremonia ceñida como un peso.

Sus ojos barrían el gentío con atención.

Pero al pasar cerca de la terraza donde él estaba escondido... **se detuvo un segundo**.

No lo miró directamente.

No se giró.

Pero Lefuan vio el temblor en sus dedos al sujetar el cetro.

*

Esa noche, **Goucha lo buscó**.

No con palabras.

Solo con pasos suaves sobre la madera de la posada.

Vestía ropa sencilla. Sin joyas.

Sus ojos eran los mismos que recordaba de todas las líneas:

lo entendían todo, incluso lo que no había sucedido.

—Ella no ríe —dijo simplemente, mientras servía té de raíz dorada.

—¿Ella...? —Lefuan fingió ignorar.

Goucha lo miró, como una madre a un niño que miente por costumbre.

—Y tú no duermes.

Silencio.

—No la conocí —murmuró él finalmente—. No esta vez.

—Pero ella te soñó.

*

Esa noche, se acostaron juntos.

Sin amor carnal, pero con el peso de una ternura que dolía.

Fue la necesidad de reconocerse en alguien, aunque el alma buscara a otra.

*

Lefuan no volvió a mirar a Luana durante meses.

Pero soñaba con ella cada noche.

No como amante.

Sino como ausencia.

*

En uno de esos sueños, Goucha le tocó el pecho dormido y dijo en voz baja, sin saber por qué:

—Tú la tuviste antes.

Y la perderás siempre.

Y aún así... ella volverá.

*

El calendario avanzó.

Luana anunció que esperaba un heredero.

El reino lo celebró.

Las campanas repicaron.

Las lunas se alinearon.

Y Lefuan, desde la terraza, **lloró sin lágrimas.**

♦ Capítulo 10 – Las lunas que no se olvidan

Subcapítulo 3: *El nacimiento de Ail*

La niña nació bajo el signo del eclipse menor.

Una noche doblemente oscura, en la que la luna blanca se escondió detrás de la roja durante unas horas, y los pájaros dejaron de cantar.

Nada lo anunciaba con estruendo, pero todo parecía... desplazado.

Las antorchas del palacio parpadearon sin viento.

Y el reloj solar —que marcaba incluso las respiraciones del trono— se detuvo.

Tres segundos.

Solo tres.

Pero suficientes para que quienes aún sabían leer los signos... contuvieran el aliento.

Su embarazo había sido tranquilo, si se ignoraban los rumores.

Su esposo, era correcto y olvidable, la trataba con decoro.

Goucha, más sombra que mujer, la seguía a cada paso.

Y Lefuan... había desaparecido de las habitaciones oficiales desde hacía meses.

*

Las comadronas lo notaron.

Los augures no lo interpretaron.

Y la reina... no asistió al parto.

Fue Luana, sola, rodeada de mujeres y sirvientes fieles, la que trajo a su hija al mundo en un salón sin pendones ni himnos, solo velas encendidas y silencio denso.

El parto fue largo.

Pero no doloroso.

Luana gritó, sí, pero con la voz de quien comanda una tormenta.

No con la de quien se rompe.

Y cuando por fin, entre luces tenues y paños perfumados, nació la niña, el silencio cayó sobre el palacio como una sábana húmeda.

El médico real la sostuvo con manos temblorosas.

Goucha la envolvió.

*

Cuando la niña abrió los ojos, **no lloró**.

Solo miró el techo, como si reconociera un cielo que aún no estaba allí.

Una sirvienta se desmayó.

Otra se arrodilló.

Goucha, firme, fue la que la sostuvo.

—Tiene el alma marcada —susurró, más para sí que para los demás—. Como antes. Como siempre.

—¿Cómo se llamará? —preguntaron los presentes.

Luana miró a la criatura con una mezcla de ternura y algo más difícil de nombrar: tristeza... reconocimiento... quizás, nostalgia.

—Ail —dijo.

Solo eso.

Nadie supo de dónde había sacado el nombre.

Ningún registro lo contenía.

Ninguna leyenda lo mencionaba.

Pero lo dijo sin dudar.

Como si lo hubiese estado esperando.

*

Lefuan no fue avisado.

Fue Irisel quien lo encontró, en el ala de las escrituras olvidadas, garabateando mapas que no llevaban a ningún sitio.

—Ya ha nacido —le dijo.

Él levantó la mirada.

—¿Ella?

—Sí.

—No tengo nada que ver con esto.

Irisel no discutió. Solo lo miró.

Y en sus ojos, él leyó la verdad.

*

Entró en la sala horas después.

No había ceremonia.

No lo esperaba nadie.

Solo Goucha, sentada junto a un brasero, con la niña en brazos. Mientras Luana descansaba.

Al verlo, no dijo palabra.

Solo se levantó... y le tendió a la criatura.

Lefuan dudó.

Luego, la sostuvo.

Y entonces ocurrió.

*

El llanto no fue de la niña.

Fue suyo.

No lágrimas discretas.

No emoción contenida.

Lloró como si se le quebrara algo que no sabía que tenía.

Como si su alma se plegara sobre sí misma.

La miró.

Ella lo miró.

Y no hubo miedo.

Ni sorpresa.

Solo... una certeza:

Te he estado esperando.

*

Goucha lo observó, con los ojos húmedos.

—¿La conoces?

Lefuan asintió, con dificultad.

—No sé cómo.

Pero sí.

—¿Y sabes lo que significa?

Él no respondió.

Porque en ese instante, el tiempo no tembló.

El tiempo **respiró**.

Y el alma que Naeliz había preservado, **había regresado**.

*

Desde aquel día, Lefuan no volvió a cargarla.

No pidió verla.

Pero en cada decisión, en cada oración, en cada movimiento,
ella estaba presente.

No como una obsesión.

Ni como un fantasma.

Sino como una raíz que cruzaba dimensiones y recordaba...
aunque la flor ya no supiera cómo se llamaba.

*

La presentación oficial fue tres días después.

En la plaza solar, los nobles se agruparon con sus mejores galas.

El duque Esthal sostuvo a su hija con torpeza, como si la criatura fuera un deber más que un milagro.

Luana, en cambio, la observaba como quien intenta **recordar un sueño perdido**.

*

Lefuan no debía estar presente.

Pero fue.

No como invitado, sino como figura silenciosa en los márgenes de la plaza, al pie de las gradas, donde se reunían comerciantes, sanadoras y poetas. Con una túnica gris y una mirada fija.

Cuando Esthal anunció el nombre elegido —**Ail**—, Lefuan sintió un golpe en el pecho.

No por sorpresa.

Sino por reconocimiento.

*

Avanzó.

Un murmullo recorrió la plaza. Nadie lo detuvo.

Se arrodilló frente al estrado.

Y desde una bolsa de cuero, extrajo **dos pequeñas piedras lunares**, talladas en forma de esferas perfectas. Una blanca, otra roja.

—Vuestra Alteza —dijo con voz firme—. He venido a entregar un obsequio.

Esthal lo miró con desdén.

Luana, con inquietud.

La reina, desde el palco, con atención.

—Mi regalo es simbólico. No se compra ni se vende.

Entrego a la heredera del reino el título de las dos lunas.

Que sean tuyas. Que la guíen. Que la reconozcan como hija del cielo y del tiempo.

Silencio.

Luego, la reina se inclinó ligeramente, con un gesto ambiguo entre orden y bendición.

—Aceptado —dijo—. Que las lunas protejan a la princesa Ail.

*

Ail, en brazos de su padre, **giró la cabeza hacia Lefuan.**

Y lo miró.

Directo. Profundo. Como si el tiempo se contrajera.

Y entonces... **sonrió.**

*

Lefuan no entendió nada.

Pero **lo sintió todo.**

Su alma ardía.

Sus manos temblaban.

Y un solo pensamiento cruzó su mente como un susurro de Naeliz:

"Ella volvió."

*

Esa noche, Goucha encontró a Lefuan sentado junto al fuego, con las piedras lunares aún en el regazo.

No dijo nada.

Solo se sentó a su lado.

Y por primera vez en meses, **él lloró.**

No de dolor.

De reencuentro.

♦ Capítulo 10 – Las lunas que no se olvidan

Subcapítulo 4: *El alma sin linaje*

Ail creció rápido.

No en estatura, ni en fuerza.

En conciencia.

Había algo en ella que asustaba a los demás niños.

No por crueldad ni arrogancia.

Sino por saber demasiado.

*

A los cuatro años, le preguntó a un sacerdote si los dioses sabían llorar.

A los cinco, dejó de temer a la oscuridad porque "la oscuridad también tiene memoria".

Y a los seis, dibujó dos lunas abrazadas sobre una hoja en blanco, diciendo simplemente:

—Estas son mis madres.

Pero solo una me recuerda.

*

Lefuan no se atrevía a decirlo en voz alta.

Pero cada vez que la niña lo miraba, **era como si alguien le acariciara el pecho desde adentro.**

No amor de padre.

No devoción de mentor.

Un ancla.

Una raíz sin origen.

Un eco que aún resonaba.

*

Goucha lo sabía.

Y lo sentía.

Ail la llamaba "gato de voz invisible", y a veces dormía sobre su regazo como si hubiera estado allí desde antes de nacer.

—Ella nos une —le dijo una vez a Lefuan, mientras lo ayudaba a archivar mapas rotos en la biblioteca.

—¿A quiénes?

—A ti. A mí. A Luana. A algo que nunca ocurrió, pero que sangra igual.

*

Luana apenas cruzaba palabras con Lefuan.

Solo en los consejos, en ceremonias.

Siempre el tono justo, la distancia adecuada.

Pero sus ojos...

sus ojos eran otra cosa.

Cuando él hablaba, ella lo miraba como si temiera entenderlo.

Como si recordara un idioma que nunca aprendió.

*

Una tarde, en la sala de música donde Ail practicaba su laúd, Lefuan pasó frente a Luana en completo silencio.

Ella extendió una flor de salvia hacia él.
Nada más.

Ni una palabra.
Ni una sonrisa.

Solo ese gesto.

Él la tomó, sin preguntar.
Ella siguió caminando.

*

Esa noche, Ail se sentó en el regazo de Lefuan mientras él escribía en su cuaderno —aún casi vacío—.

—No pongas palabras —le dijo—. Solo deja que me las lleve.

—¿Qué eres tú, Ail?

La niña pensó un momento.
Y luego dijo:

—Soy lo que no pudiste conservar.
Pero que aún no quiere irse.

*

Lefuan cerró el cuaderno.
Apretó la flor de salvia entre las páginas.
Y dejó que el silencio hablara por él.

♦ Capítulo 10 – Las lunas que no se olvidan

Subcapítulo 5: *Los fuegos que no arden igual*

El incendio fue pequeño.

Solo una sección lateral del Archivo de Tesoros Genealógicos, una de las alas menos frecuentadas del complejo real.

Los escribas dijeron que fue un descuido: una lámpara caída, una ráfaga de viento inesperada.

Nadie resultó herido.

Pocos documentos se perdieron.

Pero Lefuan... **no creyó en accidentes.**

*

Recorrió el lugar esa misma noche, con el permiso tácito de la reina. No se lo dieron oficialmente, pero nadie se atrevió a detenerlo.

Las piedras seguían calientes.

El hollín cubría parte de las paredes como un velo de ceniza.

Entre las sombras, encontró lo que buscaba.

Una línea quebrada de fuego, cuidadosamente delimitada.

No había saltado de estante en estante, como haría un fuego normal.

Había ido **directo a un solo armario.**

Un armario con registros de la disidencia religiosa.

Cartas confiscadas de sectas antiguas.

Pactos rotos, profecías menores. Nombres.

—Querían borrar algo —dijo en voz baja.

—Querían borrar *a alguien* —corrigió Irisel, apareciendo tras él.

*

Vestía de negro como siempre, pero ya no como asesina.

Ahora era **Alta Vigilante de la Luz Restituida**, una institución reconstruida bajo los principios renovados de Assil... aunque ella aún se negaba a pronunciar el nombre de la diosa.

—¿Tú sabías? —preguntó Lefuan.

—Solo sospechaba.

—¿Desde cuándo?

—Desde que dejaron de actuar como fanáticos y empezaron a comportarse como estadistas.

*

Se agacharon juntos junto al estante calcinado.

—¿Reconoces el patrón? —preguntó ella.

Lefuan asintió, con el rostro grave.

—Es el mismo fuego que destruyó el archivo en aquel ciclo.

Ella lo miró en silencio.

—¿Qué ciclo?

Lefuan no respondió.

Pero su pulso... **tembló.**

*

Días después, Ail apareció en su estudio con una hoja de papel quemada.

—La encontré en los jardines. Alguien la soltó desde una ventana.

Era parte de un manifiesto antiguo, uno que Lefuan recordaba vagamente.

La firma al pie estaba difuminada por el calor.

Solo se leía un símbolo:

un ojo abierto entre espinas.

*

Esa noche, en su cuarto, Lefuan escribió una sola frase en su cuaderno:

“Cambian los métodos.

Pero el veneno sigue en la sangre del mundo.”

Cerró el cuaderno.

Apagó la vela.

Y soñó con fuego...

que aún no había comenzado a arder.

♦ Capítulo 10 – Las lunas que no se olvidan

Subcapítulo 6: *El amor que nadie escribe*

Había momentos en que el palacio entero parecía sostener la respiración.

No eran silencios impuestos.

Ni decretos.

Eran pausas que ocurrían cuando **Lefuan y Luana coincidían en una sala.**

Cuando sus miradas se cruzaban por demasiado tiempo.

Cuando Goucha los observaba sin juicio, con la paciencia de quien ha sentido todas las versiones del dolor.

*

Nunca hablaban de más.

Luana decía lo justo.

Lefuan respondía con la exactitud de un estadista.

Goucha, si estaba, completaba las frases que nadie decía en voz alta.

Y Ail...

Ail escuchaba con atención.

Como si aprendiera un idioma que no podía enseñarse.

El idioma de lo que *no ocurrió, pero aún vive*.

*

Un día, en los jardines de los sauces grises, Ail caminaba entre los tres.

Llevaba en sus manos una hoja de cristal tallado que representaba las lunas entrelazadas.

—¿Por qué nunca estamos todos al mismo tiempo? —preguntó.

—¿Todos quiénes? —respondió Lefuan, sabiendo la respuesta.

Ail lo miró con gravedad:

—Ustedes tres.

*

Luana detuvo su paso.

Sostenía una flor blanca recién cortada.

No dijo nada, pero su mano tembló apenas.

Goucha, más cerca de la niña, bajó la mirada.

—Porque a veces —susurró— el amor se divide para no romperse.

Ail asintió.

Y sin más, les tomó las manos a ambos.

Y por un segundo eterno, los tres estuvieron juntos.

No como familia.

No como amantes.

Como almas que aún recuerdan el fuego, incluso cuando ya no arde.

*

Esa noche, Lefuan escribió en su cuaderno una sola línea:

“Si alguna vez fuimos uno,
entonces este silencio es amor también.”

*

Luana no leyó esas palabras.

Pero al día siguiente, dejó una carta sin remitente en la biblioteca:

“No sé por qué me duele tu tristeza.
Solo sé que no la mereces.
Y aún así... la comparto.”

*

Goucha la encontró antes que él.

No la devolvió.

Solo la guardó entre sus ropas.

Y al tocarla, sus dedos temblaron como si sujetaran **una promesa que ya se había roto...
pero aún quería cumplirse.**

♦ Capítulo 10 – Las lunas que no se olvidan

Subcapítulo 7: *Las lunas consagradas*

La plaza mayor fue decorada con banderas de plata, hilos de fuego mágico y columnas de cristal bruñido que reflejaban el cielo como espejos verticales.

Era el día de la Consagración Solar.

Un evento que ocurría cada doce años, donde la Corona renovaba su línea de sucesión ante el pueblo, los templos y los gremios.

Ese día, **Ail sería presentada oficialmente como la heredera legítima de Luana.**

Y Lefuan... sería algo más que un consejero.

*

La multitud se congregó desde el amanecer.

Caravanas de nobles, embajadores de reinos lejanos, líderes religiosos, artesanos y poetas.

Todos reunidos bajo las dos lunas, que colgaban del cielo como si hubieran sido convocadas por la propia sangre real.

En el estrado de mármol blanco, la familia imperial esperaba:

Luana, en su trono alto.

Ail, de pie junto a ella, con una túnica azul oscuro adornada con un broche de lunas cruzadas.

Esthal, el consorte, detrás de ambas. Silencioso, ornamental.

Y Lefuan...

No en el estrado, sino frente a este, entre los testigos de honor.

*

Cuando se leyó el nombre de Ail en voz alta —Ail Astera, hija de Luana y luz de las lunas—, un rugido de júbilo recorrió el aire.

Pero la niña —ya no tan niña— no parecía celebrar.

Su rostro era sereno.

Su postura firme.

Y su mirada... **clavada en Lefuan.**

—Avanza, tutor —dijo Luana, con voz firme.

No estaba en los protocolos.

No era parte del guion.

Pero Lefuan entendió.

Avanzó.

*

—Tú has sido su guardián sin corona, su sombra sin decreto —dijo Luana, ante el pueblo entero—. Hoy te nombro tutor real. Y con ello, custodio de las lunas que le fueron otorgadas al nacer.

Un sacerdote entregó una caja de madera tallada.

Dentro, dos pequeñas esferas de piedra:

una blanca, una roja.

Grabadas con inscripciones en lengua antigua: "Testigo" y "Retorno".

Lefuan las tomó con manos temblorosas.

*

—¿Aceptas el juramento? —preguntó Luana, con el rostro impasible.

Lefuan alzó la vista.

Y en ese momento, **el mundo se comprimió.**

No había sonido.

No había pueblo.

Solo estaban ellos dos.

Y Goucha, que los observaba desde la fila lateral, con los ojos llenos de un amor callado y resignado.

—Acepto —dijo finalmente.

*

Ail se acercó.

—Las lunas son mías —dijo—.

Pero tú me las diste.

Así que, en realidad... soy tuya también.

Silencio.

Luego, una ovación contenida.

Y tras ella, el estruendo de las campanas.

*

Cuando todo terminó, Lefuan no volvió al palacio.

Caminó en soledad hasta el borde de los acantilados del sur.

Allí donde los vientos soplaban sin pudor, y el mar se agitaba con la calma de lo inmenso.

Sacó su cuaderno.

Escribió:

“Fui padre sin serlo.

Amante sin tocar.

Rey sin corona.

Y sin embargo...

las lunas aún me siguen.”

*

Goucha apareció sin anunciarse.

—¿Sabías que cuando una de las lunas se eclipsa, la otra tiembla?

Lefuan no respondió.

Ella se sentó junto a él.

—No somos los que fuimos.

Pero seguimos aquí —dijo ella.

—¿Y Luana?

—Luana es todas las versiones de sí misma...

Y ninguna.

Como tú.

Como yo.

*

Se quedaron allí hasta que la noche devoró el horizonte.

Y por primera vez desde el ciclo que no existió, **el silencio entre ellos ya no dolía.**

Era memoria.

Era pertenencia.

Era todo lo que quedaba cuando el tiempo... ya no podía corregirse.

♦ Capítulo 11 – El eco del fuego

Estructura general (7 subcapítulos)

1. Los nombres que se borran solos

→ Un incendio “menor” en el archivo civil levanta sospechas. Lefuan, Irisel y Goucha empiezan a unir piezas. Ail lo presiente, pero no interviene.

El ojo entre espinas reaparece.

2. Las promesas enterradas

→ Lefuan encuentra antiguos documentos alterados. Irisel interroga a un clérigo infiltrado. Se revela que la secta no busca a Ail como persona, sino como "testigo del tiempo".

Empieza a hablarse del linaje herético.

3. El lenguaje de lo no vivido

→ Ail comienza a escribir en un idioma que nadie recuerda haberle enseñado. Lefuan se perturba al leer frases que él mismo anotó en ciclos anteriores, aunque no lo sepa conscientemente.

El cuaderno ya escribe antes que él.

4. Cenizas bajo el trono

→ Luana se vuelve más distante. La reina enferma repentinamente. Goucha descubre un patrón en los síntomas que se repite en antiguos envenenamientos asociados a la secta.

El peligro ahora está dentro del palacio.

5. La hoja sin sombra

→ Irisel elimina a un emisario disfrazado de clérigo de luz. Lefuan empieza a percibir que algo los conecta a través de líneas que no deberían existir.

El asesino llevaba un retrato antiguo de Ail... cuando aún no había nacido.

6. El susurro de la luna menor

→ Ail habla por primera vez en un sueño con Goucha, y aunque parece un juego, le revela saber cosas imposibles. Goucha empieza a sospechar... que Ail **no es solo una niña**.

“No me recuerdas, pero yo fui hija tuya.”

7. Luz que no purifica

→ El templo de Assil es profanado con un símbolo doble: el ojo espinado... y una estrella rota. Irisel reconoce la señal: la secta está buscando **reclamar la fe**, no destruirla.

Naeliz guarda silencio. Y eso aterra a todos.

♦ Capítulo 11 – El eco del fuego

Subcapítulo 1: *Los nombres que se borran solos*

La quema del segundo archivo pasó casi desapercibida.

Fue un anexo menor del templo solar, un depósito de registros civiles: nacimientos, adopciones, muertes sin esclarecer. El fuego no devoró estanterías completas. Solo una sección específica: **la letra A**.

Y en particular, los documentos de linajes sin apellido.

Niños sin madre.

Hijas de nadie.

*

Lefuan supo del incidente por un aprendiz de Mira.

No era un sacerdote.

Ni un guerrero.

Era un archivista silencioso, de dedos manchados por tinta y quemaduras.

—No vi a nadie entrar —dijo—. Pero el aire... olía raro.

—¿A humo?

—No. A sal vieja. A sangre seca. A incienso de los antiguos.

*

Irisel llegó antes del atardecer.

Revisó los restos con guantes de tela negra.

Tocaba los bordes chamuscados como si pudieran confesarle secretos.

—¿La misma firma? —preguntó Lefuan.

Ella asintió.

—No hay duda. Los símbolos son casi invisibles, tallados en el reverso del pergamino.

—¿El ojo?

—No solo eso —dijo Irisel, mostrándole un fragmento—. Ahora también está la espina.

Y la espina... indica sangre derramada.

*

Esa noche, en una sala privada de la posada de Mira, Goucha extendió sobre la mesa un conjunto de objetos reunidos en silencio durante semanas:

—Siete plumas con escritura templada.

Cuatro fragmentos de vidrio con símbolo idéntico.

Un anillo con inscripción invertida.

Tres mapas de galerías subterráneas.

—¿Dónde conseguiste todo esto? —preguntó Lefuan.

Goucha no respondió de inmediato.

Solo levantó la cabeza.

Y en su rostro... **había algo nuevo.**

Dolor, sí.
Pero también **ira**.

—De mi antiguo amo —dijo—. El que poseyó mi cuerpo antes de Luana.
Su estirpe nunca fue erradicada. Solo se escondió.

*

Irisel frunció el ceño.

—La secta no solo sobrevive.
Está reclutando desde dentro del trono.
Desde los pasillos que limpiamos con sangre.
Desde nombres que deberían estar muertos.

*

Lefuan apretó los puños.

—¿Y Ail?

Goucha bajó la mirada.
Irisel respondió:

—Todavía no es su objetivo.
Pero... cada vez...
Cada vez más cerca...

—Entonces tenemos que adelantarnos —dijo Lefuan.

*

Irisel sacó un cuchillo envuelto en paño.

—Si vamos a mover las piezas antes que ellos, necesitaremos más que fuego.
Esta vez, necesitaremos... **la luz equivocada**.

*

En el cuaderno de Lefuan, una frase apareció sin que él la escribiera:

“El tiempo sangra.
No porque se rompe.
Sino porque recuerda lo que quisiste olvidar.”

♦ Capítulo 11 – El eco del fuego

Subcapítulo 2: *Las promesas enterradas*

No fue un documento.

Ni una carta.

Ni una profecía escrita en lengua sagrada.

Fue una frase, tallada con precisión en el reverso de una baldosa del archivo reconstruido:

"El hilo no se quema. Solo cambia de manos."

Irisel la encontró al recorrer las ruinas del segundo incendio, la frente perlada de sudor y los guantes manchados de hollín.

—No es un mensaje para nosotros —dijo.

—¿Entonces para quién? —preguntó Lefuan.

Ella le mostró el dibujo a su lado: un ojo sin párpado, sangrante, con una espina hundida en su pupila.

—Es una confirmación. Alguien está siguiendo un pacto antiguo. Uno que nunca se rompió. Solo se heredó.

*

Esa noche, Lefuan visitó los salones bajos del templo desconsagrado de Assil, donde los textos apócrifos habían sido sellados tras la guerra civil religiosa.

No lo hacía desde hacía años. Desde el ciclo que no recordaba.

Encontró un manuscrito mal clasificado, en una lengua muerta.

Solo reconoció una palabra repetida con insistencia:

"Aial'sin."

—Una forma arcaica de "testigo del tejido".

—Una figura destinada a recordar lo que otros olvidan.

—Un recipiente.

*

Al volver, encontró a Ail dormida sobre el escritorio de su estudio.

Había estado dibujando sin pausa.

No figuras infantiles.

Sino mapas. Constelaciones.

Nombres de ciudades que aún no existían.

Y en el margen, una frase suya. De su puño y letra:

“El tiempo nunca nos quita.

Solo nos distribuye.”

*

Al día siguiente, Irisel interrogó a un clérigo capturado. Un hombre que fingía servir en un hospital del distrito azul, pero llevaba un anillo con la marca del ojo espinado.

—¿Quién los lidera ahora? —preguntó ella, con calma.

—Nadie.

—Todos.

—El juramento sobrevive a los cuerpos.

—¿Qué buscan?

El clérigo sonrió, con los labios ensangrentados.

—No buscamos poder.

—Buscamos la raíz de la permanencia.

—La voz que no cambia.

—La criatura que sigue naciendo aunque no deba.

*

Irisel lo ejecutó antes de que pudiera decir más.

Pero esa noche, con los ojos perdidos en el fuego, le confesó a Lefuan:

—No buscan a Ail como persona.

—La quieren como símbolo.

—Como algo que los legitime.

*

—¿Y qué es ella? —preguntó él, aunque ya lo sabía.

—Lo que no puede dejar de ser.

*

En su habitación, Ail despertó de un sueño que nadie sabría contar.

Tomó un carboncillo.

Dibujó una luna rota.

Y dentro, un cuervo dormido.

Susurró para sí:

—No pueden usarme.

No si no dejo de amarles.

Y volvió a dormir.

Como si esa decisión... hubiera sido tomada **muchas veces antes**.

♦ Capítulo 11 – El eco del fuego

Subcapítulo 3: *El lenguaje de lo no vivido*

Lefuan abrió su cuaderno al amanecer, como hacía cada mañana desde hacía años.

Era una costumbre más que una necesidad.

Una forma de ordenar el caos silencioso que llevaba dentro.

Pero esa mañana encontró algo extraño.

Una frase, escrita con su letra —idéntica—, aunque no recordaba haberla plasmado.

“No olvides el broche de lirio. Ella lo lleva cuando el ataque empieza.”

Frunció el ceño.

No conocía esa frase.

Ni el evento.

Ni “ella”.

Tocó el papel.

La tinta estaba seca.

No parecía un error.

Parecía... **una advertencia.**

*

Durante el desayuno, Ail se sentó frente a él con su expresión habitual: lúcida, pero contenida.

Tenía siete años, aunque sus gestos eran de alguien que había vivido demasiado.

—¿Tu cuaderno sigue soñando antes que tú? —preguntó de pronto, rompiendo el silencio con una calma impropia de su edad.

Lefuan la miró fijamente.

—¿Qué dijiste?

Ail mordisqueó una ciruela, como si no hubiera dicho nada extraño.

—Nada. Cosas que uno imagina mientras duerme... y que luego ve escritas.

*

Más tarde, revisó otras páginas.

Y encontró algo aún más inquietante.

Un boceto de una puerta circular de hierro con grabados en espiral.

Él mismo la había encontrado solo una vez: en una línea de tiempo que no recordaba.

Pero **la dibujó con exactitud.**

La fecha en el margen decía: “23 del mes del silencio”.

Pero estaban en el mes del rocío.

*

Goucha notó su incomodidad esa tarde, mientras limpiaban el ala este de la biblioteca.

—¿Sientes algo? —preguntó ella sin rodeos.

—Más que sentir.

Es como si ya supiera cosas que aún no he vivido.

—¿Te asusta?

—No.

Pero me pone en desventaja.

*

Ail, esa noche, se encerró en su habitación.

Goucha, curiosa, espió desde la rendija sin ser vista.

La niña escribía en un idioma que ningún maestro le había enseñado.

No era de este reino.

Tampoco era una lengua muerta.

Parecía... algo *destilado del tiempo*.

—“La palabra que no cambia.

El nombre que no se dice.

La vida que se repite porque alguien la recuerda.”—

Goucha retrocedió, el corazón desbocado.

Sabía que Ail no estaba poseída.

Ni manipulada.

Sabía, simplemente, que **nunca fue solo una niña**.

*

Esa madrugada, Lefuan despertó por una sensación que no era del cuerpo.

Abrió el cuaderno.

Y en la página en blanco había una sola frase escrita en tinta roja:

“En el próximo incendio, no busques documentos.
Busca el espejo.”

*

Se levantó. Caminó hasta la torre de observación.

Las dos lunas estaban visibles, una muy alta, la otra al ras del horizonte.

Y pensó en lo que alguna vez fue.

Lo que alguna vez no fue.

Lo que aún lo guiaba sin permiso.

Sabía que no había otra reencarnación.

Pero **el tiempo no necesita repetirse para seguir hablándole**.

*

Ail lo encontró allí, más tarde, envuelto en su capa, mirando el cielo.

Se sentó a su lado.

No dijo nada durante minutos.

Luego, casi en un susurro, murmuró:

—La memoria no está en la mente.

Está en la luna menor.

Lefuan la miró con un dolor que no sabía explicar.

—¿Y tú?

Ella sonrió.

—Yo soy lo que recuerda... incluso cuando tú ya no puedes.

*

Él no preguntó más.

Y el cuaderno, esa noche, permaneció cerrado.

Pero debajo de la tapa, invisible para ojos humanos,

una mano no escrita trazaba ya el comienzo del siguiente mensaje.

♦ Capítulo 11 – El eco del fuego

Subcapítulo 4: *Cenizas bajo el trono*

La reina Arihén dejó de asistir a los consejos sin previo aviso.

Primero fueron ausencias justificadas: cansancio, migrañas, sesiones privadas con el Círculo Solar. Luego, el silencio.

Al tercer día, el rumor se extendía por los pasillos:
la reina estaba enferma.

*

No era una enfermedad común.

No era fiebre.

Ni parálisis.

Ni locura.

Era un desgaste.

Una corrosión progresiva.

Como si su cuerpo estuviera siendo drenado... desde dentro.

*

Mira, la sanadora que una vez cuidó a Goucha, fue llamada en secreto.

La encontró en su dormitorio, sentada en la penumbra, las manos temblorosas, los ojos sin foco.

—¿Quién fue? —preguntó la reina, sin siquiera saludar.

—¿Quién fue qué?

—Quien me cortó desde el alma hacia afuera.

Mira no respondió.

Solo le revisó el pulso, los ojos, la lengua.

No encontró veneno.

Ni infección.

Pero en la nuca, bajo la piel,

una marca invisible latía.

*

Luana no dijo nada públicamente.

Pero su rostro se volvió más severo.

Las visitas al templo cesaron.

Las audiencias con embajadores fueron delegadas a Lefuan.

Y en privado, una noche, le dijo:

—Si mi madre muere sin confesión, el trono queda en vacío sagrado.

Ail será heredera antes de estar lista.

Y tú, Lefuan... tú serás su tutor en un campo de fuego.

*

Irisel empezó a investigar entre los clérigos del ala menor.

Uno de ellos, un viejo escriba llamado Talzir, huyó antes de ser interrogado.
Lo encontraron dos días después, colgado de una cuerda trenzada con páginas de oraciones sagradas.

Había escrito en el muro:

“No la matamos.
Solo recordamos lo que debía ser.”

*

Goucha fue quien encontró el vínculo final.

Un medallón entre los efectos de Talzir.
Antiguo. Roto.

Era el emblema de una rama extinta de los clérigos de Assil.
Una orden que había sido disuelta tras la guerra por el fuego...
pero que seguía activa, bajo otro nombre.

*

Esa noche, Goucha soñó con una sala roja.

Ella estaba sentada frente a un espejo cubierto con telas.
Al fondo, Ail, desnuda, dibujaba lunas con ceniza en las paredes.

—¿Estás lista? —preguntó la niña sin girarse.

—¿Para qué?

—Para recordar que el trono no fue un lugar.
Fue una llama.
Y alguien sopló sobre ella...
mucho antes de que nació.

*

Al despertar, Goucha tenía ceniza en las manos.

No dijo nada.
Solo fue al cuarto de Lefuan.
Lo miró dormir unos segundos.

Y murmuró:

—Si esto fue escrito antes...
¿por qué aún duele como nuevo?

*

La reina murió tres días después.

Sin gritos.
Sin sangre.

Solo se desvaneció en su lecho, como si su cuerpo ya no supiera **a qué mundo pertenecía.**

*

Y en el palacio, mientras se tejían los tapices fúnebres,
el símbolo volvió a aparecer, grabado en la base de un candelabro:

Un ojo.

Y esta vez... la espina estaba invertida.

Como si estuviera mirando hacia adentro.

♦ Capítulo 11 – El eco del fuego

Subcapítulo 5: *La hoja sin sombra*

El mensaje llegó en una hoja negra.

No escrita.

Tallada.

Pura obsidiana, del tipo que solo los monjes del abismo del norte usaban antes de ser erradicados.

La entregó un sirviente silencioso durante una audiencia menor en la Sala de las Columnas.

Luana no la leyó.

La deslizó hacia Irisel sin cambiar el tono de su discurso.

La asesina la tomó, la giró entre sus dedos.

La letra era finísima. Cortada con precisión alquímica.

“El cuerpo puede reinar.
Pero el alma ya está pactada.”

*

Esa noche, Irisel caminó sin capa, sin escolta, hasta la taberna del Espejo Roto.

Lugar de rumores. Refugio de comerciantes de verdades a medias.

Pidió un vino sin probarlo.

Esperó en la esquina más oscura.

Y al poco rato, **él apareció.**

No tenía nombre.

Solo un rostro limpio, voz suave y ropas humildes.

Pero sus ojos... **demasiado atentos.**

—Viniste sola —dijo.

—Siempre lo hago —respondió Irisel—. Para matar.

Él sonrió.

—No querrás matarme antes de escuchar.

Traigo palabras que no han sido pronunciadas aún.

Y símbolos que aún no se han revelado.

Ella le lanzó la hoja negra sobre la mesa.

—Esta fue pronunciada suficiente.

*

La pelea fue breve.

Una daga oculta.

Un giro de muñeca.

Un derrame de luz negra que no era sangre.

El cuerpo del emisario se deshizo como papel quemado.

Y donde cayó... **quedó un símbolo grabado en las tablas del suelo.**

No el ojo.
No la espina.

Sino una estrella rota.
Con una línea que la unía a una figura:
una niña de ojos grandes y manos alzadas.

*

Irisel volvió al palacio al amanecer.
Cubierta por un manto de alquitrán ceremonial.
Con un pedazo de madera en la mano.

Lo arrojó sobre la mesa de Lefuan.

—No buscan a Ail por lo que es —dijo sin rodeos—.

La quieren como símbolo.

Como heraldo.

Como prueba de que el tejido del tiempo puede albergar errores... y que ellos saben cómo replicarlos.

—¿Replicarlos?

—No solo quieren a la hija del tiempo.

Quieren crear la próxima.

Quieren fundar un linaje de permanencia.

*

Lefuan cerró los ojos.

—Como si ella fuera el modelo...

—Exacto —interrumpió Irisel—. Y tú, Lefuan... tú eres el código original.

*

Goucha entró en ese momento, pálida, con un dibujo en la mano.

—Esto lo hizo Ail esta mañana —dijo.

Era una figura abstracta:

un triángulo invertido dentro de un círculo.

Alrededor, nombres que nadie conocía.

Y en el centro, escrito con letras viejas:

“Soy la que no debía nacer.
Y por eso... no puedo morir.”

*

Lefuan sintió un peso en el pecho.

Por un momento, se vio a sí mismo junto al altar de invocación.

Sintió otra vez el mármol, la luz cegadora.

La voz de Assil llamándolo.

Y una frase que no recordaba haber oído, pero que ahora ardía en su mente:

“Toda elección genera una sombra.
Y toda sombra... buscará nacer.”

*

Ail apareció en la puerta.

Los miró uno a uno.

No dijo nada.

Solo se acercó a Lefuan, le tomó la mano y susurró:

—No soy suya.

Soy tuya.

*

Y en ese gesto,

Lefuan comprendió que la guerra...

no era por ella.

Sino por su alma.

♦ Capítulo 11 – El eco del fuego

Subcapítulo 6: *El susurro de la luna menor*

Goucha soñaba con el mar.

No el de Naorhal, ni el del sur.

Era otro.

Uno donde las olas no rompían, sino que respiraban.

Cada oleada era un latido.

Cada espiral de espuma, un nombre olvidado.

En la orilla, una niña la esperaba.

Descalza. Vestida con una túnica blanca sin bordes.

Su cabello flotaba sin viento.

Era Ail.

Pero también... no lo era.

✱

—Has venido —dijo la niña.

Goucha asintió, aunque no sabía por qué.

—¿Esto es un sueño?

—No. Es un recuerdo que aún no ha ocurrido.

✱

Caminaban por la arena sin dejar huellas.

Goucha sentía un nudo en el estómago, una pregunta latiendo en la lengua desde hacía años.

—¿Quién eres, Ail?

La niña sonrió. No como una niña.

—Soy muchas.

Pero ahora, solo soy una.

✱

Se detuvieron ante un espejo flotante sobre las aguas.

Goucha se miró y vio su propio rostro.

Pero no el de ahora.

Era más joven.

Con la piel herida.

Los ojos llenos de rabia.

La marca de los grilletes aún frescos en las muñecas.

—¿Por qué me muestras esto?

—Porque ahí fue cuando empezaste a ser madre.

No cuando me tuviste.

Sino cuando elegiste quedarte.

✱

Goucha tragó saliva.

—¿Recuerdas otros... momentos?

—Todos —dijo Ail, sin drama.

—¿También cuando...?

—También cuando morí.

Y cuando tú lo olvidaste.

*

El mar se agitó.

En su superficie apareció el rostro de Luana, dormida.

Luego el de Lefuan, deshecho en lágrimas.

Y luego... el de Goucha, gritando en silencio.

—¿Por qué no dijiste nada?

—Porque si lo hacía, el tiempo se quebraba.

Porque tu amor, si era consciente, iba a doler más.

*

—¿Y ahora?

—Ahora quiero que sepas que te elegí.

Que en todas las líneas donde morí, volví por ti.

Y por él.

Porque solo ustedes no me pedían ser un milagro.

Solo me abrazaban.

*

Goucha cayó de rodillas en la arena irreal.

—¿Y qué se supone que haga con esto?

—Recuerda.

No para cambiarlo.

Sino para que no duela tanto.

*

La niña extendió la mano.

Entre sus dedos, una figura:

una luna menor, tallada en hueso antiguo.

Latiendo con luz blanca, suave.

—Esto no es un símbolo.

Es un puente.

—¿A dónde?

—A ti.

A la versión de ti que aún cree que merece ser amada.

*

Goucha lloró sin sollozos.

Y la niña, antes de desvanecerse, susurró:

—La luna menor no guía.

Solo observa.
Pero a veces, cuando nadie la ve...

...escribe.

*

Despertó en su lecho con la luna blanca colándose por la ventana.
En su palma, algo frío:
un fragmento de hueso, suave, redondo,
tallado con su nombre...
en una caligrafía que no recordaba haber enseñado.

♦ Capítulo 11 – El eco del fuego

Subcapítulo 7: *Luz que no purifica*

El templo estaba cerrado por “restauración”.

Eso decían los avisos tallados en piedra a la entrada.

Pero Irisel no necesitaba leerlos.

Ella conocía el silencio cuando ocultaba algo.

El altar mayor, donde antes ardían las brasas perpetuas de Assil, ahora solo sostenía ceniza.

No de fuego sagrado.

De papiros.

Textos quemados desde dentro.

✱

El símbolo había sido pintado en la piedra detrás del altar, bajo las cortinas doradas:

una espina invertida, rodeada por una corona solar rota.

Un ojo, sí... pero esta vez llorando hacia adentro.

No era vandalismo.

Era... una declaración.

✱

Irisel se arrodilló frente al símbolo.

No para rezar.

Para escuchar.

Y lo oyó.

No con los oídos.

Sino con la piel.

“La luz no purifica si se cierra a lo que no comprende.

La sombra no corrompe si su raíz es el amor.”

✱

Volvió a los Archivos Profundos.

No buscó respuestas.

Buscó **fricciones**.

Encontró un manuscrito antiguo, de los tiempos en que los heraldos eran elegidos por visiones.

Una nota al margen, escrita por un escriba anónimo:

“Un día nacerá una voz que recuerde todas las voces.

No será hija del templo, pero su alma quemará como las llamas de Assil.

Será la herida.

Y será la cura.”

✱

Esa noche, Lefuan la encontró en los tejados del ala norte.

La luna menor se reflejaba en su daga ceremonial, aún envainada.

—¿Qué viste?

—No destruyen la fe —dijo ella, sin mirar—.

La están rehaciendo.

Con Ail como centro.

Como milagro profano.

—¿Y tú?

—Yo juré matar por la luz.

Pero nunca supe si ella me miraba de vuelta.

*

Lefuan se sentó junto a ella.

—¿La odias?

—No.

Pero empiezo a entenderla.

*

Silencio.

Luego Irisel susurró:

—Ail no es el problema.

Somos nosotros.

Los que intentamos definirla.

Ponerle límites.

Cargarle destinos.

—¿Entonces qué hacemos?

—Lo que nadie hizo por mí cuando era niña —dijo Irisel con voz quebrada—.

La dejamos decidir.

*

Al amanecer, en la entrada del templo, alguien dejó un nuevo símbolo tallado con delicadeza.

Una luna menor.

Nada más.

Sin ojos.

Sin espinas.

Sin fuego.

Solo... **una luz suave, que no necesitaba quemar.**

♦ Capítulo 12 – La herencia de los que no piden nacer

Estructura general (6 subcapítulos)

1. El decreto del sol incompleto

Luana, como regente interina tras la enfermedad (y posterior muerte) de la reina, se ve obligada a emitir un decreto donde se nombra a Ail "heredera espiritual" del trono, como símbolo de continuidad y reconciliación.

Pero la formulación legal fue alterada por una mano desconocida. El decreto, que debía ser puramente simbólico, **otorga derechos reales sobre rituales, investiduras y títulos sagrados**. Irisel sospecha de infiltración entre los notarios de la Corona.

“Los títulos vinieron con palabras... pero las palabras fueron escritas por quien no habla.”

2. La fiesta de las lunas menores

En un intento de distraer al pueblo y reforzar la figura de Ail, se organiza una festividad en su honor. Lefuan regala públicamente a la niña “las dos lunas”, como ya hizo una vez con Luana, pero esta vez lo registra formalmente ante el Consejo de Estrellas.

El acto político tiene un efecto inesperado: **la nobleza, sin saber por qué, empieza a tratar a Ail como una figura cuasi sagrada**.

En ese gesto, el pueblo no vio a una niña. Vio **la repetición de un milagro**.

3. Goucha y la cadena invisible

Goucha empieza a soñar con versiones de sí misma que vivieron otras vidas. Al despertar, siente el vínculo con Lefuan vibrando sin razón. Ail la observa con ternura, pero también con una tristeza contenida.

En este subcapítulo se insinúa que **la maternidad no biológica de Goucha sobre Ail existe también fuera de este tiempo**.

“Ella me mira como si ya me hubiera visto parirla... aunque mi cuerpo aún no lo haya hecho.”

4. Los cortesanos del abismo

Irisel descubre que varios nobles menores que apoyan ahora abiertamente a Ail **tienen conexión con familias extintas** que siglos atrás adoraban al dios de la sombra y el retorno.

La secta no opera como antes. Ya no necesita máscaras: ahora opera mediante legitimidad narrativa. Son "restauradores de las raíces del reino". Y **usan a Ail como su bandera, sin que ella lo sepa**.

“No hay herejía si la fe es reescrita con tinta de oradores.”

5. El regreso del cuaderno

Lefuan encuentra su cuaderno en un lugar donde no lo dejó.
Y está lleno de frases que aún no ha escrito.
Pero al leerlas... siente que las escribió alguna vez.
Y en una de las páginas, con caligrafía infantil, un dibujo:
una niña parada frente a una corona rota, diciendo:
“Yo no quiero gobernar. Solo recordar.”

6. La elección de los mudos

Se celebra una votación secreta en el Consejo de la Corona para otorgar a Ail el título de “Guía de transición espiritual”, una figura ceremonial que **la coloca al mismo nivel que los profetas históricos.**

Lefuan vota en contra. Irisel se abstiene. Luana calla.

El resultado es abrumador: **Ail ha sido aceptada por el pueblo y por el clero.**

Pero ella, al enterarse, solo pregunta:

—¿Y si yo no quiero ser nada?

Y nadie sabe qué responder.

♦ Capítulo 12 – La herencia de los que no piden nacer

Subcapítulo 1: *El decreto del sol incompleto*

Las palabras fueron escritas en pergamino real, con tinta negra y sello de luz solar.

Cuatro líneas.

Una firma.

Un símbolo dorado.

Nada parecía fuera de lugar.

Y sin embargo, cuando Lefuan lo leyó en voz alta, su voz se quebró al llegar al último párrafo.

“...Y por voluntad de la Corona, se reconoce a la infante Ail Naelah como heredera legítima de la continuidad espiritual de la línea solar, con facultades de investidura, tutela sagrada y capacidad de voz en los Consejos de Estaciones, a partir del ciclo lunar correspondiente.”

Lefuan bajó el pergamino con lentitud.

Luana no lo miraba.

Irisel sí.

—Eso no estaba en la versión original —dijo él.

—No —asintió Irisel—. La que redacté contigo decía: “*símbolo de continuidad*”, no “facultades”. No “voz”.

—¿Quién lo modificó?

Luana habló por fin.

—Uno de los notarios. O varios. No dejaron rastro.

—Sí dejaron —murmuró Lefuan—. Dejaron la marca.

Giró el documento.

En el reverso, junto al borde inferior, apenas visible en la textura del papel, estaba el símbolo.

No era el ojo.

No era la espina.

Era una flor.

Una flor rota.

Un lirio negro.

*

Esa noche, Irisel reunió a sus contactos entre los archivistas antiguos del templo.

—¿El lirio negro? —repitió uno, con la voz temblorosa—. Eso pertenece a los Cortejos del Retorno. Una orden que existía antes de Assil. Antes del calendario solar.

—¿Y qué hacían?

—Creían que el mundo se reiniciaba cada vez que la fe era corrompida.

Y que debía ser sembrado con una niña que recordara todas las verdades... incluso las aún no vividas.

*

Luana estaba en la sala de mapas cuando Lefuan volvió del interrogatorio.

Ella leía sin leer.

La pluma inmóvil sobre un pliego.

—Sabes que esto puede ser un golpe blando, ¿no?

Ella no respondió.

—No un atentado.

No un golpe militar.

Sino algo peor: un encierro con flores.

Ella alzó la vista.

—Ail no lo pidió.

—Eso no les importa.

—¿Y a ti?

Lefuan apretó la mandíbula.

—A mí me importa que su infancia no sea una bandera.

*

Más tarde, en su estudio, revisó los registros de escritura del decreto.

Los escribas habían sido despedidos tras la ceremonia.

Las plumas no tenían residuos mágicos.

Las versiones anteriores habían sido destruidas.

Salvo una.

En el cuaderno.

Una versión manuscrita que él no recordaba haber copiado.

Pero ahí estaba. Con su letra.

Y al margen, una nota en caligrafía infantil:

“No sabías que lo escribirías.

Pero lo escribiste porque yo ya lo había vivido.”

*

Ail dormía esa noche abrazada a su libro de dibujos.

En la página abierta, un trono flotaba en mitad de una sala sin techo.

En lugar de reyes o reinas, lo ocupaban aves ciegas.

Y sobre ellas, en letra pequeña:

“El trono no pesa cuando nadie te pregunta si quieres cargarlo.”

*

Lefuan cerró la puerta sin hacer ruido.

Y en el pasillo, con la espalda contra la pared, pensó en la única verdad que no podía desenterrar:

Que el poder no se impone con espadas.

Que lo más peligroso que puede hacerse a un alma...

es envolverla con devoción.

♦ Capítulo 12 – La herencia de los que no piden nacer

Subcapítulo 2: *La fiesta de las lunas menores*

El cielo estaba limpio.
Demasiado limpio.

Ni una nube. Ni un pájaro. Ni humo.
Solo las dos lunas, en perfecta alineación:
la blanca, menor, brillando como un farol suspendido en lo alto.
La roja, mayor, más baja, expandida como un corazón herido.

Era el día de la Fiesta de las Lunas Menores.
Una festividad inventada hacía apenas un ciclo, nacida del gesto de Lefuan:
regalar las lunas a Luana.
Ahora, la historia se repetía.

Pero esta vez, ante toda la ciudad.

✱

La plaza estaba cubierta de faroles colgantes, sedas flotantes y flores pálidas.
Las casas altas abrían sus balcones.
Los comerciantes cerraban por respeto.
El clero observaba desde el pórtico del templo, sin aplausos... pero sin oposición.

Ail iba en brazos de Goucha.
Su vestido era de lino crudo, sin bordados.
Un lirio azul —único— prendido al pecho.

Ella no sonreía.
Tampoco se escondía.

Solo miraba.
Con esa mirada de siglos que Lefuan ya había aprendido a temer.

✱

—¿Estás segura? —le preguntó él en voz baja, mientras ajustaba su capa.
Ella asintió.

—No me duele. Solo... pesa.

—¿Qué?

—Todo.

✱

La ceremonia fue sencilla.
Lefuan subió al estrado.
Tomó un rollo de papel, sellado con tres anillos de cera: uno solar, uno lunar y uno personal.
Lo desenrolló con lentitud.

—Hoy ofrezco al pueblo —dijo, con voz firme— un acto simbólico, poético, quizás absurdo...
Pero a veces, los absurdos dicen más verdad que las leyes.

Se giró hacia Ail.

—A ti, Ail Naelah, hija del hilo entre las lunas...
te entrego formalmente los títulos de Dama de la Blanca y la Roja.
De guardiana de sus ciclos.
De testigo de sus silencios.

*

Una maga notarial, vestida con paños lilas, leyó en voz alta la transcripción oficial:

“Queden inscritas en los archivos de Naorhal las siguientes constelaciones bajo el nombre de Ail Naelah, hija del Reino y de su destino.”

“Las lunas menores y mayores serán testimonio de su paso, pero no su carga.”

“El cielo no se hereda. Pero a veces, se comparte.”

*

El pueblo estalló en vítores.
No porque entendieran.
Sino porque algo en la escena les hacía sentir seguros.
Como si todo... finalmente tuviera sentido.

*

Ail bajó del estrado en brazos de Lefuan.
Goucha los seguía, en silencio.

Luana observaba desde el palco alto.
No sonreía.
No lloraba.

Solo tenía los dedos crispados en el respaldo del trono de ceremonia.

*

Esa noche, mientras el fuego crepitaba en el salón familiar, Ail habló al fin.

—Papá.

—¿Sí?

—Hoy sentí que me regalabas el cielo para que no tuviera que pisar la tierra.

Lefuan se quedó quieto.

—¿Y eso es malo?

—No.

Pero me preocupa que un día me pidan que lo sostenga.

*

Goucha le acarició el cabello.

—No lo sostendrás sola.

—¿Y si no quiero sostener nada?

Lefuan respondió, no con palabras, sino con un gesto.

La tomó en brazos, como cuando era bebé.

La alzó hacia el cielo abierto por la ventana.

—Míralas —susurró—.

Las dos lunas.

Una es testigo.
La otra, recuerdo.
Ninguna te exige nada.
Solo brillan.

*

Ail miró el cielo.
Y por primera vez desde el inicio de los ciclos,
no pidió entender.
Solo cerró los ojos.
Y dejó que la luz la bañara.

♦ Capítulo 12 – La herencia de los que no piden nacer

Subcapítulo 3: *Goucha y la cadena invisible*

Goucha había dejado de soñar con grilletes.
Pero no con cadenas.

Ahora eran más sutiles.
Hilos de plata que no apretaban, pero tiraban.
Tensaban el alma desde lugares que no podía ver.

En sus sueños, Ail aparecía con una corona hecha de huesos pequeños.
Reía.

Corría entre árboles de fuego.
Y al girarse para mirarla, sus ojos eran los de Luana.

Y también, los de Lefuan.

Y también... los suyos.

*

Despertó en mitad de la noche, con la garganta cerrada y los brazos extendidos hacia la nada.
En la habitación contigua, Ail dormía profundamente.

Pero Goucha la sintió.

Como si aún estuviera en su vientre.

Como si esa niña hubiera nacido de ella, aunque no lo hubiera hecho.

*

—Esto es una locura —le dijo a Mira, la sanadora, días después.

Estaban en la galería de los espejos, limpiando los restos de un tapiz quemado.

—No lo es —respondió Mira, sin levantar la vista—. Hay madres que paren con el cuerpo.
Y hay otras... que paren con el alma.

*

Desde la muerte de la reina, Lefuan se había vuelto más silencioso.

Pasaba horas escribiendo en su cuaderno.

A veces se detenía a media frase.

Como si ya supiera el final antes de escribirlo.

Goucha lo observaba desde lejos.

Sin invadir.

Sin reclamar.

Porque el amor que compartían ya no era deseo ni posesión.

Era complicidad.

*

Una tarde, mientras bordaba una tela para el nuevo estandarte del consejo, Ail se le acercó.

—¿Tú me recuerdas?

—¿A qué te refieres, pequeña?

—A las otras veces.

Goucha tragó saliva.

Su aguja tembló.

—No sé de qué hablas.

Ail se sentó en su regazo.

—No importa.

A veces es mejor olvidar.

Pero yo no quiero.

Porque si olvido...

me pierdo de ti.

*

Lefuan entró en ese momento.

No dijo nada.

Los vio.

Y se quedó en la puerta, con el corazón apretado.

Goucha lo miró.

Y en sus ojos, no había preguntas.

Solo esa certeza sagrada, innegable:

Ail era suya.

De ambos.

Más allá de cualquier línea temporal.

*

Esa noche, Goucha se sentó junto a la cama de Ail.

La niña ya dormía.

Le acarició el cabello.

Le besó la frente.

Y luego, como si hablara con alguien más allá de las paredes, susurró:

—No sé en qué mundo naciste primero.

Ni de qué cuerpo.

Pero eres mía.

Y si me lo quitan todo otra vez...

me encontrarás.

*

Una lágrima rodó por su mejilla.

No de tristeza.

De reconocimiento.

Porque por fin entendía que no necesitaba ser madre para sentir la maternidad en los huesos.

Porque las cadenas que la ataban ya no eran grilletes...

eran lazos.

Y a diferencia de los primeros,

estos... **no dolían.**

♦ Capítulo 12 – La herencia de los que no piden nacer

Subcapítulo 4: *Los cortesanos del abismo*

Los nombres no estaban en ninguna lista oficial.

Eso fue lo primero que notó Irisel.

Eran nobles menores, sí.

Familias rurales, ramas olvidadas del árbol solar, casas sin voz directa en el consejo.

Pero, de pronto, estaban **en todas partes**.

Patrocinaban actos culturales.

Financiaban templos.

Ofrecían hospedaje a los clérigos itinerantes.

Susurraban en las sombras de las reuniones del pueblo.

Y lo más inquietante:

todos hablaban de Ail.

No como princesa.

No como símbolo.

Sino como **llave**.

*

—Son cortejos —dijo un informante encapuchado, mientras Irisel bebía un vino sin sabor en la sala baja de la taberna de piedra—.

Cortejos del Retorno. Pero no los antiguos.

Son nuevos. Modernos.

Más peligrosos.

—¿Por qué?

—Porque no quieren destruir el sistema.

Quieren heredarlo.

Modificado.

Rediseñado con Ail como la raíz del nuevo calendario.

*

Esa noche, Irisel confrontó a Lefuan en el jardín trasero del palacio.

La luna menor colgaba baja, como si espiara.

—Están organizados.

No como una secta.

Como un movimiento.

Con voceros, oradores, reformistas.

No usan túnicas. Usan votos.

—¿Y qué buscan?

—Un nuevo Reino. Uno donde la niña del tiempo sea la primera de una estirpe.

Donde ya no haya dioses. Solo **memorias vivas**.

*

Goucha, que los escuchaba desde la sombra, se acercó sin pedir permiso.

—¿Ella lo sabe?

Irisel negó con la cabeza.

—No.

Y eso es lo que más temen.

Que un día despierte y diga: “No quiero esto.”

—¿Y si lo dice?

—Entonces se convertirá en el primer error.

Y los errores, en las nuevas teologías... se corrigen.

*

Lefuan apretó los puños.

—¿Qué propones?

Irisel miró la luna.

Respiró hondo.

—La secta no busca sangre.

Busca forma.

Y forma es algo que solo puede romperse desde dentro.

*

Días después, Irisel asistió a una reunión de nobles menores.

No fue con su capa de asesina.

Fue como enviada de la princesa.

Hablaron de economía.

De ofrendas a los antiguos santuarios.

De “revalorización espiritual”.

De “rescate de la memoria sagrada encarnada.”

Y cuando preguntó por el futuro de Ail,
un conde de rostro enjuto respondió:

—No queremos que sea reina.

Solo... inevitable.

*

Irisel no regresó de inmediato al palacio.

Pasó la noche caminando por los pasillos del templo antiguo, ahora abandonado.

Y mientras la piedra respiraba con humedad antigua, susurró en voz baja:

—No son fanáticos.

Son arquitectos.

Y cada paso que damos...

ellos ya lo han colocado como una piedra en su catedral invisible.

♦ Capítulo 12 – La herencia de los que no piden nacer

Subcapítulo 5: *El regreso del cuaderno*

El cuaderno no estaba donde Lefuan lo había dejado.

No en el escritorio.

No junto a la cama.

No en la mesa del ala norte donde solía anotar sus reflexiones de madrugada.

Lo encontró en el invernadero.

Abierto.

En una página que aún no había vivido.

*

“Mañana, durante la asamblea, alguien nombrará a Ail como Oráculo de la Corona.

Lefuan bajará la mirada.

Goucha apretará su mano.

Ail no dirá nada.”

La tinta era suya.

La caligrafía, exacta.

Pero él... **no lo había escrito.**

*

Volvió las páginas hacia atrás, buscando errores.

Pero allí estaban:

escritos suyos que recordaba vagamente, con palabras que no eran idénticas, pero sí familiares.

Correcciones que no recordaba hacer.

Notas al margen que no había pensado aún.

Y al final del cuaderno, casi como una firma, una frase escrita con letra distinta:

“No temas escribir lo que aún no has vivido.

Yo me encargo de recordarlo.”

*

Esa noche, Ail lo encontró junto a la chimenea.

El cuaderno sobre las rodillas, las manos inmóviles, los ojos vacíos.

Ella no dijo nada.

Solo se sentó a su lado.

Él la miró.

—¿Has estado escribiendo?

Ella negó con la cabeza.

Pero luego, en voz baja, respondió:

—No escribo con tinta.

*

Lefuan cerró el cuaderno.

Inspiró con lentitud.

—¿Soy yo quien lo escribe?

—Sí.

Y no.

—¿Y tú?

—Yo solo lo lleno de ecos.

*

Se quedaron en silencio.

—¿Puedo hacer una pregunta? —dijo él.

Ail asintió.

—¿Estás... cansada?

Ella no respondió de inmediato.

Miró las llamas.

Luego se abrazó las piernas.

—Un poco.

Es difícil ser niña... cuando se recuerda haber sido tantas otras.

*

Lefuan desvió la mirada.

—¿Puedo pedirte algo?

—Lo que quieras.

—¿Puedes... dejar de cargarlo todo?

Ail apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Y si nadie más puede?

Él no tuvo respuesta.

*

Al día siguiente, el cuaderno apareció cerrado.

Sobre su tapa, una flor blanca seca.

Y cuando lo abrió, encontró solo una línea escrita:

“No todo lo que se recuerda necesita ser contado.”

*

En la página siguiente, en blanco, Lefuan escribió por primera vez en semanas:

“Hoy no quiero entender el tiempo.
Hoy solo quiero ser parte de algo...
que aún no se haya roto.”

♦ Capítulo 12 – La herencia de los que no piden nacer

Subcapítulo 6: *La elección de los mudos*

El salón de la voz estaba en silencio.

No era un lugar para hablar.

Era un lugar para asentir.

O negar.

O abstenerse.

Allí no se discutían leyes.

Se las sellaba.

Y esa mañana, frente a la mesa circular tallada en obsidiana y luz, 33 votos flotaban en el aire.

Cada uno encerrado en una perla de resplandor tenue.

Cada uno pulsando, esperando caer.

El tema:

“Reconocimiento de Ail Naelah como Guía de Transición Espiritual del Reino Solar.”

*

Irisel no había dormido.

Se mantuvo de pie junto a una de las columnas, con la daga ceremonial escondida entre los pliegues de su túnica.

Sabía que no se usaría.

Pero era símbolo.

Y en Naorhal, los símbolos pesaban más que la ley.

*

Goucha observaba desde la galería superior.

Las manos cerradas.

Los ojos rojos.

No por tristeza.

Por rabia sin forma.

Ella no era madre oficial.

No era noble.

No era nadie.

Pero si hubieran preguntado a Ail...

ella habría dicho que **sí lo era.**

*

Lefuan no votaba.

No oficialmente.

Su rol como tutor ceremonial le otorgaba solo voz consultiva.

Y no había querido hablar.

Porque no quería que sus palabras se convirtieran en testamento.

*

Luana, en su trono.

Las piernas juntas.
Los dedos crispados.
El rostro sin expresión.

Cuando le llegó su turno, **no habló.**
Simplemente levantó el dedo.
Y lo bajó.

El voto flotó.

*

Uno a uno, cayeron.
Cuarzo tras cuarzo.
Perla tras perla.

Al final, el resultado flotó ante todos.

30 a favor.

2 abstenciones.

1 en contra.

El nombre de Ail brilló en el aire, trazado por la luz misma.

Y así, por decreto real, fue declarada “Guía de Transición Espiritual”,
voz futura de la Corona,
testigo viviente de los ciclos,
y figura simbólica en las ceremonias de renovación solar.

*

Ail estaba sentada en el centro del salón.
En una silla que no era trono,
pero tampoco era banco.

Una silla construida solo para ella.

Baja.

Sencilla.

De madera clara.

Cuando se anunció el resultado, todos la miraron.

Esperando.

Esperando...

Pero ella no dijo nada.

*

Solo se levantó.
Se acercó a la columna central.
Apoyó la palma sobre la piedra.
Y susurró, apenas audible:

—No me preguntaron si quería.

Y entonces se marchó.

Sin reverencias.

Sin protesta.

Solo se fue.

*

Horas más tarde, en el jardín interior del palacio, Lefuan la encontró entre los naranjos.

—¿Te duele?

—No.

Pero... me vacía.

—¿Qué quieres hacer?

—No lo sé.

—¿Quieres quedarte?

—No lo sé.

—¿Quieres hablar?

Ella negó con la cabeza.

—Quiero que me dejen ser solo una niña... aunque sea tarde.

*

En la noche, Goucha le cantó para dormir.

No una nana.

Un lamento antiguo.

Una canción que nadie recordaba, pero que resonó con algo en Ail que no tenía nombre.

Y por fin...

la niña lloró.

No por miedo.

Ni por rabia.

Sino por el peso de ser elegida sin pedirlo.

♦ Capítulo 13 – El precio de los nombres

Estructura general: 6 subcapítulos

1. El vestido que no quiso vestir

Preparativos para la primera ceremonia pública de Ail como Guía Espiritual. Se le encarga portar un manto sagrado tejido con símbolos solares y bordados con antiguas letanías. Ail se niega a ponérselo. Dice que "ese vestido no es mío".

El conflicto con Luana se intensifica. Goucha intenta mediar. Lefuan guarda silencio.

En paralelo, una nueva canción empieza a circular en las calles, compuesta por los devotos del “Renacer Solar”, que adoran a Ail como figura profética.

2. La grieta en el jardín de los lirios

Ail comienza a aislarse. Ya no juega, ya no dibuja. Se queda horas en el jardín real observando cómo los lirios se marchitan a pesar de la magia de la corte.

Allí conversa con una figura que aparece sólo en este capítulo: **un anciano jardinero mudo**, que sin palabras, le enseña a dejar morir ciertas flores para que otras puedan nacer.

Una metáfora sutil de su situación.

3. La ceremonia de las tres sombras

Durante una celebración ritual de alineación solar, tres figuras deben acompañar a Ail en su presentación pública. Se elige a Luana como madre real, Lefuan como tutor y un representante religioso.

Pero Ail cambia el protocolo: **elige a Goucha como tercera figura**.

El acto genera revuelo. El clero se enfurece. Luana finge neutralidad.

Y Ail, en mitad del estrado, **rompe el protocolo leyendo un texto propio**, simple y desarmante:

"No quiero guiar el Reino. Quiero que el Reino deje de usarme como mapa."

4. El primer incendio

- El templo menor del distrito de los jardines arde durante la noche. No hay víctimas, pero hay un mensaje tallado con cuchillas:

“Los heraldos son mentira. Solo el fuego es real.”

- Irisel identifica la autoría: **la Secta del Sol Absoluto**, una doctrina fanática que considera que Lefuan y Ail son abominaciones temporales.
 - Lefuan se presenta en el segundo templo **antes de que sea atacado**, sin armas, solo con palabras. Su presencia provoca una confrontación verbal y finalmente una explosión mágica. **Tres sectarios mueren.**
-

Dejan una amenaza:

“La reina morirá.
El bastardo también.
El fuego devorará lo que el tiempo no puede borrar.”

- Irisel y Lefuan dialogan: hay traidores dentro de la corte, la secta tiene acceso a rutas, archivos, nombres.
 - Lefuan lo resume:
“No los detendremos con dogma.
Los detendremos con decisión.”
-

5. Cuando la reina cae

- Durante una sesión ordinaria del consejo, una copa envenenada da muerte a varios consejeros.
El esposo de Luana muere. Ella también.
- Sus últimas palabras son para Goucha:
“No dejes que... la olviden.”
“¿A quién?”
“Ail.”
- Goucha entra en un estado de **catatonía emocional**. No habla. No come. No responde.
- Lefuan, al enterarse, **no estalla**. Solo va al calabozo donde la han recluido y la libera sin pedir permiso.
La lleva a una antigua taberna protegida por viejas aliadas.
Les dice:
“No necesita servidumbre.
Solo calor. Y tiempo.”
- Antes de separarse, Goucha pregunta:
“¿Y si no vuelves?”
Y Lefuan responde:
“Entonces... espérame en el silencio.”

Epílogo del subcapítulo:

Irisel, desde lo alto del templo, observa a Lefuan cabalgar hacia el norte.
Ya no es tutor.
Ni símbolo.
Es un hombre que ha perdido lo único que nunca debió renacer.
Y va a buscar fuego... para apagarlo con sus propias manos.

♦ Capítulo 13 – El precio de los nombres

Subcapítulo 1: *El vestido que no quiso vestir*

En la sala de mármol blanco, las costureras trabajaban en silencio.
Ni siquiera se atrevían a respirar con fuerza.

El vestido colgaba de una figura de madera.
Tenía bordes dorados y una capa forrada con escrituras antiguas, tejidas en hilo de plata.
Su centro era negro, como si el vacío hubiera sido bordado entre las runas.

Un vestido para una niña.
No para una reina.
Ni para una clériga.
Para **una figura que aún no sabía si quería existir.**

*

Ail lo miró sin moverse.
—¿Tengo que ponérmelo?
Luana, sentada en el trono menor, respondió con firmeza.
—Es tradición.
—¿Y si no quiero?
—Entonces no cumplirás tu rol.
—¿Y si no quiero tener un rol?
Silencio.

*

Goucha, de pie junto a la pared, bajó la mirada.
No había sido llamada a opinar.
Pero cada palabra de Ail la atravesaba.
Lefuan no estaba.
Desde que Ail había sido declarada Guía Espiritual, su presencia se había vuelto intermitente.
Como si su sombra se resistiera a proyectarse sobre algo que no entendía.

*

Las costureras retrocedieron con una reverencia.
El vestido flotaba, como si esperara ser habitado.
Pero Ail no se acercó.
En lugar de eso, caminó hasta una de las ventanas y apoyó la frente contra el cristal.
—Este vestido no es mío.
Luana frunció el ceño.
—Fue hecho para ti.
—No. Fue hecho para una idea que ustedes tienen sobre mí.

*

La reina se levantó.

—Ail, el pueblo necesita símbolos. Necesita esperanza. Necesita saber que el Reino aún escucha la voz de los que no tienen dioses.

—¿Y yo? —preguntó la niña sin girarse—. ¿Alguien ha preguntado qué necesito yo?

*

La frase quedó suspendida en el aire.

Como un dardo clavado en el pecho de todos.

Luana cerró los ojos.

Quiso responder.

Pero no encontró palabras que no fueran una repetición de lo que ya se esperaba de ella.

*

Más tarde, Goucha la encontró en el jardín, descalza, sentada entre los lirios dormidos por la luz de la tarde.

—¿Por qué no quieres ponértelo?

Ail la miró con esos ojos que nunca fueron del todo niños.

—Porque ese vestido me hace sentir como si ya estuviera muerta.

*

Goucha no discutió.

Solo se sentó a su lado y le tendió la mano.

La niña no la tomó.

Pero se quedó cerca.

Y eso, para ambas, fue suficiente.

*

Esa noche, el vestido fue colgado en la sala del fuego.

Sin uso.

Sin ceremonia.

Sin testigos.

Pero alguien —nadie supo quién— bordó en el borde interior, con hilo azul:

“No es símbolo quien no consiente.”

*

Y cuando Irisel lo encontró al día siguiente, no lo mandó retirar.

Solo tocó el hilo con los dedos...

y sonrió, por primera vez en semanas.

♦ Capítulo 13 – El precio de los nombres

Subcapítulo 2: *La grieta en el jardín de los lirios*

El jardín de los lirios era uno de los más antiguos del palacio.
Nadie sabía quién lo había creado.
Solo que siempre florecía, sin necesidad de hechizos ni inviernos amables.
Y sin embargo, esa primavera, los lirios no abrían.

*

Ail pasaba horas allí.
No con libros.
No con muñecas.

Solo sentada, descalza, entre las raíces.
Los sirvientes no la interrumpían.
Los guardias no se acercaban.

Ella era la niña sagrada, la guía no coronada.
Y también, un misterio que nadie se atrevía a mirar directamente.

*

Fue allí donde lo vio por primera vez.
Un anciano delgado, con las manos manchadas de tierra.
No llevaba uniforme de palacio, pero nadie lo detenía.
Regaba en silencio.
Podaba en silencio.
Y cuando Ail le habló por primera vez, él no respondió.

*

—¿No puedes hablar? —le preguntó.
El anciano negó con la cabeza.
Pero sonrió.
Y luego se arrodilló junto a un lirio seco.
Con dedos pacientes, lo arrancó.
No lo tiró.
Lo sostuvo en la palma como si pesara lo mismo que un recuerdo.
Ail frunció el ceño.
—¿Por qué lo arrancas si aún no está muerto?
El anciano le mostró una raíz podrida.
Y luego señaló otro lirio, apenas un brote, a su lado.
La niña entendió.

*

No volvieron a hablar.
Nunca.
Pero cada tarde, Ail se sentaba cerca de él.

A veces lo observaba trabajar.
Otras veces, él le ofrecía una flor caída.
No para que la guardara.
Sino para que la dejara ir.

*

Un día, Luana la encontró allí.
—¿No prefieres estudiar con tus tutores?
—No hoy.
—Este hombre no está autorizado para enseñarte nada.
Ail se levantó y la miró.
—Entonces es el único que no quiere moldearme.
Luana no respondió.
Solo se fue.
Rígida.
Ofendida.

*

Goucha apareció después.
Se sentó a su lado.
—¿Te hace bien este lugar?
—Sí. Aquí las cosas mueren sin esconderlo.
—¿Y eso no te asusta?
—No. Me alivia.

*

Esa noche, Irisel pasó por el jardín.
Observó desde lejos al anciano, que podaba lirios bajo la luna.
—¿Quién eres? —susurró, sin esperar respuesta.
Y sin embargo...
cuando él levantó la vista, algo en su mirada le resultó extrañamente familiar.
Como si, sin palabras, estuviera diciéndole:
“No todas las armas cortan. Algunas solo limpian la tierra.”

♦ Capítulo 13 – El precio de los nombres

Subcapítulo 3: *La ceremonia de las tres sombras*

La Sala de los Velos se vestía, una vez al año, con los colores del oro sagrado: el púrpura del juicio, el rojo del linaje, y el blanco de la luz sin nombre.

Tres colores.

Tres símbolos.

Y tres sombras que debían acompañar a la nueva figura espiritual del Reino durante su iniciación.

Así era la tradición.

Así debía hacerse.

*

La niña entró por el pasillo central.

Llevaba un vestido sencillo, sin símbolos.

Sin joyas.

Ni siquiera un broche.

Las túnicas del alto clero se agitaron.

Luana, sentada en el trono menor, apretó los dientes.

Lefuan, de pie junto a la columna de mármol, observaba sin intervenir.

Y Irisel, desde el fondo, inclinó la cabeza.

No en desaprobación.

Sino con la sospecha de que algo importante estaba a punto de ocurrir.

*

La voz del Arconte resonó:

—Ail de la Casa Real, hija del Sol en la Tierra, ¿aceptas recibir los dones de la guía?

Ail no respondió de inmediato.

—Acepto recibir la verdad —dijo finalmente—. Lo demás... dependerá de si la merezco.

El murmullo fue sordo, casi contenido.

Como un animal herido que aún no se atreve a rugir.

*

—El protocolo exige que escojas tres acompañantes para marcar tu tránsito.

—Tu madre, la reina —dijo el Arconte—.

—Tu tutor designado, Lord Lefuan.

—Y el clérigo de mayor rango aquí presente.

La niña alzó el rostro.

Sus ojos, grises con reflejos de violeta, brillaban.

—Rechazo a uno.

Silencio.

Los tapices parecieron temblar.

Las antorchas, menguar.

—¿A quién?

—Al clérigo.

—¿Con qué derecho?

—Con el derecho de ser la única que no pidió estar aquí.

*

Luana contuvo el aliento.

Lefuan cruzó los brazos.

Y Goucha, desde el segundo estrado, bajó la mirada.

Entonces Ail señaló:

—Quiero a Goucha.

—¿Tu nodriza?

—Mi otra sombra.

Mi otra raíz.

*

Nadie supo qué hacer.

La ceremonia exigía obediencia.

No reinterpretaciones.

Pero la niña ya no era solo una figura pública.

Era símbolo.

Era misterio.

Y el símbolo, cuando toma forma propia, **ya no puede deshacerse sin hacer ruido.**

*

El Arconte, en un gesto de maniobra política, cedió.

—Sea.

Y el coro entonó la canción de la consagración.

Pero las voces sonaban discordantes.

Las armonías no se alineaban.

Como si el Reino no estuviera de acuerdo con lo que el Reino había decidido.

*

Entonces Ail subió los tres escalones del estrado.

No con solemnidad.

Con naturalidad.

Como quien va a hablar... no a ser decorado.

En lugar de quedarse en silencio, habló:

—Me han llamado hija del Sol.

Me han llamado Guía.

Me han llamado heredera de las sombras.

Pero antes que todo eso... fui una niña con preguntas.

Se giró hacia los nobles, hacia los altos sacerdotes, hacia los escribas que tomaban nota.

—Y nadie las respondió.

*

Luana quiso detenerla.

Lefuan no se movió.

Irisel cerró los ojos.

—No quiero guiar un Reino que me usa como mapa —dijo Ail—.
Quiero que el Reino aprenda a perderse.
Y a encontrarse... sin hacer de cada niña una señal.

*

El silencio fue total.
Luego, la ovación.
No fuerte.
No multitudinaria.

Pero suficiente.

Una grieta se había abierto.
Y ya nadie podía decir que no la había visto.

♦ Capítulo 13 – El precio de los nombres

Subcapítulo 4: *Lo que arde entre los vínculos*

La noche era densa, cargada de viento cálido y promesas rotas.
Naorhal dormía con las ventanas abiertas y los ojos cerrados.
Pero en la habitación de Lefuan, el silencio tenía otro peso.

*

Él no recordaba cómo empezó.

Quizá fue una mirada.

Un roce accidental en el pasillo tras una reunión.

Una conversación demasiado larga junto al fuego.

Pero cuando la puerta se cerró, ya no había excusas.

*

Goucha no habló.

Solo se quedó de pie frente a él.

Respirando.

Viva.

Palpitante.

Familiar en una forma que dolía.

Y él... ya no tenía a quién mentirle.

Ni siquiera a sí mismo.

*

Se besaron como si se conocieran de otros cuerpos.

Como si el deseo viniera de otro tiempo, de otra culpa.

Las manos de Lefuan no buscaban placer.

Buscaban consuelo.

Buscaban a Luana.

*

Y Goucha lo sabía.

Por eso no lloró cuando él la desnudó.

Por eso no apartó la mirada cuando, en mitad del acto, él susurró un nombre que no era el suyo.

*

—Luana... —jadeó.

Goucha no respondió.

Solo se arqueó, entregada.

Porque sabía que ese acto no era infidelidad.

Era herencia.

Era un eco.

*

Luana, en su alcoba a kilómetros de distancia, se despertó de golpe.

No por sobresalto.
Por placer.

Su cuerpo se estremeció sin razón.
Su pulso se aceleró.
Y entre sus piernas, el calor latía con una intensidad que la dejó sin aliento.

*

Se sentó en la cama, respirando hondo.
—Goucha... —murmuró, sin saber si era oración o maldición.

*

La conexión entre ellas no era nueva.
Había nacido mucho antes que Ail.
Mucho antes que Lefuan.

Era mágica.
Era íntima.
Era visceral.

Y ahora... estaba ardiendo.

*

En la habitación, Lefuan y Goucha se fundieron como dos grietas que se reconocen.

No hablaron después.
No durmieron juntos.
No buscaron repetirlo.

Pero el fuego quedó.
En la piel.
En la memoria.

*

Esa noche, Luana caminó por el balcón de su palacio, desnuda bajo una túnica translúcida.
El aire le lamía el cuerpo como si aún quedara el rastro de unas manos que no eran suyas... pero que sí la conocían.

Y por primera vez, no sintió culpa.
Solo un misterio sin nombre.

Una forma de traición...
que se sentía como justicia.

♦ Capítulo 13 – El precio de los nombres

Subcapítulo 5: *El primer incendio*

El templo menor del distrito de los jardines ardió sin gritos.

Sin alarmas.

Sin aviso.

Solo humo.

Y ceniza.

Y una frase tallada en el muro frontal con cuchillas tan finas que parecían haber sangrado la piedra:

“Los heraldos son mentira. Solo el fuego es real.”

✱

Irisel llegó antes que los soldados.

El fuego ya había consumido los ídolos.

Los tapices estaban reducidos a ceniza danzante.

Y las escrituras sagradas... volaban como mariposas negras por el aire.

No había cadáveres.

Solo el eco de un rito profanado.

Ella reconoció la marca al instante.

No por el mensaje.

Sino por el silencio tras él.

—La Secta ha vuelto —murmuró—. No con plegarias. Con fuego.

✱

La Secta del Sol Absoluto había sido disuelta hacía años, tras los decretos de Luana.

Pero sus restos no se extinguieron.

Se enterraron.

Fanáticos de una luz sin compasión.

De una Assil quemada hasta los huesos.

Su doctrina no pedía redención, solo juicio.

Y su primer enemigo...

era el tiempo.

✱

Esa misma noche, Lefuan se presentó en el templo de la ribera.

El siguiente en la lista.

Fue solo.

Sin capa.

Sin armas.

Los centinelas quisieron detenerlo.

Irisel lo dejó pasar.

—Ellos buscan símbolos —dijo él—. Les daré un hombre.

✱

Entró cuando el incienso aún flotaba en el aire.
Y esperó.

No tardaron.

Cinco figuras cubiertas con mantos ocre surgieron de las sombras.
Solo tres hablaron.

—Tú no eres real —dijo uno.

—Eres un error en el tejido —dijo otro.

—Eres la razón por la que el sol ya no nos calienta —concluyó el tercero.

Lefuan no se movió.

—Assil no les pidió esto —dijo, sin levantar la voz.

Uno de ellos dio un paso adelante.

—Tú no eres su voz.

Eres un accidente.

Un bastardo del tiempo y la carne.

—Entonces deberían temerme más —respondió Lefuan.

*

La explosión no fue visible desde fuera.
Pero partió el atrio en dos.

Tres sectarios murieron.

Dos huyeron, dejando atrás algo más valioso que fuego:

“La reina morirá.

El bastardo también.

El fuego devorará lo que el tiempo no puede borrar.”

*

Irisel encontró a Lefuan sentado entre los escombros.
No tenía heridas visibles, pero sus ojos eran pozos vacíos.

—¿Por qué no los mataste a todos? —preguntó.

—Porque no eran todos.

Ella asintió.

—Tenemos una lista.

Accesos internos.

Archivos alterados.

Rutas reales comprometidas.

—¿Y nombres?

—Algunos. Pero las sombras no firman.

*

Lefuan se levantó.

Sacudió el polvo.

Y dijo, sin mirar atrás:

—No los detendremos con dogma.

Los detendremos con decisión.

*

Esa noche, mientras el templo aún humeaba, Ail se despertó sobresaltada.
No por pesadillas.

Sino por el olor a humo que entraba por la ventana cerrada.

Se levantó.

Se asomó.

Y por un instante, creyó ver a su padre entre las sombras del jardín.

Mirándola.

Como si no supiera si debía abrazarla...

...o alejarse para siempre.

♦ Capítulo 13 – El precio de los nombres

Subcapítulo 6: *Cuando la reina cae*

El salón del consejo no olía a traición.

Olía a papel mojado.

A tinta seca.

A vino barato servido en copas ceremoniales.

Era una sesión ordinaria.

Impuestos.

Distribución de grano.

Revisión de rutas comerciales tras el último invierno.

Luana presidía la mesa.

Su esposo, a su derecha, repasaba documentos sin decir palabra.

Los consejeros hablaban sin levantar la voz.

Goucha, como siempre, permanecía junto a la pared, invisible pero vigilante.

*

La copa llegó a la reina sin ceremonia.

El vino estaba oscuro.

Denso.

Amargo.

Luana bebió.

*

El primer en caer fue el consejero del norte.

Se desplomó sin un sonido, solo un golpe sordo contra la madera.

El segundo fue el propio esposo de Luana, que apenas tuvo tiempo de girar la cabeza antes de vomitar sangre negra.

*

Y luego ella.

*

Luana no gritó.

Ni se sacudió.

Solo miró su copa.

Luego a Goucha.

Y luego al techo, como si buscara la luna en medio del mármol.

*

—No dejes que... la olviden —susurró.

Goucha se acercó corriendo.

La sostuvo entre los brazos.

Las manos temblaban.

—¿A quién?

—Ail.

*

Y murió.

Sin ceremonia.

Sin oraciones.

Sin testigos que supieran qué acababan de perder.

*

La guardia tardó demasiado.

Los envenenadores... nunca fueron encontrados.

La copa, rota contra el suelo, no reveló más que un residuo dulce y letal.

*

Goucha no gritó.

Solo se quebró.

No como una sirvienta.

Ni como una sombra.

Como una parte de la misma alma que acababa de disolverse en su regazo.

*

Desde ese momento no habló.

No comió.

No lloró.

Fue encerrada por “su seguridad” en una celda baja, sin barrotes, pero sin ventanas.

Allí se sentó.

Allí se quedó.

Allí dejó de ser.

*

Lefuan supo la noticia por Irisel.

Ella no usó adornos.

No buscó suavizar la tragedia.

—La reina está muerta.

Y Goucha se ha ido con ella, aunque siga respirando.

*

Él no lloró.

Ni maldijo.

Solo se puso de pie, con movimientos lentos.

Se cubrió con la capa gris.

Y fue al calabozo.

*

Goucha estaba sentada.

Miraba una pared sin verlo.

Cuando Lefuan entró, su cuerpo tembló apenas.

—Soy yo —dijo él, en voz baja—. Estoy aquí.

Nada.

Hasta que sus ojos, lentos como un amanecer enfermo, se levantaron.

—¿Luana? —susurró.

—No. Soy Lefuan.
Y he venido a sacarte.

*

No hubo resistencia.

Solo el leve temblor de sus dedos cuando él los tomó.

La llevó en brazos por pasillos silenciosos, como un ladrón que se roba algo demasiado valioso para dejar atrás.

*

Llegaron a una taberna olvidada, al este del mercado interior.

Allí, dos mujeres fuertes —antiguas aliadas de Lefuan— lo recibieron con ojos oscuros y entendimiento inmediato.

—No necesita servidumbre —les dijo—.
Solo calor. Y tiempo.

*

Mira, la sanadora, antes de entrar, lo miró una vez más.

—¿Volverás?

Lefuan le sostuvo los hombros.

—Sí. Cuando termine de apagar este fuego.

—¿Y si no vuelves?

Él bajó la mirada.

—Entonces...
espérame en el silencio.

*

Se fue sin mirar atrás.

Y desde lo alto del templo, Irisel lo vio cabalgar hacia el norte.

No era ya tutor.

Ni símbolo.

Era solo un hombre que había perdido lo único que nunca debió renacer.

Y que ahora... buscaba fuego.

Para apagarlo.

Con sus propias manos.

♦ Capítulo 14 – *El heraldo y el humo*

Resumen temático:

La muerte de Luana fractura todo lo construido. Goucha es retirada del juego político. Lefuan desaparece hacia el norte, tras las rutas de la Secta del Sol Absoluto. Ail es proclamada “hija solar”, pero su infancia se disuelve en aislamiento. Irisel reorganiza sus recursos. El Reino comienza a tambalearse. La luz, antaño guía... ahora arde.

● Subcapítulo 1: *El fuego que no calienta*

Luana es enterrada en una ceremonia sin público, sin procesiones.
Solo los fieles reales, Lefuan ausente, Ail muda, y Goucha ausente.
Irisel se hace cargo de los ritos, con una solemnidad impersonal.
La reina ha muerto, pero nadie sabe cómo procesarlo.
El pueblo se divide: unos lloran; otros murmuran sobre castigo divino.
Ail permanece en la torre este.
Mira a todos con ojos demasiado viejos.
Y dice por primera vez en mucho tiempo:
—La luz ya no nos ve.

● Subcapítulo 2: *El viaje de Lefuan*

Lefuan parte solo hacia el norte, donde los mapas terminan en bruma.
Busca la cuna ideológica de la Secta: ruinas sagradas, templos caídos, grietas olvidadas.
No lleva armas comunes. Solo sus manuscritos, sellos rúnicos y una voluntad que ya no admite retroceso.
Durante el camino, tiene breves encuentros con aldeanos que recuerdan su rostro... pero no su nombre.
En una aldea en ruinas, un niño le entrega una hoja arrancada de un cuaderno:
una predicción que él mismo aún no había escrito.
“Cuando la flor del crepúsculo sangra, el heraldo arde.”
El tiempo... empieza a jugar solo.

● Subcapítulo 3: *Goucha entre las brasas*

A salvo en la taberna, Goucha comienza a salir lentamente del estado catatónico.
Mira, la sanadora, se convierte en su ancla.
Las hijas de Mira la llaman “madre segunda” y ríen con ella.
Goucha sonríe. Pero cuando mira al norte, su cuerpo tiembla.
Comienza a soñar con Luana.
Pero Luana no le habla.
Solo la observa, y sangra.
Un día, en la cocina, mientras pela frutas, murmura:
—Él no podrá solo.

Y esa misma tarde, comienza a escribir.
Lo que escribe no tiene sentido aún...
pero se lo enseñará a Ail.

● Subcapítulo 4: *Los pasos de Irisel*

Irisel, con los fieles que aún respetan su autoridad, convierte el antiguo Salón de la Luz en un núcleo de resistencia.

No busca poder. Busca orden.

Recluta antiguos asesinos, renegados, clérigos decepcionados.

“No seremos iglesia ni secta. Seremos aguja.”

Su fe en Assil se transforma: ya no es devoción, es vigilancia.

Recibe informes fragmentarios del viaje de Lefuan.

Le envía mensajes con una palabra:

Vuelve.

Pero Lefuan no responde.

Y en sus oraciones nocturnas, Irisel ya no pide guía...
solo claridad.

